

EMILIO RODRIGUEZ MENDOZA



LA FLECHA
EN EL ARCO

ediciones arcilla

ARR 4352.

Emilio Rodríguez Mendoza, es uno de los más personales y amenos de los escritores chilenos. Su obra, vasta e importante, posee un acento único, que le confiere relieves singulares.

Diplomático, político y, sobre todo, escritor, es uno de esos espíritus que no descansan nunca y que buscan inquietudes cuando la vida se empeña en ofrecerles sosiego. Así, su libro anterior, "El Golpe de Estado de 1924" y parte del presente volumen, contienen violentas requisitorias contra un prominente hombre público de Chile, y su sistema de gobierno, francamente vituperados por Rodríguez Mendoza: nos referimos al ex presidente don Arturo Alessandri.

Pero, no es eso únicamente lo que fluye de este libro. En él se advierte la exquisita sensibilidad del crítico y el evocador en las magníficas páginas dedicadas a Chocano y a José Toribio Medina, por ejemplo.

El autor de "Pérez Rosales", "América bárbara", "La estrella sobre los mástiles" y "Santa Colonia" tiene una indudable personalidad, un estilo intransferible en lo que reside acaso lo más atrayente y brillante de su obra: un estilo plástico, construido a fuerza de giros propios, de arcaísmos y neologismos en individualísima amalgama, de gracejo, picardía, sorna y arranques líricos, todo ello dosificado con mano de maestro.

ERCILLA.

EMILIO RODRIGUEZ MENDOZA

1012

La Flecha en el Arco

ENSAYOS



EDICIONES ERCILLA
SANTIAGO DE CHILE

1940

Es propiedad.
Registro N.º 7239

COPYRIGHT by
ED. ERCILLA, S. A., 1940.

BIBLIOTECA NACIONAL
SECCION CHILENA

PRINTED IN CHILE

Prensas de la Editorial Ercilla, S. A.—Santiago de Chile.

PRIMERA PARTE

CHOCANO

A Luis Alberto Sánchez

LA CABEZA DEL VIRREINATO

Sobre el tejido aymará que cubre la mesa de trabajo, cae esta vez un lingote de oro que lleva estampadas las carabelas del Descubrimiento, y como orla, orquídeas de la zona tórrida, vicuñas pintadas de nieve, peces que huyen mordiendo una perla, tortugas acorazadas de carey embebido en luz... Es la carátula de la obra que acaba de agregarse a los grandes libros escritos en Chile.

Se dobla la fastuosa hoja liminar y aparece la empingorotada cabeza del hombre de choque que es Chocano, por más que su apellido afirme rotundamente lo contrario... Ahora, los años y las aperreaduras han pintado dos alas blancas sobre las sienes y entre ellas ha quedado erguido un copete negro y cyranesco. Es el poeta pintado por López Mezquita para *The Hispanic Society of America*.

Lo conozco desde hace la friolera de treinta años y cuando él hacía contorsiones cívicas en *Iras Santas*, yo dejaba caer unas gotas de absintio, administradas por Rubén Darío, en la copa desbordada de los veinte años.

Chocano —cuyo apellido niega su sino de lucha y cuyo nombre de pila es de una burguesía mansa y sedante— nació en Lima, lo que no se consigna por amor a la historia de fe de bautismo, sino porque la sede y el momento en que el futuro portalira lanza su primer berrido, moldea su personalidad, que en un sentido es la concreción del ambiente indoespañol y en otro, la inquietud incesable del hombre sacudido por todas las pasiones y alcanzado por todos los dolores. Chocano es un alma saturada con los atavismos de la época de gran estilo en que Balboa acuchillaba al Pacífico y en que Pizarro, el porquerizo trujillano, se tallaba un imperio.

En la ciudad abarrocada anterior a los remozamientos de hoy, había ambiente con qué modelar un poeta de estirpe tradicional, sin dejar de ser el hombre con los nervios al aire de estos tiempos que nadie sabe hacia qué trayectoria se inclinan. Y sabe Dios si por carecer de un ambiente peculiar, una gran parte de la América está negada hasta ahora para la creación propia y, en consecuencia, condenada a la desorientación, pasando de un reflejo, de una moda, de una influencia inestimable a otra.

No era ese el caso de esa ciudad tibia, laboreada y andaluzante que primero fué cabeza de Virreinato; en que después se acuchilló el caudillismo post-emancipador y hasta la cual llegó un día la guerra en grande. Ahí, por consiguiente, podía aparecer algo fuertemente personal y que iría por el gran teatro del mundo llevando sus cantos y sus pasiones hasta la hora del enterratorio. Sólo lo formado por lo tradicional podrá producir algo propio y que no sea vidrio verde en vez de esmeralda de Muzo.

De 1530 a 1535 la villa embrionaria acampa tras un bastión plantado en el valle de Jauja y después pasa a consagrarse en Lima, tomando el alto nombre de ciu-

dad de los Reyes. Y, en prueba de ello, estampó tres coronas en sus armas. Agréguese, en seguida, el séquito fastuoso y pintoresco: nobles de abolengo e hidalgos de gotera; oidores, alcabaleros, factores, arzobispos, obispos, canónigos; santos teólogos y santas inefables; universidades salmantinas; Inquisición, inquisidores y quemadero; dominicos y franciscanos; monasterio de la Encarnación, fundado por doña Mencía de Sosa y Cañete. Además, puertas de cuarterones; estocadas de encrucijada y horca y picota en las plazoletas con Cristos de hornacina... Es Lima la virreina y fué tan vasto su Virreinato, que alcanzó para tres: el de Pizarro, el de Santa Fe y el de Buenos Aires. El primero era especialmente protegido de los Reyes, y para no ser menos que Avila la teresiana, cercó su capital de una muralla de adobes; pero armada de treinta y cuatro baluartes.

He ahí el telar en que la tradición tejería su rico tapiz, en el cual no faltan las hilazas de oro.

Físicamente, a su vez, hasta Lima llegan los celajes del trópico; se trepa a las montañas y se alcanza la región de las nieves perpetuas; se avanza al interior del Continente y se arriba jadeando, a las "tierras mágicas", la región en estado de génesis en cuyas arterias fluviales viajan las garzas afirmando las patas de jade en la caparazón recamada de las tortugas. Lima es una portada de azulejos alicatados puesta en la cercanía del cromatismo tropical.

La tradición y el ambiente, formando un determinismo mental y material evidente, tenían que producir y produjeron el poeta continental de las "tierras mágicas" y del Virrey moceril que pasa mirando a la cartagenera con sus quevedos de carey. A ese poeta lo cogerían después la vida y la tempestad, reviviendo en él a los andariegos que partían de la Jácara picaresca para tallarse un imperio en lo desconocido.

Nació en Lima y en caso de haber nacido en tiempos de Indias, habría visto la luz en Extremadura, en Trujillo, en cuya plaza mayor hay ahora un Pizarro visionario representado en el momento de partir de sus berrocales cabalgando una bestia crispada, como él, y que se encabrita levantando verticalmente los remos delanteros. De ahí se partía con lo puesto y movido por dos fuerzas electromagnéticas: la fe y la codicia. Luego, se trasmontaban las sierras vertebrales de Guadalupe, Montánchez, Pedrosa y se estaba a orillas del Guadalquivir en cuyas aguas esperaban los galeones que partían hacia la tentación del Nuevo Mundo: traían a los extramuros del planeta lo más rico y movido de la Península y volvían con el quinto del rey, extraído de Jauja, Potosí o El Dorado...

EL CAMPO SE FLORECE DE ADELFA

Un día sobre el cual ha ido cayendo medio centenar de años, los montes que costean la capital y que no conocían más ruido que el de las olas eglógicas que llegaban en son de amorío hasta sus faldas de seda, parecen ahuecadas por los estampidos y en sus repechos se encienden las banderas, las bayonetas y las espadas y el arenal gris del Morro Solar y del San Cristóbal se florece de adelfas... Es la guerra; sigue avanzando; entra a sangre y fuego a Miraflores y después de combatir bravamente, la Virreina cae en poder de su adversario de entonces. Se oyen tambores, redobles, rodar de cañones y tropel de caballería. Es el ejército vencedor...

He ahí una serie de impresiones lacerantes e indelebles que toman el alma transparente del muchacho que entonces corría azorado por soportarles, pórticos y altizanos. Impresiones y escenas de gran dolor, que contraen

prematuramente el ceño del niño, convirtiéndolo en hombre. Y como un desastre no queda nunca solo y sin consecuencias, tras la guerra exterior aparecieron las contiendas civiles. No tarda en combatirse en las cercanías y luego en las calles de la ciudad y "el tuerto Cáceres", soldado indomable, entra a bayonetazos a Lima. El suelo desgarrado sigue temblando. En el alma del niño, ya hombre, estalla la tormenta; aparece el poeta expugnatorio de *Iras Santas* y los versos del sagitario juvenil se estrellan sonoramente en pórticos y travesías haciendo saber que en la ciudad nobiliaria había aparecido un poeta amasado con la grandeza del pretérito y la pesadumbre del presente. Se apodera de él en forma ululante el espectáculo de las luchas y las miserias internas y se destaca desde el primer momento el combatiente marcado en lo más íntimo por los años terribles. No aparecía el poeta de *Alma América*, ni veía aún la selva llena de gérmenes; ni los ríos aórticos enjorados de orquídeas y víboras. Pasarían las *Iras*, que siempre pasan aunque se autocalifiquen de *Santas*; llegaría la plenitud lírica y sólo entonces vendría a ungirlo el panteísmo poderoso de las *Tierras Mágicas* en que reaparece el fausto de los Incas chapeados de oro; la fuerza y la rudeza de lo castellano y el encanto provincial de la Colonia.

AMERICA COSMICA

Estaban de moda a la sazón las madamerías decadentistas y empezaban a introducirse en lo indoespañol ninfas y sátiros efusivamente primaverales; hadas envueltas en el velo solar de la reina Mab y gnomos contrabandistas que escondían en la barba de vellón los diamantes azules y las perlas negras... Darío, evadiéndose de lo americano, se sentía seducido por todas las formas

de la imitación francesa: los retratos nacarados de Watteau o Fragonard; los sátiros amaestrados por Catulle Mendès; las frondas estivales en que, en vez de "llamas" y vicuñas, correteaban los centauros de caramillo al cinto persiguiendo ninfas de melenita al oxígeno o emperatrices chinas sustraídas de las colecciones de *L'Maison d'un artiste*, de los hermanos Goncourt (1).

Chocano admiraba a Darío, renovador incuestionable que arrancó lo español de su empolvado confinamiento en lo quintanillesco. Darío perforó los Pirineos, dejando pasar lo francés a la Península, que prefería lo arcaico a la *camelote de boulevard*; pero el poeta de *Alma América* quería al ilustre nicaragüense sin dejar de buscar su camino, prometiendo arrogantemente abrirselo si no lo encontraba... Pondría, pues, música lírica a la fauna, la flora y la historia indoamericana y sería imposible meterlo en un Versalles de cartón piedra y dejarlo embobado ante las princesas tristes; los pavos reales; la marquesita Rosalinda; la hada armonía o el coloquio de los centauros... No quería ser fauno versallesco y contentarse con llevar entre los labios un racimo de uvas champañescas cogidas en las parras de Reims. Nada de ninfas, en una palabra, ni de marquesitas "muy siglo XVIII". El poetazo empezaba a ver otra cosa, inaudita e inédita: el trópico, denso y centelleante; el barroquismo virreinal, transportado por

(1) "*Les reminiscences que l'inspirent sont très nombreuses —dice Paul Groussac, citado por Erwin K. Mapes en su "Influence Française dans l'oeuvre de Rubén Darío—; tant de gens passent sur son chemin que les traces se confondent et comme disent les muletiers: "la piste est effacée"...*

Darío —dice Antonio Aita en "Literatura y realidad americana", que aún no conozco sino en síntesis de prensa—, nada tiene que ver con nuestra América. Fué un poeta extraño en absoluto a las preocupaciones de nuestros pueblos. Por un accidente físico, el de su nacimiento, es por lo único que podemos considerarlo americano".

él a lo permanente, amén de otros motivos que a Dios gracias no es posible trasponer del Viejo al Nuevo Mundo.

Al salir de su tierra, el poeta se metería hasta la aorta en lo original; penetraría lira en mano en la zona nefasta de las convulsiones inocuas y sin fin; y en una de esas incursiones por lo inflamado, por poco lo fusilan, dejando sin troquelar los rimeros de oro que Atahualpa entregó estúpidamente a Pizarro. Recorre el gran anfiteatro recalentado por el trópico y la América cósmica empieza a centellear ante sus ojos. Es verdad que algo de eso ya había sido rimado y dicho por otros que llevaban un frac pasado de moda y una lira encordada en palo de hacer marquitos de salón... La América de Chocano sería otra cosa y desde sus primeros toques de trompeta pudo verse que sus versos serían el paisaje intocado en que hay perlas multicolores cogidas entre los dientes por hombres de bronce y en que las tortugas de carey con que hacen relicarios o abanicos, parecen un topacio puesto al sol.

ESPAÑA AL TRASLUZ

Después de su primera exploración por la parte meridional del continente, Chocano vuelve a Lima, paladeando la ovación. Le habían nacido grandes bigotes, como los del capitán del velero empavesado que lleva la canción; lo había aclamado cálidamente todo el trópico y empezaba a sentirse capaz de sinfonizar el paisaje, emboscado en lo inédito, en que un día resonaron los hierros y los alaridos de la Conquista; en que después se labró la heráldica de la Colonia; en que crujió la seda floreada de las virreinas y en que pasaron las literas pintadas "con algo de tálamo y féretro a la vez".

Bien. Pero había que reexportar todo eso e ir a proyectarlo a modo de tapiz en los muros del Escorial; en las murallas de Avila; en las piedras doradas de Salamanca. La peregrinación a la Península, que es una gigantesca acumulación de historia y de espíritu, era, pues, esencial para la estética chocanesca, la cual es fundamentalmente lo hispánico transportado a otro medio físico y diluyéndose por medio de proliferaciones sucesivas en otros elementos étnicos. He ahí la razón de su originalidad personalísima y la cual rechaza orgullosamente toda imitación porque va tras los valores, cada vez más escasos, de la creación propia. Pero lo autóctono tiene que saturarse del pasado hispánico y sólo entonces en el caso concreto de Chocano, encontraría el cuño definitivo su oro de Indias. En efecto, el Nuevo Mundo hay que observarlo poniendo al trasluz la Península y ésta debe mirarse colocando a la América como culminación suprema de la trayectoria castellana en el universo y en la historia.

Allá fué, pues, Chocano. Allá nos divisamos en 1905, y como el Virreinato del Perú y la Capitanía general de Chile estaban entonces como el perro y el gato, nos miramos como beligerantes en territorio neutral. Entrábamos ambos en la vida y nos sumergimos ávidamente en la Península para oír el idioma auténtico y rastrear el espíritu traído al Nuevo Mundo por el país que nos incorporó a la vida universal. Y en cuanto a aquellos tiempos, llamados de la generación de 1900, primaban el pesimismo, la abulia, el "¡a mí qué!" de los pueblos y los individuos de vida muy llena. Peroraba Joaquín Costa y paradojeaba Unamuno; pero, a fin de que no todo fuera murria, posturas y pesadumbre, se salpicaba de sangre toruna la capa escarlata de "Bombita"; en el Salón de actualidades, sito en plena aorta madrileña, bailaba Pastora Imperio, empavesando

de claveles sus dieciocho años; Rosarito Pino imitaba a Eleonora Duse en el Teatro de la Princesa; triunfaba, sobre todo, en el teatro clásico, María Guerrero; teatralizaba Benavente; pintaba Sorolla con grandes pinceladas velazqueanas; repujaba Darío sus "Cantos de Vida y de Esperanza" y Alfonso XIII, enamorado, estrenaba sus primeros automóviles.

Un día llegó uno de los González Blanco a participarme que Rubén Darío acababa de llegar de la playa donde había ido a refrescarse, mirando el Cantábrico. Corrimos a verlo y lo hallamos instalado en un colmado de la calle de las Hileras, en compañía de una botella de cognac y de uno de sus admiradores menores, llamado Fabra, si no recuerdo mal.

Otro día llegó Francisco Acebal, novelista, dramaturgo y editor de los Clásicos. Iba a invitarme a la velada fúnebre en honor de Navarro Ledesma, autor de un libro delicioso sobre la gloria y el hambre; la pasión y la muerte del pobre Cervantes, el cual, dicho sea de paso, suplicó, besando la mano o el pie al Consejo de Indias, que se le concediera la contaduría del Nuevo Reino de Granada; la de las galeras de Cartagena de Indias; la gobernación de Soconusco en Guatemala o el corregimiento de la ciudad de La Paz. — "Busque por acá en qué se le haga merced y vaya usted con Dios" — ladró la contestación de Núñez Morquecho.

Cambiamos la velada del Salón de actualidades por la celebrada en loor de Navarro Ledesma, al cual acababan de dar tierra en el pudridero de la Almudena, y nos sentamos con Acebal, enfocado de frente el escenario del Ateneo. Se levantó sigilosamente el telón y en vez de los grandes ojos de la gitanilla, aparecieron los grandes bigotes a la cera perdida de don Segismundo Moret, ex presidente del Consejo. Esa noche estaba de turno en el Ateneo y tenía a su diestra otros grandes

mostachos, los de Chocano. Habló don Segismundo, en forma indigna, del Segismundo de "La Vida es Sueño", y no sé con qué motivo trajo a cuentas las ya desplumadas golondrinas de Bécquer... Se sentó, por fortuna, el señor Moret y Prendergast, cojiéndose con ambas manos sus bigotes de conde-duque de Olivares, y avanzó Chocano hasta las candilejas, en medio de un silencio y unos murmullos escalofriantes... El público creía que iba a colocársele un trompeteo chimboracesco y se "escamaba" con tiempo. El poeta principió a hablar con la voz cantarina de los sudamericanos, y por mi parte no habría deseado estar en su epidermis; pero el silencio empezó a cambiarse en atención cada vez mayor, y muchos asistentes se acercaron al proscenio, agrandando las orejas con las manos, para no perder una sola sílaba de aquella sinfonía estupenda, que no era algo quintanillesco, ni mucho menos, sino la *Alma América* vista a través de la España de los Austrias, la Conquista y la Colonia.

Chocano esparcía, a manos llenas, el oro de Indias; rescató a Atahualpa, porque aportaba algo inédito y extra peninsular, y el silencio hostil de esa velada se hizo primero atención anhelante y luego ovación mayor: Chocano había tomado magistralmente la "alternativa" y quedaba consagrado primer espada. Intensamente pálido, embutido en su levita negra y flanqueado por sus bigotes de mosquetero, agradecía, llevándose la mano al corazón emocionado, como el caballero del Greco.

Eché a un lado las pequeñeces de la beligerancia en que entonces vivíamos peruanos y chilenos, y en Chocano aplaudí a "las Américas".

ATAVISMOS LEJANOS. ASUNCION DEL POETA

De España, donde acababa de acuñar los primeros cóndores de su oro de Indias, Chocano retornó trayendo un concepto integral de la Península y lo español.

Dió comienzo a su segunda y arriesgada campaña de América y se mezcló con los caudillos típicos —telúricos, diría Keyserling—, que quieren remoldear al indio, cayendo pistola en mano sobre las supervivencias, todavía patentes, de "encomiendas" y repartimientos y el hombre hosco y sin sonrisas que no jugó de niño, "se retorció entre hierros y erró por las prisiones"... Repuntaban los atavismos lejanos y reaparecía en él el tipo combativo y cesarista que en los años de la fundación habría estado —como si lo viera—, con Gonzalo Pizarro contra Carlos V y contra La Gasca, y en una de esas, faltó muy poco para que, a pesar de los kilates de su oro nativo, lo pusiera con la espada contra el muro uno de esos caudillejos que andan llenos de bordados y sentados en unos cuantos yataganes. El Nuevo Mundo en cuerpo se conmovió hondamente y el mismo Alfonso XIII, a cuya novia magnífica había ofrendado un soneto digno de Garcilaso de la Vega, intervino gentilmente para salvar la vida de su colega, el rey del verso indoespañol.

De regreso de la aventura, Chocano vuelve a entrar arrogantemente en "la vetusta casa colonial".

Gobernaba a la sazón el recio autoritarismo del último Virrey —Leguía—, y el gran dictador coronó al gran poeta en medio de una fiesta apologética:

La ciudad de los Reyes —dijo— me ha mandado poner en vuestra frente un símbolo de apoteosis.

El laurel de oro virreinal abrazó las sienes en que empezaba a caer la nevasca de los años, y Chocano,

trofeo de heridas y retablo de dolores, se irguió galvanizado por un escalofrío demoníaco y aceptó los atributos reales con gesto huguesco:

"El Perú debe ufanarse de la corona de laureles que ciñe a su poeta, tanto como se engríe de la de espinas que ajustara las sienes de su santa, pudiendo reposar sobre la seguridad de que la de espinas y la de laureles, la de Cristo y la de Apolo, son las únicas que no han caído ni caerán jamás."

He ahí el grito victorioso e inaudito prevaleciendo, durante un breve interregno de bienandanza, sobre tantos y tantos años de dolores sin cuento.

Pero la diatriba no perdonó ese triunfo reparador: atisbaba, se mordía la lengua y se retorcia las manos mojadas por el sudor frío de la ira... La sangre saltó de golpe a la aorta congestionada; cayó muerto el agresor; el drama cruzó otra vez el camino desolado del poeta, y, entre el fulgor de los laureles, apareció de nuevo el estigma de las espinas.

Comprobada la legítima defensa, el vate errante se alejó de la ciudad, tan vieja y noble como hermosa y apasionada.

EN BUSCA DEL ORO EN TINAJAS

Sabía que estaba aquí y quería verlo; pero como Santiago del Nuevo Extremo se ha puesto a crecer para todos lados, desparramándose, no había dado con Chocano. Al fin lo divisé sin que me viera. No lo veía desde la velada aquella... Treinta años durante los cuales han desaparecido los bigotes que la noche ovacional se estremecían al paso solemne de la elegía del órgano... Constaté que el tranco ha perdido la *allure* mosqueteril; pero la cabeza retadora sigue erguida como para recibir una cuchillada o una nueva corona acu-

ñada con oro de Indias. Cruzaba bajo los aleros gotosos de la Posada del Corregidor y parecía venir directamente de las primeras "Leyendas y Tradiciones" de Ricardo Palma. Tocaban en sus torres color sayal las campanas dominicas y el sol de anochecida doraba los últimos mojinetes de la barriada todavía indemne del cemento, las construcciones cubistas y los auto-parlantes.

El poeta se detuvo un instante y echó un mirotazo circular, mientras yo comprobaba la veracidad del símil con el albatroz baudeleriano que acababa de hacérsele en un hermoso *entrefilet* periodístico:

*"Exilé sur le sol au milieu des huées,
Ses ailes de géant l'empêchent de marcher."*

Si y no; pero tal vez estaría más en carácter arribando a la "Posada de la sangre de Cristo", en que Cervantes fué a buscar a Galatea... Arribando cansadamente con calzón corto; capa con la cruz de Compostela; greguescos, chambergo con pluma flamenca y espada de cazoleta, templada en el Tajo, de las que se llan con el pomo y marcan o matan con la punta.

Hizo calderón en la plazoleta; avanzó hacia el río y, seguro de que nadie lo observaba, empezó a dar pasos de nigromante... Los contaba, luego golpeaba el suelo, y, en seguida, escuchaba esperando que le respondiera el áureo endecasílabo de las tinajas llenas hasta la boca de onzas narigonas. Buscaba un entierro; empezó en grande la faena; se removieron subterráneas todas las leyendas del Santiago antiguo; en la plazoleta en claroscuro volaban a estrellones los trasgos, los duendes y las lechuzas, herencia de la Metrópoli y la Colonia; echaron chispas las picas y los chuzos en la excavación nocturna y los hampones y los vagos de la pica-

resca santiaguina, abrieron la tarasca, encendiendo en sus tarros la vela de ánimas en pena...

La faena duró muchos días, sin que nunca aparecieran las tinajas de la soñación, muy limeña y muy sevillana. Nunca... Chocano cruzó de nuevo la plazoleta a que hay que llevar de visita a la Quintrala y al Señor de Mayo; no encontró ni encontrará el oro soterrado en la tradición desde que, para huir de Osorio y San Bruno, se enterraban en una tinaja talagantina las onzas, la plata de cruz, los rosarios y las arracadas de perlas... Su entierro está más a la vista y es más rico: lo lleva él mismo y, cegado el hoyo junto al río en que escarbaba, el poeta se encerró a macha martillo y empezó a batir oro puro, es decir, del que en tiempos de Indias se acarreaba hasta la Casa de Contratación. Dios le dé tiempo para acuñarlo todo —no sería más el que el pobre Atahualpa dió a Pizarro—, entregando a nuestros países un tesoro inestimable, porque se trata de valores estéticos sobre los cuales no hay modelos que copiar o trasponer.

OBJECIONES A LA APOLOGÍA DE EXTENSIÓN

I. EL ENSAYO EN LITERATURA. "PORTALES"

Melfi —autor de *Pacífico-Atlántico*— se siente tenazmente atraído por la síntesis total (ensayo en literatura y *maquette* en lo plástico) y la trata en todos los planos y todas las luces de la parte artística. Y aquí anoto una impresión al pasar de un acápite a otro: el ensayo es frecuente en los viejos países en que la abundancia oceánica de su historia predispone a las condensaciones, y es extremadamente raro, donde habiendo sólo un pasado local, es costumbre asidua amplificar el hecho sin plasticidad ni hondura, y, por consiguiente, desprovisto de todo poder sugeridor.

El ensayo —decía— es algo esquemático; pero total como conjunto armonioso de líneas e indicaciones generales.

No es una contribución a la historia ni a la sociología. Es arte y crítica. Surge de una materia definitivamente estudiada o documentada, y si en el ensayo falta algún rasgo esencial, habrá huecos y vacíos que deforman la visión, dejándola en trozos inarticulados.

El autor de *Pacífico-Atlántico* —el título de "Paraná-Guasú" era más de ambiente y esquivaba mejor la denominación ferroviaria—, hace algún tiempo tomó a Portales y exploró acertadamente alrededor de él. ¿Hay realmente un hombre-época bajo esa capa pelucona?

Sin duda. El comerciante, prematuramente baqueteado por la vida, se había hecho catador de hombres y desde luego sabía mandar, porque conocía bien el material humano que tenía entre sus manos de encomendero.

Venía de la Colonia como régimen y de España como sangre y se metía arrogantemente en medio del redoble aturridor de la anarquía inicial.

Melfi lo enfocó sin hiperbolizarlo. El pelucón máximo, en efecto, no necesita empinarse porque lo que hace verticalmente grandes los monumentos no es la gradería ni las superposiciones, sino la figura misma.

De la historia y sus actores centrales, al ser cogidos por la hondura del tiempo, a veces no queda, prevaleciendo sobre los años, más que una obra o un acierto. Y basta. Es el caso del inspirador de la Carta política en que se cimentó la organización, basada en el pequeño grupo racial —los dueños y cultivadores del suelo—, superpuesto a la masa agrupada en forma de montón vegetal.

Portales contó y filió certeramente los recursos, el número, los intereses primordiales de ese grupo: no había más con qué contar, salvo la multitud, soltada por la encomienda para ser pesadamente cogida por el inquilinaje.

Tras de diez años de desorbitación y edificaciones ideológicas estrafalarias, como el federalismo de Infante, don Diego cogió la jáquima usada por los domadores y se puso al frente de una necesidad fundamental: el orden, que, al consolidarse, alcanzó los resultados sorprendentes patentizados en el largo período orgánico que terminaría con la deplorable revolución parlamentaria de 1891.

Melfi, insisto, enfocó bien al pelucón que le torció el pescuezo a la anarquía y su "Portales" resultó un ver-

dadero ensayo, vale decir, una síntesis antológica en que está bosquejado lo más esencial del vidente destacada sobre el claroscuro post-colonial.

II. DE UNA BANDA A OTRA DEL CONTINENTE

El ensayista salió no hace mucho de la ciudad hacia cuya plaza capitolina avanzan a espolonazos las últimas estribaciones de los Andes, demostrando objetivamente que se trata de un país encajado a barquinazos "entre el mar y la montaña".

En efecto, basta subir a los cerros de Santiago del Nuevo Extremo para descubrir la impresionante peculiaridad geográfica de la región y del país: montes, valles de paisaje; ríos sin la amplitud mayestática de la anchura, y, longitudinalmente, el Pacífico que llena la parte del planeta que va reentrando en la vida... Al Atlántico le van quedando pocas reservas y la geografía política y económica ha dado en denominar mar del futuro al océano que va de la América, que nace, al Asia que despierta acosada por el dragón japonés.

El ensayista de "Portales" iba de paseo al último torneo oratorio panamericano, el cual terminó, como los precedentes, con una copiosa serie de votos y conclusiones *platónicas*, es decir, de banquete, mientras en el abdomen del Continente se seguía peleando casi por cuenta ajena, porque esto del Chaco o del chasco, es una cuestión de materias primas que, en definitiva, serán explotadas por gente más adinerada que los beligerantes.

El corresponsal artista llevaba en los nervios ópticos el paisaje de esta vertiente: valles pequeños como extensión y, en cuanto a colores, los de "don Juan Pancho", el de las manchas e impresiones que son lo mejor, sino lo único de la escuela pictórica autóctona.

Para traspasar la montaña e ir de una a otra banda, el tren, el avión o la acémila colonial ascienden en demanda de la altura y las nieves—, estimulantes cardíacos de la visión y la metáfora... Ya muy arriba y cuando el corazón brinca a más y mejor, se lanza la mirada en trayectoria de profundidad. Y ojalá siempre se mirara bien abajo cuando se está bien arriba.

El camino va fileteando los breñales y, aconchadas en el fondo, se estampan las últimas ramazones de los huer-tos plantados en los faldeos. Verdea hecho un "cha-manto" el alfalfal y se encienden con los ultravioleta del mediodía los pequeños trigales sembrados en el hueco de unas manos de guaso... He ahí la última impresión cromática de la vertiente que despeña sus aguas amotinadas hacia el Pacífico.

El río se encabrita entre cumbres y farellones y el viento vocea (otros aseguran que ensaya las primeras vidalitas de la otra banda) cosas monótonas; pero que, por lo menos, no son oratoria política, organillo ni radio.

Se traspone sin notarlo la cumbre; empieza el descenso; se pasa por la ciudad viñatera que es un retazo de tierra tirado de un lado a otro de los Andes y el tren que va al Atlántico, bufa como un gaucho insolado al empezar a correr la pampa por la punta mendocina.

Estamos ya en la línea límite y desde luego se constata que no es monótona, como creen algunos. Ni podría serlo, porque la luz va acendrándose desde las va-queidades opalinas del amanecer hasta la congestión punzó de la tarde.

El hombre oprimido por el paisaje escorzado sobre el mar, al verse circundado por el infinito, evoca apenado los pequeños valles y suelta en la línea lisa y sin confines todas las fantasías del evadido del cuadro apretado y montañoso.

No es extraño el sortilegio ejercido por esa extensión enorme con algo de desierto y de pradera. Aun

más: tiene la costumbre, como los gigantes del cuento oriental, de tragarse al forastero desprevenido... *Empamparse* —decía el neologismo gaucho, aludiendo gráficamente al espejismo que toma al que viene de la serranía y se mete de sopetón en el sector en que el Continente se abre como un abanico gigantesco.

El ensayista vió como colorista el factor extensión; le pareció el fundamental como opulencia presente y evolución futura y el que en la tierra de origen, como en la de adopción, sólo conoció los pequeños valles prendidos entre montes y cerrillajes, falló una y otra vez por lo dilatado; pero evocando, eso sí, con simpatía el suelo en que hasta los hombres le parecen cerros... O terrones; pero conste que no siempre ha sido así y que más de una vez esa tierra dió otra clase de productos telúricos.

El autor pinta la extensión sin siquiera insinuar los problemas que ésta plantea a medida que se hace más lejano y costoso el acceso al mar. Los países tienen los inconvenientes de sus ventajas y viceversa. Este en que estamos, por ejemplo, carece de profundidad, de anchura; pero, en cambio, no tiene más que voltear su producción sobre el territorio inclinado sobre el mar. Sin embargo, el autor adjudica exclusivamente a la extensión todo su optimismo y se queda en estado de hipnosis ante ella.

III. LA PAMPA ACTUAL

El estilo, sin temores de ninguna especie a la temeridad creacionista, es cálido como color y se regocija voluptuosamente con el tema amplísimo de la pampa, que primero fué la desolación de la Colonia; luego la guerra bárbara cuando desfilaban ante los caudillos primigenios las picas empavesadas con cabezas federales. Después rasguea el guitarrón de Martín Fierro, correteado por los milicos de la partida rural

Posteriormente, Don Segundo se pierde "para nunca" en la lejanía, suplantado por los elementos inmigratorios, abrogadores de lo pintoresco y lo vernáculo.

Antes de mucho, ya no son los mismos los aperos, las costumbres ni los condumios. Se hacen humo de tapera los rastreadores. La montonera desaparece también y en vez de hacer maulas con el pellejo del adversario que se dejó volar, se pleitea en el distrito o si no en los "trebunales"...

Entonces, todo era cardonal en saliendo de Buenos Aires; más adentro había yerbajos y ñandúes y, al acercarse a la cordillera, arbustos enanos y una que otra parra de uva negra, como los ojos de "la china".

El gaucho se ha hecho compadrito o "cajetilla"; la guitarra ha pasado al disco de boliche, y, en vez de la carne con cuero, hacen hebra los macarrones.

La pampa, en una palabra, aloja otros tipos y otras costumbres —faz literaria que está por hacerse, ya que la anterior se clausuró insuperablemente con el libro de Güiraldes, Don libro, como suele decir Díaz Arrieta.

IV. SOCIOLOGIA Y PINTURA

No es la teoría —vagamente formulada—, lo mejor de "*Pacífico-Atlántico*". Es el fraseo ostentoso interpretando a brochazos la extensión y sin tener muy en cuenta lo que dicen la historia y la geografía.

La frase, tan colorida y repentina que logra ocultar el profesionalismo, es no sólo la tendencia constante del autor, sino el autor mismo.

Afortunadamente no se trata sólo del arte por el arte, sino "del que lleva algo en el vientre".

El estilo, vivo e imaginativo, patentiza el placer del artista complacido ante el cuadro que se cruza por primera vez en su camino al pasar de un flanco a otro del

Continente. Cierra un ojo como el que va a pintar y luego da con los pinceles, cargados de color, en que hay mucho del pasado impresionismo, más la libertad incoercible del creacionismo de hoy: el sol, por ejemplo, le parece "un disco de papel cuyo aro se sumerge en la línea de sombra trazada por la llanura"...

¿Y por qué no una hoz clavada en el horizonte al pardear el día?

Siente la embriaguez de la frase visionaria y luminista en que la idea aparece orientalmen- te ataviada:

"Ardían los cerros que a contraluz parecían espesas manchas violeta".

¡Curiosa mezcla de color y de intención sociológica!, lo que es el *trait maitresse* de todo el libro:

"Tenemos que defendernos del pasado que a cada paso tira de nuestra voluntad y de nuestros pies".

.....

"El fundador edificó la ciudad de cara al estuario. Le dió como sostén el océano y la puso frente a la sugestión voraz del Atlántico, sembrado de rutas y de esperanzas".

He ahí la urbe taconeada de barcos acarreadores de gente foránea —el ganado humano que luego se sumerge en el ventripotente abdomen territorial.

De tiempo en tiempo el autor, asombrado, interrumpe su trayectoria emotiva: mira hacia esta vertiente y recuerda con pesadumbre y simpatía la tierra montañosa:

"Ruedan hasta muy lejos los lomajes y las hondonadas. Entre ellos se abren los valles estrechos y fértiles, como nidos de verdor oprimidos por el abrazo de la montaña".

Todo el libro es una contraposición obsesionante entre la extensión promisor- a y la tierra en que chillan los ríos con alarido de puma y en que apenas encuentran espacio de favor los valles plegados entre el monterío.

"Los hombres —dice—, fueron autoritarios porque sentían sobre el espíritu la presión del cerro y la sugestión oscura del valle encajonado. Si levantaban la vista tropezaban con la cadena gris en cuyas faldas y cumbres yerguen sus brazos famélicos los quiscales polvorientos y espinudos. Así fué Montt. Así fué Varas. Así fueron los dominadores."

Tácitamente, como se ve, el autor falla a favor de lo desmesurado.

Disiento por completo de esa teoría; pero insisto en que pocas veces se ha podido disfrutar de un despliegue más copioso de frases, lanzadas sin esfuerzo y como una función normal del espíritu. No es artista el que no puede hacerlas, arrancándolas vivas de la sensación. Pero si la frase es siempre cargada de sentido y de color, en cambio la tesis que sustenta es arriesgada y fácilmente controvertible:

"El hombre del cerro está sometido de antemano. Puede dar vuelta entre los breñales y encontrará siempre la muralla abrupta cortándole el paso"...

Desde luego, más del treinta por ciento de la población de este país vive en las costas y se puede decir que al resto le basta encaramarse en "la muralla abrupta" para sentir la tentación de la aventura.

No hay, pues, tal muro carcelario y sin ventanas al exterior. Ni es justo cargar a la cuenta de los "breñales" la incomprensión de los gobernantes que no han entendido los imperativos de crecimiento planteados por la forma geográfica del suelo.

No es esto "el valle más hondo de la tierra" ni se trabaja en el fondo de un pozo, sino en campos relativamente pequeños; pero poseedores de una belleza y una fecundidad estupendas como todas las tierras volcánicas. Es un paisaje vacío de pasado; pero que, por lo menos en el valle central, tiene algo de la Toscana o de Asturias.

Y en cuanto a ese capitán sin pasaporte —Mr. Head—, que al descender hacia el Pacífico creía rodar cerro abajo, es probable que estuviera bebido y que a causa de su alcohol de cebada, olvidara, al reparar lo ajeno, la estrechez montuosa de las islas albiónicas en las cuales no hay un solo punto que diste más de cien kilómetros del mar.

Aquí no es la tierra sino el hombre político el inferior. Está extraviado. El país se hizo fiscalmente nuevo rico y todos quisieron serlo de repente y atropellando las unidades de tiempo que impone la ascensión social. Dejaron de gobernar los mejores y la verdad es que hace años a que se viene oscilando entre la fuerza y la anarquía (1).

No es la tierra, seguramente, la responsable de todo eso. Al contrario. Es óptima y dió los primeros organizadores en un conjunto tragicómico de países aislados, sin raza ni cultura; sin recursos ni experiencia.

Junto con la opulencia fiscal, empezaron los años en que el dirigente se ha mostrado notoriamente inferior a los problemas políticos, económicos y sociales de un pueblo nuevo y peculiar. Tan inferior, que hay derecho a pensar que aun no entendemos lo que significa como incógnitas futuras un litoral que tiene a la espalda un *hinterland* que, por razones de costo y distancia, se sentirá cada vez más vinculado al Pacífico y no al Atlántico.

Nada de eso es culpa de las montañas que acordan este territorio ni de los ríos que se disparan en demanda del mar ni de los espinos que prenden sus valles, sino de los hombres distanciados del porvenir.

(1) Este ensayo fué publicado durante la segunda Administración Alessandri.

V. LA PAMPA, LO FOLKLORICO Y LO BARBARO

La pampa no produjo nada, a no ser lo bárbaro o lo folklórico: las mechas de Facundo: las "pallas" y los contrapuntos y, finalmente, la *sombra* huidiza del postrer gaucho auténtico.

Rivadavia, Mitre, Sarmiento, Alberdi, Avellaneda, Pellegrini, Saenz Peña, no salieron de entre las ramas del ombú. Los formó y los orientó el ambiente aireado por los vientos atlánticos y se empeñaron en suplantar al aborigen con el "gringo" acaparador del centavito y con el "gallego" que arribó con una "perla chica" y terminó con la "millonada".

Esos elementos no traían cultura porque generalmente eran analfabetos; pero traían voluntad, tradición, ahorro heroico y ya puede suponerse la cara que ponían al que los invitaba a quedarse con el acordeón entre las manos, al olor del "churrasquito" y los "copetines"... No habían venido a eso sino a pelear la batalla del esfuerzo sin fin.

El gaucho fué el candombe y la mazorca y si de él hubiera dependido, habría "aclarado" facón en mano a todos los "doctores" que preconizaban el acarreo a "barcadas" de los "tanos" —como llamaban al italiano—, y de los "gallegos" —remoquete del peninsular insuperable que ha llenado de espigas y vacadas la extensión continental en que ha sido necesario suplantar lo autóctono con lo foráneo.

Mientras el gaucho capeaba a espeluzos la partida policial, lo chileno, que algunos creen cogido de la nuca por el cerrillaje y las piedras cuchilleras del desfilar, se hacía campesino, changador, soldadillo o aventurero, como aquel "guaso Rodríguez" que después de "desgraciarse" en Alhué, llega a ser algo como gran

canciller del fraile Aldao, gobernador de Mendoza y San Rafael para servir a Dios y a Don Juan Manuel.

La gleba chilena venía de la mita y la encomienda, como toda la América española; pero se hace fácilmente navegante, bracero o playero y se asimila a todo, desde la mansedumbre del inquilinaje hasta las aperreaduras de la aventura. Es como la greda de los ríos que se arquean sobre el territorio y con la cual pueden hacerse ollas o bocetos. Orada las rocas buscando oro o lo que salga. Es el hombre curtido de los nitratos. Trabaja como una acémila y está tan vivo en él el atavismo aborígen, que le encanta salir a guerrear por cuenta ajena... Ha ido a los gomales en ignición tropical; a las alturas desoladas de la puna y del estaño; a los puertos en que esconde el contrabando bajo la pelleja; al Altiplano, al Neuquén, a las brumas que emboscan los confines del país y del planeta. Es un material para lo bueno y para lo malo, inclusive para la civilización; pero se descuidó el cumplimiento integral de los deberes sociales y culturales que había que cumplir con él y hoy es el subproducto que vaga harapiento y desnutrido.

No es la tierra, pues, la mala, sino los que olvidaron que lo primordial para un país es el hombre sano, tuerte, medianamente desbastado y demográficamente numeroso.

Durante los cuarenta o cincuenta años de la ensayología, la llanura anonadante en que maúlla el pampero, produce sólo seres bizarramente pintorescos; pero instintivos. Y ya se sabe que la historia no comienza mientras no entra en escena el hombre espiritual. (Spengler).

En cambio, en "el valle más profundo del planeta" (no lo creo) terminaba antes que en parte alguna de América la doma de lo aborígen, amansado por la fuerte autoridad que rigió la totalidad de la vida; que impuso vigorosamente sus normas y que terminó cuando el

país enriquecido abrogó el autoritarismo austero que culminó con los sacrificios de 1879.

VI. UN POCO DE GEOGRAFIA Y DE HISTORIA

Establezcamos un hecho esencial antes de seguir pesquisando la teoría planteada entre un bosque de frases fulgurantes: de norte a sur, los valles en que se forma esta nacionalidad, tienen dos límites: la grande y la pequeña montaña.

La primera, cierra el horizonte, incitando a la perforación o el repecho; la segunda es sólo un balcón con vista al océano.

En medio de una y otra altura, de la gigantesca y de la que se empina junto al mar, están los valles a que se sintió rodar el *mister* aquel que descendía hacia esta vertiente en mala mula y como con vino...

Esos valles no se extienden de océano a océano, como quien va de Filadelfia a San Francisco. Absolutamente. Son angostos y largos, suscitando así las metáforas belicosas: espada, proa, etc. Están acuñados entre los montes para que no se descuajen sobre el mar y hay que trabajarlos asiduamente para que produzcan. Carecen de las espontaneidades productivas del trópico y no impone un gran trabajo especulativo descubrir por qué se incubó en ellos la Carta política que desde 1833 hasta 1891 sirvió de eje a una organización armoniosa y general.

Esa Constitución es superior a todas las de América —escribía Alberdi, fijando en ella sus claros ojos de pensador.

Pues bien, cuando el país equipado así partía hacia el porvenir, en la pampa punteaba la guitarra y se agi-

taban el pañuelo y la cintita que han quedado oscilando en los tangeros orilleros de hoy.

Pero salgamos del Continente débil e inmaduro — las razas de América y del mar del sur han huído a la nada, decía Hegel—, y no tardaremos en notar que las mayores condensaciones de civilización no han plasmado en la extensión sino cerca del mar: Atenas, Esparta, Roma, Florencia.

Los hebreos se creían modestamente los elegidos de Dios; Moisés, su providente legislador, sube a un San Cristóbal cualquiera en demanda del Decálogo y estatuye una democracia teocrática.

El Egipto es sólo un valle. Presidido por la Esfinge teogónica, el Nilo cursa entre arenas y rocas calcinadas. Al llegar el solsticio de verano, el río faraónico recoge en el negativo de sus aguas la imagen anonadante del ídolo con cabeza de mujer y cuerpo de león y las tierras fecundadas no tardan en reverdecer.

Grecia está formada por una flota de islas arrojadas sobre tres mares para que absorbieran mejor las ideas que venían de oriente hacia occidente: Esporadas, Cícladas, Jónicas, antenas del mundo antiguo.

Están entre los grados treinta y seis y cuarenta de latitud y son sólo alturas con un plinto de valles en que el arado de los labriegos suele tropezar con los frisos desprendidos a pedazos del Partenón. "Bendito sea el campesino griego cuya azada descubrió a la diosa enterrada desde hace dos mil años en un campo de trigo". (Saint-Victor).

En esas islas se cruzaban los caminos del futuro y, en efecto, por ahí pasó la evolución universal camino de Roma, donde era necesario labrar los guijarros, porque los valles itálicos son sólo una concesión graciosa hecha por el monterío. Sin embargo, en Italia no se ven más que alturas: los Alpes, corona mural del suelo nobilísimo;

los Apeninos, espina dorsal del territorio que es una enorme acumulación de pasado.

Palestina, a su vez, no necesitó sino de un monte para el sermón de la montaña; un lago de Tiberiades para el milagro pródigo y otro monte para la Cruz.

Siglos después, el Renacimiento floreció entre los pinos y las rosas de un valle pintado por los *quattrocentistas* al pie de los Apeninos.

Sigamos a España.

Observado verticalmente, su territorio da la idea de una gran extensión que al contraerse, como cuero de toro puesto al sol castellano, dejó un suelo arrugado y montuoso donde lo que no es tierra es torre: al norte, Pirineos cantábricos y Pirineos aragoneses; luego la sierra de Gredos y la del Guadarrama; al centro los montes de Toledo y, al sur, de nuevo las sierras con azules y blancos mozárabes.

España es una especie de escalinata que asciende de una grada a otra para arribar al santuario de Guadalupe y junto con el descubrimiento del Nuevo Mundo, empezó a rodar sierra abajo el aluvión vital de los conquistadores y los circunnavegantes del planeta.

VII. GUILLERMO TELL

Prendido entre los intereses, las interferencias y las alambradas europeas, hay un nudo de montañas en medio de las cuales Guillermo Tell apunta impávidamente su flecha perforadora.

Suiza tiene cuarenta mil kilómetros (una comuna rural de estos latifundios) y todo es ahí nieve y valles de vitrina o de altar de Navidad.

La saeta del héroe hace su impacto en los montes, porque se carece de amplitud horizontal. En efecto, en la Confederación helvética todo es montaña, senderos

—los de Federico Amiel— y lagos —los del paradójico Juan Jacobo.

Por ahí han pasado todas las ideas y todos los sucesos y ante las aguas de nieve represadas en los altos lagos, nacieron las utopías sociales más audaces.

Suiza es una especie de *carrefour* del Viejo Mundo, y, además, tiene el Rin, el río de las sinfonías wagnerianas. Cuela a través de un lago las aguas tumultuosas que capta en los Alpes; arriba a Alsacia, llena de viñas y de cigüeñas; continúa en son de *lied* en demanda de las catedrales góticas y sigue al mar por el camino habitual de Napoleón en el Palatinado.

VIII. LOS SUPERPAISES

¿Y los Estados Unidos, situados entre la Europa y el Asia, se preguntarán irónicamente los devotos de lo cuantitativo?

No son un país sino un continente. Cuentan con espacio y recursos para asimilar todos los aportes sin congestionarse y es evidente que están formando una raza eugenésica y sin feminoides, que no es ni el *Viejo* ni el Nuevo Mundo, sino lo peculiarmente *yanqui*.

Por lo demás, nadie puede vislumbrar qué aspecto tendrá dentro de algunos decenios la carta geográfica del Asia, de Africa y aún de América. Ninguna de las potencias mundiales —profetiza Spengler— está tan segura como para poder decir que en cincuenta años más será todavía un poder y aún que existirá siquiera...

Rusia —otro caso de superación geográfica— no ha sido una entidad productora de progreso (salvo el aporte del *samovar*, apunta irónicamente Fouillé). De progreso ni de ideas y, respecto a su evolución de este momento, aún no se puede decir que haya creado formas nuevas de organización y de gobierno, porque el

sistema actual acaso "no podría mantenerse ni ante una derrota ni ante una victoria".

IX. LAS ISLAS DONDE NACE EL SOL

Si el itinerario geográfico nos va resultando demasiado lento, miremos de un hemisferio a otro —por más que nuestra vista no es tan larga ni tan rápida. Las islas del sol naciente ya no son sólo un biombo de seda y laca puesto ante el desmesurado mapa chino y la espada con empuñadura de piel de tiburón —la del *Samuray*— ha pasado a los suntuosos museos imperiales.

El dragón articuló sus vértebras insulares y ha empezado a tragarse al Celeste Imperio.

Son unas cuantas islas (trescientos y tantos mil kilómetros de territorio propiamente japonés) asimilándose la extensión más enorme después de Rusia.

El Japón ya no es la deliciosa *madame Chrysanthème* o *madame Butterfly*, cuyos dedos de seda se transparentaban a través de la porcelana pintada a la acuarela. Mira oblicuamente hacia el Pacífico occidental y, sin decirlo nunca, piensa siempre en el dominio o el control de este océano.

Antiguamente lo llamaban "tierra del valor" o "gota de agua solidificada". Hoy se llama suave, misteriosamente "el Japón", y todo el mundo vuelve la cara arrugada para mirar al *samuray* fabuloso de otros tiempos equipado a la europea, con las cejas crispadas y penetrando profundamente en el Asia, lo que tal vez no adivinó el comodoro aquel que lo sacó a cañonazos de su clausura asiática y su silencio budista.

Entonces era sólo mar, nieve, almendros y volcanes; agua profunda y tierra de tembladera. Pero se ha puesto a crecer,...

Sus dos terceras partes están cubiertas de montañas. Hay poco más de cien leguas de un flanco a otro y, como queda dicho, hace muchos años —allá en tiempos de entonces y en tierras muy remotas— el gigante excesivo de hoy era sólo “una gota de agua solidificada”.

X. LA UBICACION Y EL CLIMA

En los ejemplos expuestos cinemáticamente, no hemos buscado comparaciones ni similitudes que serían grotescas, porque no ignoramos que la América meridional (geográficamente situada entre el Africa y la Oceanía) es un continente formado con capitales, ideas, doctrinas, influencias y modalidades ajenas; es una región refleja en que, desde el Descubrimiento a hoy, el Viejo Mundo ha hecho muchos más buenos negocios que la América... Está en el extra radio del planeta y en ella, como en el resto de la tierra, los factores étnicos predominantes son la ubicación y el clima, en contraposición a la mera extensión.

En el caso concreto de la Argentina, ésta comparte con Chile la zona templada del continente y una política de comprensión y de equidad mutua, trataría de articular y no de separar las vertientes vueltas hacia mares y mundos diversos.

En el grupo de las repúblicas latinoamericanas —decía Paul Groussac— Chile y la Argentina son las únicas comarcas de vasta extensión, cuyo clima y latitud corresponden a la región central de la Europa.

DARIO O EL HERMANO VERSO...

A Matias Errázuriz.

No diviso qué de nuevo se pueda contar sobre Rubén, si ya se ha dicho todo, cierto o no, justo o injusto, sobre su vida desgarrada, sus versos innovadores y su anecdotario pintoresco...

Todo; pero tal vez no se ha investigado lo bastante sobre la mixtura de razas que debió haber en el célebre nicaragüense con fisonomía de malayo, manos de marqués y silueta alta y fina: un complejo físico.

Plásticamente, tenía mucho de indio del Motobamba, pero parece evidente que también tenía una dosis apreciable sino preponderante de sangre europea, y llena, por consiguiente, de ancestralismos, porque, de otro modo, no se explica su entrada de sopetón y sin tanteos previos, a lo más delicado y abstruso de la poesía de las postimerías del siglo pasado: entró a la innovación como a un campo propio y, en consecuencia, no está suficientemente explicado el misterio racial del indio que aún antes de arribar a París con su levitón, su latín, su "Azul" y su alcohol, que irrigaba zonas desconocidas de su espíritu, ya estaba familiarizado con todos los matices del modernismo finesecular.

Sería de un interés innegable la realización de un estudio documental, es decir, científico, sobre la genealogía rubeniana, y me permito señalar el tema, tanto más novedoso cuanto que lo crítico y lo anecdótico so-

bre Darío parece agotado. Y tan agotado, que al hacerlo comparecer en esta sala con sus ojos de astrólogo y su sombrero de ocho luces, más la de la madrugada a que era tan adicto, tendré que hacer no sé qué malabarismos para no repetir lo que ya he contado al amor de los recuerdos y de la letra de molde.



Santiago del Nuevo Extremo —y menos mal que no le pusieron del último extremo...— ha tenido siempre una especie de imán para la gente de otras tierras. La única manera de pasarlo bien aquí es ser extranjero, decía don Marcial Martínez Cuadros, anglófilo, locuaz, cultísimo y dotado de una ironía tan certera como personalísima.

Viene de lejos en la cronología y la idiosincrasia nacionales esto del imán, y cuando en tierras de Martín Fierro andaba degollando con música de candombe don Juan Manuel de Rosas, aquí llegaba a uña de mula lo más espigado del espíritu y del reformismo de la otra banda: Mitre en busca de historiales sobre San Martín, la Emancipación y la Expedición Libertadora; Sarmiento, maldiciente y genial, y Alberdi con sus "Bases" constitucionales diseñadas a la sombra provincial de los chirimoyos quillotanos.

Afluían emigrados de todas las latitudes del continente en sangre: de Colombia, revolucionaria y dialéctica; del Ecuador maravilloso, recién disgregado de la vasta concepción bolivariana; del Perú virreinal; de la Argentina laceada por Facundo; del Uruguay acosado por Oribe...

El Chile seriecito y austero de la organización, lograda con unos cuantos pesos, pero severamente administrados, era una especie de casa de huéspedes del

continente convulsionado, y las puertas de cuarterones de entonces vieron pasar una serie de celebridades en futuro hipotético, porque eran muy duros aquellos tiempos. Entraban en silencio a sus cuartuchos enladrillados y con techo de colihues; encendían un velón de sebo y se ponían a escribir versos nostálgicos, libros profundos o artículos furibundos contra los tiranos empenachados y presuntuosos que alardeaban en todas partes del continente en plena ensayología punzó. Sarmiento, por su parte, daba puñetazos, clavaba las uñas en el álamo de la mesa en bruto y soltaba terno tras terno sanjuanino contra Rosas; contra Bello, clasicista y codificador; contra Lastarria, escritor y pensador, o contra Jotabeche, punzante y nacionalista.

En cuanto a panorama, Santiago era lo corriente en los poblados indo barrocos de entonces: balcones volados para ver el paso de las procesiones o de los soldados victoriosos; plazoletas con una fuente o un pilón; rejas con un gajo de palma bendita, más la Cañada, el puente del corregidor Zañartu y una que otra torre con campanas de cobre coquimbano.

En 1841 y diez años después, al finalizar la fecunda administración Bulnes, se producen recios encontrones a sable, lanza y fusil de chispa; pero triunfó una y otra vez el centralismo organizador, olvidado, desgraciadamente, de la cultura y el bienestar de la masa, y Chile continuó siendo durante más de medio siglo, la persona de respeto del continente... Se administraba con un rigorismo que habría escarmentado ejemplarmente las "habilidades" que empezaron a aparecer con la opulencia de la victoria y el salitrazo, y al amparo de la paz pública, propicia al trabajo y las cosas del espíritu, aflúan los perseguidos de todo el continente conflagrado por la anarquía. Llegaban con un equipaje muy sumario; pero llenos de esperanzas y de bríos combativos, y hace más de medio siglo, también llegó Rubén Darío; pero

no en calidad de insurrecto ni de rebelde, sino en plan de andanza bohemia. Había llegado hasta él la fama del progreso y la pujanza chilena y arribaba con la maleta y los bolsillos vacíos; pero con la cabeza llena de sueños. Venía de Centroamérica, tierra eslabonada de volcanes; le asomaban sobre los labios gruesos y ansiosos los bigotes mandarinescos que después domaría a cera, y traía unas epístolas de presentación para Lastarria, Barros Arana, Amunátegui y Vicuña Mackenna —los historiadores consagrados, como que ya tenían una obra enorme e imprescindible. Lastarria, el leader pipiolo que se enfrentó al peluconismo, era llamado el maestro en algunos de nuestros países. Darío presentó las cartas de recomendación del general Cañas, muy conocido en su casa, y creyó llegar a París al tranquear sobre las piedras bravías del Santiago de aquel entonces: casas de huéspedes del ciclo blestganiano; casonas con zaguán, cochera y mojinete; riacho desmandado y con nombre indígena y uno que otro palacete con columnas y cariátides de yeso que dejaron maravillados al autor de la *Canción del oro*: el hombre venía rectamente del Momotombo a Santiago...

Ingresó a *La Epoca*, diario de un millonario del cual bien pudo ser el poeta, el Horacio o el Propercio. Pero en vez de Mecenas se encontró con el señor Mac-Clure, director, que, evidentemente, le sirvió de modelo simbólico para el célebre cuento en que el poeta toca el organillo bajo la nieve para entretener a su señor, el "rey burgués".

En *La Epoca* acampaba una especie de bohemia de guante blanco que cenaba alegremente, es decir, en buena compañía, en el viejo restaurante Gage; que en las tardes se trasladaba en victoria arrendada bajo los árboles polvorientos del Parque; que leía libros y diarios franceses y que iba donde M. Chopis, en los portales en que aún queda uno que otro espejito evanescente

y cegatón, a admirar los primeros bronce Barvedienne llegados a Santiago.

Rubén ingresaba al país cuando empezaba a sonar la plata del salitre y el Chile orgulloso y pobretón iba a pasar o pasaba ya de la estrechez de pellejería en que creció "a lo que te criaste" a la riqueza y la abundancia que, según Plutarco, moralista, corrompió a la misma Esparta después de su triunfo sobre Atenas.

El poeta estaba encantado con la ciudad; pero crucificado sin tregua por la modicidad franciscana de la soldada que en forma de cuentagotas o recibos a caja le suministraba Cartagena, administrador del diario. Pero, a pesar de esa circunstancia molestísima y acaso para trascordarse momentáneamente de ella, el poeta solía sumergir sus escuálidos recursos en el Santiago tenebroso de los barrios excéntricos... Rodaba y se le creía perdido para siempre; pero, afortunadamente, Ortiz, portero y baquiano, no tardaba en rescatarlo, restituyéndolo, deshecho y arrepentido, a los pies de la Venus de Milo, que presidía con impasibilidad parnasiana los salones de *La Epoca*.

Cursaba el tiempo a que alude en la epístola en que se lamenta de "lo amargo de su memoria chilena".

Tenía entonces veintiún años y le temblaba a las ánimas del purgatorio y al cobrador que lo urgía con la factura de su levitón romántico, eventos en que se encomendaba, tanto a sus devociones de creyente, como al contenido de la calabaza para el ron, importada por él desde las faldas en ebullición del Momotombo y el Ometepe.

Entre escapatoria y escapatoria, seguida de las afortunadas pesquisas de Ortiz, conserje criollo, se extendía generalmente una corta tregua de abstinencia en que Darío se devoraba fajos de *Le Figaro*, que llegaban a *La Epoca*, y los paquetes postales con los libros recién aparecidos de Catulle Mendès, Armand Silvestre,

Lecomte de Lisle, remitidos a algunos de sus amigos.

Lo eterno, hecho de belleza y novedad; lo indestructible de su obra innovadora aguijoneada por la necesidad, era escrito, pues, cuando hallándose *en puré*, como dicen en el barrio bohemio de París, el poeta se encerraba en plan de cenobita, para lo cual sentía una vocación muy decidida durante las abstinencias interrumpidas no bien lograba ponerle la mano encima a unos cuantos pesos, francos o pesetas.



Tenia doce o trece años cuando lo conocí, y demás está decir que me causaba una curiosidad que seguramente era el fantasma literario que empezaba a entrármese al cuerpo.

Sonaba ya orientalmente el nombre del poeta exótico y luego apareció un librito, costado por Pedro Balmaceda: *Abrojos*, mezcla de Bécquer, Heine y un poquito de Campoamor, en que, evidentemente, hay más de una saeta que habrían suscrito muy complacidos el ruiseñor sevillano o el que hizo su nido en la peluca de Voltaire.

Poco después, Darío absorbió con indecible fruición los pesos, casi a la par, con que el Certamen Varela premió en hora oportunísima para su autor el *Canto a las Glorias de Chile*, que años después tuve la gratísima sorpresa de ver encaramado en los anaqueles de la calle de Alcalá, tronío de la vida madrileña anterior al Apocalipsis de estos momentos tremendos.

Como de costumbre, volaron en un santiamén los pesos gordos del Certamen, y Darío continuó con la corbata apretada por las penurias y prendida por sus angustias sin fin. Y para mayor desolación, se habían

dispersado, siguiendo diversas trayectorias, los amigos de *La Epoca*, que había ilustrado sus páginas con firmas mundiales y el poeta fué a dar a una pensión de patio con naranjo, jaulas, quiltros y una patrona inflexible con los remisos en materia de abonos mensuales. Extendió sobre los ladrillos cuadrados unos ejemplares, como sábanas, de *El Ferrocarril*; tendió encima un colchón con más relleno de papeles que lana auténtica y colgó en un clavo de gancho el levitón —pieza de resistencia de su indumentaria de cuatro estaciones—, el levitón y su sombrero de ocho luces en que esta vez se reflejó la de la vela colocada en una botella vacía... No estoy seguro, aun cuando vi aquel cuartucho con estos ojos que se ha de comer la tierra, que hubiera mesa y sillas.

El poeta saturniano se tendió en su lecho —más de "abrojos" que de rosas—; juntó sobre sus bigotes chinescos "sus manos de marqués", como decía modestamente; cerró los ojos, lo que no le costaba mucho, y comenzó a evocar a la reina Mab... Plena imaginación, pleno estado subconsciente.

Parecía un sonámbulo —siempre lo fué—; el *Azul*... empezó a llenar fastuosamente el tabuco de cuarta cuadra, y si Cervantes no comió cuando terminó el Quijote, Darío, a su vez y distancias guardadas, cenaba tarde mal y nunca en los días y las noches ultra bohemias en que pergeñó el librito augural que iba a ser la Biblia estética de la transformación literaria que empezara con él. Sin las princesas, los faunos, los caramillos y los clavicordios del empalagoso período versallesco, el *Azul*... y los *Cantos de Vida y de Esperanza* son lo más perpetuamente hermoso dejado por el poeta de la pieza con las vigas al aire, el papel hecho jirones y los ladrillos cuadrados en que correteaban las cucarachas, como en los cuentos de Andersen.



Llega el momento de preguntar quién, por dado a la quiromancia que hubiere sido, habría predicho en el huésped de pensión con sopa boba como la de la puerta de convento, al mago de la transformación que empieza con el *Azul*...

Ese libro fué la revolución literaria, una revolución impregnada de influencias francesas; pero respetuosa del rico instrumento idiomático a que frecuentemente le achacan un supuesto pauperismo léxico los que no lo conocen o no saben manejarlo. En efecto, el innovador de 1888 no dislocó ni atropelló el idioma al transformar la poesía española, remozando sus ritmos y acercándose a Góngora, el desconcertante racionero de una iglesia cordobesa que al reaparecer, permite creer, como dice Cruzcampo, que la sensibilidad sigue hoy los mismos caminos de la antigua.

Al entreabrir la puerta gruñidora tras la cual Darío soñaba su *Azul*..., se habría podido pensar que se trataba de un hombre derribado por la vida. No era así: la realidad hosca y fría era una cosa y otra su espíritu, mezcla de volubilidad y de fuerza, de desfallecimientos y nuevos ímpetus. "El poeta empieza donde acaba el hombre".

Emperrado e indiferente ante su vía crucis, era frecuente que se quedara mirando en el vacío, como a la espera de sus frases maravillosas y siempre musicales, aunque prescindiera de la rima.

Sonaba un organillo callejero, tartamudeando una melodía verdiana, y sonreía volviendo a la agria realidad... Se abría la puerta que dejaba ver el naranjo nupcial de los patios andaluces, y aparecía una merienda digna de la cárcel sevillana en que entonaron juntos la *Salve* crepuscular, rezada en coro por los presos.

Miguel de Cervantes, y Mateo Alemán, es decir, *Don Quijote* y *Guzmán de Alfarache*.

Algunos meses después de su posada natanielesca, Darío se trasladó al Puerto y apareció entre las grúas, los fardos y los braceros del malecón. Le habían dado un empleo para matar el hambre —pesador de Aduanas o algo así—, lo que, afortunadamente, sirvió para que escribiera un cuento a la manera realista cogido en las faenas de la carga de los lanchones con un friso de gaviotas en la borda y unos brochazos de azarcón en la panza.

Quiso redactar en un diario porteño, y le dijeron que, desgraciadamente, escribía demasiado bien para Valparaíso... Tiempos en gris mayor, debe haber pensado Darío.

Se paseaba cogido de la aorta por una angustia indecible y no se hartaba de mirar el mar, negro y a batacazos con los malecones, en invierno. Se agravaban su hiperemotividad, sus obsesiones, sus estados de ansiedad angustiosa.

El poeta en camino de ser un nombre universal, por más que no fué un creador sino un innovador, era protegido a la sazón por el doctor Galleguillos, y cuando el día tendía un reguero esterlino sobre el mar de tarde, Darío se echaba cerro arriba, con el ánimo en un hilo, las manos frías, el estómago vacío.

Quería irse; se hizo una suscripción modestísima, se obtuvo un pasaje de gorra y un día cualquiera se supo que se había marchado con un equipaje de príncipe azul metido en un cajón de vino Panquehue... Iba lleno de recuerdos, fugazmente amables o brutalmente perros.

En cambio, nos dejaba dos hechos gloriosos que nunca sabremos agradecer lo bastante: el *Canto Épico* y *Azul*...

Y como a quien se muda Dios lo ayuda, lo protegió un Presidente poeta, estadista, escritor y teólogo,

el señor Núñez, colombiano eminente; visitó de refilón la España pesimista y abúlica de la Regencia en que aún se entonaban los periodos barrocos de Castelar; los poemas de atuendo romántico de Núñez de Arce y las Doloras con encantos e ingenuidades de aldea de Cam-poamor.

Castelar le dijo unas frases con pompa de carro alegórico; doña Emilia Pardo, aún guapa, le dedicó un retrato de condesa, que era de lo que menos tenía; don Benito Pérez Galdós le obsequió sus novelas realistas y sus *Episodios Nacionales*, inspirados, como técnica, en los de Erckmann Chatrian, y don Juan Valera le reiteró el tonificante espaldarazo que le había anticipado en *La Nación* de Buenos Aires.

Siguió luego a visar facturas consulares en Santa María del Buen Añre, como dicen la lejana fundación española y Rodríguez Larreta. Ahí tuvo su "peña" y su revista y no tardó en ser el sacerdote magno de la renovación literaria a que se apresuró a ingresar con sus *Montañas del Oro*, un mocetón con anteojos, bigote recio y renegrido y unos ímpetus de pampero: aludo al pobre Lugones que no hace mucho dejó una frase desgarradora, puntuada por un tiro de suicida.

Cordillera de por medio, Darío disparó para este lado de la montaña una frase amarga; pero no injusta. porque entre nosotros fué un incomprendido: "A veces me figuro que he tenido un mal sueño al pensar en mi permanencia en ese hermoso país. Eso sí que a Chile le agradezco una inmensa cosa: la iniciación en la lucha por la vida" —decían esa frase y esa carta.

Años después volví a encontrarlo en el ancho teatro del mundo, Madrid en este caso, donde llegué por primera vez con un capital de treinta años y un nombramiento de segundo secretario de Legación. Era todavía el Madrid galdosiano con sus Calatravas campaneando tarde y mañana, con las novelas cromáticas

de Blasco Ibáñez y con un rey con una corona más grande que él en su cabeza austriaca y borbónica.

En la Castellana y Recoletos llameaba un cartel escrito con sangre de toro anunciando *La Horda*, y en el Alto Aragón voceaba Joaquín Costa, el león del Graus, la necesidad de una política quirúrgica y la urgencia de echarle doble llave a los huesos del Cid y del Paladín de la Quimera.

La madre España, hoy en sangre de alumbramiento, acababa de perder sus últimas colonias; se le había escapado un hemisferio entre las manos de tanto Austria y de tanto Borbón, y se extendía más y más la cerrazón de un pesimismo indeclinable. Pero España no podía ni puede morir, porque sin ella el Viejo Mundo quedaría despojado del Castillo cuadrangular que le franquea, avanzando hacia el Atlántico. Anularla o reducirla, sería dejar un gran hueco en la historia del mundo y no es aventurado decir que en los primeros años de este siglo ya empezaba a germinar la protesta volcánica en que el pueblo español pediría la cuenta tremenda de lo que se hizo el Descubrimiento y la Colonización de América —obra populista de la masa, desprendida del Romancero, que siguió a Descubridores y Conquistadores.

El país fundador estaba como aturdido y en el Madrid a medio encandilar de entonces sólo fulguraban los claveles de la Imperio coronando el arranque bravío y sensual del baile castizo.

Teatro afrancesado de Benavente; novelas y dramas de Galdós, don Benito, ídolo nacional; tomos y más tomos de Menéndez Pelayo; primeros romances y primeros rezongos de Baroja, fuertemente influenciado por Gorki; sonatas con música de órgano y ruido de arma carlistas de Valle Inclán; paradojas, ansias y llamaraos espirituales de Unamuno, el rector salmantino.

He ahí en set cinemático los primeros años hispánicos de este siglo: España sentía un deseo indomable, según Ortega y Gasset, de perpetuarse. Error, si no me equivoco, porque todo organismo vivo despierta y se defiende, según la ley biológica.

Llameaba Unamuno dando muestras de su tortura espiritual; gruñía Baroja entre la bruma y la morriña, gratas a la silueta esquiva de Aviraneta y Zuloaga simbolizaba a la España de ese momento abrumador en el picador que vuelve de la corrida horquillando el caballo de Rocinante y teniendo al fondo un poblacho castellano aparragado alrededor de una torre de catedral o de colegista.

Tal es el momento en que Darío aparece en gloria y majestad intelectual en el Madrid de 1905.

El poeta ya no era el de la pensión de cuarta cuadra y segundo patio. La gordura, caricaturizando su espigada silueta de otro tiempo, había hecho desaparecer el aspecto de sonámbulo que tenía cuando ayunaba y soñaba el *Azul*... de sus aperreados veinte años. En vez del levitón que en Santiago estilizó su figura bohemía, llegaba a la Corte borbónica y austríaca con casaca y espadín y en vez de chistera, sombrero emplumado y con escarapela nicaragüense.

Es el momento cumbre de su ascensión estética a la gloria auténtica, es decir, a la que puede ir más allá de lo nativo o local.

Tenía cuarenta y un años y llegaba con algo perdurable, si no eterno, porque era lo nuevo, más la música de *Cantos de Vida y de Esperanza*.

Años después, caminaba ante las aguas traslúcidas del Mediterráneo. Se sentía enfermo y vagaba con los nervios sensoriales al desnudo. Estaba en la isla en tricromía que escuchó la Marcha Fúnebre de Chopin y que vio a George Sand con sus encajes transparentes y en rol de vampiresa...

Rubén vagaba entre las rosas que florecen la sombra azul de la Cartuja. Juntaba las manos temblando supersticiosamente ante la desgracia y la muerte y al disparar la mirada en la lejanía dorada del mar rey, tal vez recordaba la frase cruel de Maurice Barrès, porque no había sido un creador, sino un innovador genial...: "Y allá lejos, sólo tierras desconocidas y nada más que repeticiones de nuestra Europa".

Oraba, y él que no tenía nada de qué arrepentirse porque no le hizo mal a nadie, sollozaba queriendo ingresar a la orden seráfica en calidad, seguramente, de hermano verso... Lloraba y se horrorizaba ante la idea de la muerte en la isla maravillosa en que bien pudo nacer la Primavera de Botticelli o efectuarse *l'embarquement pour Cythere*.

Anonadado por el efecto que produjo en su ánimo contristado la conflagración europea de 1914, volvió a morir en su tierra de volcanes.



Pues bien, tenemos una deuda insoluta con Rubén Darío... ¿Con aquel de la frase acre sobre su permanencia aquí?...

Con el mismo, porque no podríamos olvidar que es el autor del poema épico escrito en 1887, y que en 1928 llenaba los anaqueles de la calle de Alcalá con su título epopéyico: *Canto a las Glorias de Chile*.

Darío tiene un busto en París y una glorieta, como la del Félix de los Ingenios, en Madrid; pero en Santiago del Nuevo Extremo no hay ni una calleja, ni una plazoleta, ni una plancha de lata con su nombre oriental e inmortal.

Sin embargo, bastarían unos pocos pesos para colocar su cabeza sobre una estela de piedra, a la sombra de las rosas y mirando la cordillera con sus ojos sin pupilas.

EL POBRE ANDUVO DE CARCEL EN CARCEL...

Junto con llegar por primera vez a Sevilla, la imaginación se pone afanosamente en busca de "Un tal Cervantes" (1).

El pobre anduvo de cárcel en cárcel, hasta que llegó la muerte y encarceló definitivamente sus huesos, tan llevados y traídos, que a ciencia cierta nadie ha podido identificarlos, desde luego, porque todos los huesos se parecen (2). Aludo respetuosamente a los huesos que uno trajina en vida.

Había que identificarlos, porque el "tal" dejó una mancha de tinta, llamada "Don Quijote" —¡perdone *D'Halmar* si le tomo una migaja de su magnífico título—

(1) "El 15 de septiembre de 1569 se expedía una orden de prisión contra un tal Miguel de Cervantes Saavedra, acusado de asesinato". "Historia de Literatura Española", por Ernesto de Merimée, páginas 253 y siguientes de la traducción de Nercaseaux y Morán.

Es en esa orden de prisión, como se ve, donde el novelista alemán hizo el feliz hallazgo de "Un tal Miguel de Cervantes", título que ha debido ir entre comillas, el menos usado actualmente de los signos ortográficos...

(2) Conservo a título de curiosidad la siguiente invitación: "La Real Academia Española asistirá en cuerpo a una misa de Requiem que en sufragio de cuantos cultivaron gloriosamente las

lo!— que seguiría viviendo aunque España desapareciera, caso en que bastaría que dejara a Alonso Quijano, con el espadón en alto, parado en los estribos, con el penacho mechoneado y tras la quimera de hacer al hombre menos craso y bribón de lo que es. Cuestión considerable, mientras no se lance un modelo con menos glándulas, menos nervios, menos apetito y menos timbres eléctricos en el cuerpo... Un hombre más simplificado, porque el modelo *standard* atribuido a Adán y Eva, lleva miles de años en la misma: ávido y sensual, aunque —menos mal— con acceso a la creación artística. Pero no a la felicidad, para la cual es de tal manera inhábil, que el modelo expulsado del paraíso por un ángel en funciones de carabinero, no sólo ha fracasado, sino que es tan incomprensivo y tan perverso, que hambrea y encarcela en vida a aquellos a que después les dedica unos pedacitos de mármol y unas misas entonadas en unas iglesitas con olor a rata y a beaterio. Por ejemplo, cómo andaría de cortado el pobre don Miguel, que en una ocasión pensó seriamente en venir a rehacerse —*faire l'Amérique*— en el Nuevo Mundo. Siempre, por lo demás, prefirió “el camino a la posada”.

Presentó una solicitud llena de tratamientos y pleitesía al Consejo de Indias, y éste, que tenía el ojo frío y la voz de portazo, le contestó “nones”. Todo le salía manco.

letras españolas, se celebrará el martes 23 de abril de 1929 a las doce de la mañana en la Iglesia de las religiosas trinitarias de esta Corte (calle de Lope de Vega, números 18 y 20), donde yacen los restos de Miguel de Cervantes Saavedra.

La Academia ruega a Ud. se sirva asistir a dicho acto religioso.”

Hambrunas y carcelazos en vida y estando “para nunca”, misa de requiem en la iglesia olor a lechuzas en que descansa la osamenta atribuida al Ingenioso Hidalgo...

Correteó por todas partes del continente y la Península, sin excluir la ciudad en que entonces era frecuente el espectáculo, digno de los tapices en urdimbre de oro, del arribo de galeones del Nuevo Mundo: tiempo de flota —dicen los sabrosos cronicones de entonces.

A cualquiera se le abría el apetito ante tal espectáculo, mayormente a quien siempre lo tuvo abierto, como los personajes de su Posada de la Sangre.

Carretas de a cuatro bueyes acarreaban desde la Torre del oro, la plata de Potosí y las perlas de la isla del mismo nombre, e iban a volcarlas para que se asolearan en los patios de la Casa de Contratación. Así cuenta Alonso Morgado, traído a colación por Rodríguez Marín —persona de patilla blanca y erudición muy acotada y que, para más señas, tuvo sus dimes y diretes eruditivos con don José Toribio Medina.

Llegó don Miguel a Sevilla y sus atarazanas después de quedar baldado en Lepanto, y escaldado en Argel, donde cantaban los moros con acompañamiento de tamboriles, risotadas y surriagazos con piel de serpientes:

*Don Juan no ventr,
Non escapar, non fugir;
Acá morir, perro.
Acá morir,
Don Juan no venir... (1)*

Libre mediante los ducados del rescate, cogió de nuevo la espada con la mano que iba escapando sana; siguió tras Felipe II a Portugal, y poco después, y como si no le bastara con el mancamiento y luego el cautiverio, anduvo francamente con... Ana Franca, la cual no

(1) Navarro Ledesma.—"El Ingenioso Hidalgo Miguel de Cervantes Saavedra".

tardó en hacerle una morisqueta, meneando los dedos como si estuviera sacudiendo en alto la pandereta de la Gitanilla.

Poco después, sorprendió a Lope de Vega en trance de reja y cercado ajeno, y con este motivo se amostazó el Fénix de los ingenios, creyendo que el manco le había estropeado adrede la velada sentimental y madrigalesca.

Por fin, ya de "cobrador de alcabalas y tercias", fué a dar a la sartén de Andalucía —Ecija—, donde basta poner un huevo al sol para freírlo en aceite y comérselo con "aceitunas zapateras".

Con tal celo desempeñaba sus funciones de alcaballero, que procedió a embargar unas fanegas de trigo pertenecientes a un deán, y al ver el lío en que se había metido imprudentemente, dijo escamándose: "con la Iglesia hemos tropezado"... El deán catedralicio le hizo la cruz con sus dedos artríticos, a causa de su predilección por los embutidos, los boquerones y otras cosas tentadoras. Ya vería "el tal"...

Con todo, y como de Ecija a Sevilla no hay más que un tranco de mula o de alcaballero, don Miguel fué a ver izar en la Giralda "la campana grande" para que cantara y bailara mejor... En efecto, la Giralda baila y castañetea cuando el que pasa viene enjerezado y a deshoras del Tronio o de la Fonda Eritaña.

Mucho se hablaba entonces de "la Invencible Armada", que aguardaba con sus velas santiguadas por una cruz, tomando el viento traído por el Tajo de los montes de Toledo.

Sevilla y sus partidos de Carmona, Ecija, Lora del Río, Marchena, Osuna, San Lúcar, Utrera, era entonces la colmena de la Península y en sus muelles y sus callejas donjuanescas se amontonaba el mentidero al aguaito de las flotas que partían llenas de espadas, rosarios, reliquias y uno que otro piojo —aún no dilucida

la historia si este personaje voraz y agorero, vino de allá o fué de las Américas...

Pululaban los consejeros de bonetes filipescos; los oidores, los adelantados, los clérigos, los frailes y los soldados. La Península, alborotada con el Nuevo Mundo y después de rodar tejado abajo —es decir, de Extremadura—, arribaba jadeando a los malecones campañeados por la Giralda.

Los barrios trianeros atraían, a su vez, todo el elenco manilargo y guitarrero, que no pasaba "el charco", prefiriendo quedar asoleándose junto a los botijos, los cacharros de cobre y los azulejos mozárabes.

Qué bullanga, qué ceceo y qué olor a jerez y aceitunas en aquellas reuniones de sayaleros, costaneros, cordeleros, gente de murciar (1) al estilo de Rinconete y Cortadillo y, por consiguiente —esos polvos traen esos lodos—, con gruesas cuentas insolutas con la cárcel, el rejo y el verdugo.

En días claros y mar de por medio, faltaba poco para que se divisara el Africa, cuyo sol —pintor velazqueño—, engorda las aceitunas, emborracha los viñedos y dora la cerámica, sin necesidad de hornos especiales.

Los galeones iban y venían, haciendo escala en San Lúcar de Barrameda, para tomar un chato de jerez de solera.

Brincaba el corazón del Ingenioso Hidalgo al saturarse hasta los huesos de aquel ambiente: se diría que había recobrado su mano y, en efecto, quería seguir tras el rastro de las carabelas, perdiéndose en el celaje lejano de las Américas... Y en vez de alcabalas y "tropezones" con la Iglesia, salir a la mar Océano después de remontar el río bordado de emparrados y cortijos en que se hacía güincha la Gitanilla bailando entre tinajas borrachas y pellejos de aceite.

(1) Hurtar.

Los galeones arribaban lastrados de oro en polvo y plata de piña, después de escapar gracias a Nuestro Padre Jesús del Gran Poder de los piratas, que ahora aparecen en el cine sonoro, con una calavera y unas canillas pintadas en el ala del chambergo.

Harto de pependencias y tironeos de alcaballero, don Miguel quería emplumarlas para Indias —“refugio y amparo de los desamparados de España, según él; iglesia de los alzados; salvoconducto de los homicidas; palo y cubierta de los jugadores; añagaza general de mujeres libres”.

A pesar de ese juicio de repiquete y con el cual el Ingenioso Hidalgo se adelantaba en más de tres siglos a Baroja —¡vea usted que llamarse Pio!—, soñó en el corregimiento de La Paz en Nueva Toledo, o, en su defecto, en la gobernación de Soconusco... No sacó en limpio sino un mal modo: “Busque por acá en que se le haga merced” fué el respuestón que le dieron... para poder decir que le daban algo por la mano que le secaron en Lepanto.

Y más vale que no viniera, porque si alcanza por acá y se lo traga el Nuevo Mundo —donde no costaba nada dejar la cabeza por un lado y el tronco por otro—, España se queda sin el más genuino de sus símbolos.

En vez de escapada a las Américas, hubo unas diferencias en las cuentas de la harina y el aceite, y el pobre don Miguel de las misas de *requiescat in pace* presididos por unos caballeros pedantes, de barba y diccionario, apareció adeudando un pico de catorce mil quinientos noventa maravedises. Lo que costaba la chupa de un tonto de Corte.

A él le debían cien mil y, sin embargo, la contaduría Real lo acogotaba sin piedad, acusándolo de alzado. Y como no tenía con qué pagar, se abrió una reja con gemidos de azote y don Miguel, seguido de alguaciles y porquerones, se incorporó mansamente a los residuos

recogidos en encrucijadas y vericuetos donde merodeaba la germanía de la novela picaresca: ladrones, mujeres de seguida y de mancebía; azotados, lazarillos, avispones, cuatreros, deudores alzados, reyes de gallos y metedosos y saca cinco —para emplear la jerga regocijada de Cortadillo.

Mil ochocientos angelitos encapachados y visitados a diario por ciento cincuenta doncellas (1).

Se emborrachaban o jugaban a las cartas y solía llegar Lobato, sogá en mano en demanda de material para la horca de a par...

Cervantes se quitó su gorguera, no queriendo mancharla en aquel pudridero; se atusó los bigotes abiertos en compás sobre la boca fruncida del retrato pintado por Juan de Jáuregui, y se pasó la mano por la frente que iba a hospedar, en tránsito al papel de barba, a Alonso Quijano... Sudaba frío, se acoquinó —lo que no le había acontecido ni “en la más alta ocasión que vieron los siglos”—, olfateó con su nariz de periquito, y avanzó en medio de una seguidilla de guitarras con acompañamientos de grillos (2).

Cantó con voz de armonio, la campana que él vió poner como un fez en la Giralda, y calló la seguidilla de los grillos, las guitarras y las obscenidades.

Se hizo el silencio, resguardado por el zurriago; de la ciudad blanca y del río dorado llegaron rumores de

(1) Relación de la cárcel de Sevilla del licenciado Cristóbal de Chaves, citada por Navarro Ledesma.

(2) “Otras veces les recogían las guitarras e instrumentos de cuerda y era peor, porque entonces llevaban el son, traqueteando con los mismos grillos que en manos y piernas llevaban:

Por un sevillano
rufo a lo valón
tengo socarrado
todo el corazón...”

fiestas, de jolgorios, de galeones que avanzaban trasudando oro y perlas, y el Ingenioso Hidalgo cayó de rodillas, levantó su mano guacha y dejó caer la cabeza en que empezaba a aparecer la tonsura de los años... —¡Bendito sea Dios! —dijo—, cerrando los párpados de sus ojos bondadosos e irónicos y en la perspectiva cruelísima del recuerdo, aparecieron las galeazas de Lepanto; la isla de Ulises, las sonrisas de Galatea, de Ana Franca, de Catalina de Palacios...

Seguía voceando la campana grande suspendida en medio del crepúsculo mozárabe; los galeotes levantaban las manos esposadas como en los cuadros de Romero de Torres, y la Salve, hecha cántico se elevó sobre el dolor, la fetidez y los bichos: "*Dios te salve, Maria*"...

Los ojos del Hidalgo cincuentón y baqueteado empezaron a lagrimear, y para ocultarlo —era soldado, y manco por añadidura—, dejó caer de nuevo la cabeza sobre los dedos puestos en forma de cuchillo.

Sin saber cómo, se encontró frente a Mateo Alemán, que también se aposentaba en la cárcel por unos maravedises que no habrían alcanzado a llenar una muela de cortesano de casa y boca. También era cincuentón "Guzmán de Alfarache", antecesor del "Gil Glas", evidentemente.

Ambos personajes —un tal Alemán y "un tal Miguel de Cervantes Saavedra"—, se semblantearon. Sus andanzas, su oficio, sus pesadumbres y sus pellejerías eran extraordinariamente semejantes; tanto, que había llegado a juntarlos un mismo Calvario. El primero había escrito la vida de un pícaro de buen humor; escribiría la de un santo, predilecto de los azules, que después pintaría Murillo y, finalmente, como tantos otros, partiría a sumergirse en el Nuevo Mundo, en las tierras virreinales de Santa Rosa de Lima.

Se observaron largamente en silencio, y el progenitor de "Alfarache" —un Cervantes sin el poder crea-

dor de éste—, miró en la pupila los ojos del nuevo pensionista y co-reo.

Se estrecharon la mano y cuando en los días siguientes resonó la Salve cantada por aquel millar de pícaros, Alfonso Quijano —la Humanidad hecha símbolo—, empezó a llenar el cráneo cargado de ironía y de dolor de "un tal Cervantes", mezcla muy castellana de santo, de soldado, de aventurero, de fanático y de poeta. La vida no había logrado envenenarle las "asaduras", como decían Cortado y Rincón. Prefería sonreír, filosofar, hincarse a la hora de la Salve vespéral, y repetir humildemente "Bendito sea Dios"...

La puerta con sonsonete de grillo, volvió a abrirse hacia el gran teatro del mundo, como diría Calderón de la Barca, el capellán, y el Ingenioso Hidalgo, salió, pobre de indumentos, pero rico de inmortalidad.

Respiró y correteó por toda Sevilla, ubicando a Rinconete y Cortadillo, y no se le pasó por alto que en el friso que lo andaluz pone a la Península, se junta lo sensual y lo místico, lo toruno y lo rimado, la alfanje damasquinada y la espada elegante e inocua de don Juan, vestido de azul y blanco. Primera comunión o primera barrabasada.

Pasó ante la torre de Fadrique; siguió otro día por una calleja y oyó el golpe de la gubia en la madera ve-teada con rojos de vino: eran los imagineros tallando sus Cristos clavados en los maderos, esquema del hombre: un palo de punta hincada en la tierra; dos brazos rígidos, más al medio, un cabezal, en que embutir la inscripción picaresca mandada clavar por el rabulesco Pilatos.

Gozaba en ese ambiente olor a incienso, a hogueras, a pellejos de aceite y tinajas jerezanas, en que a cualquier triqui-traque brotaba la sangre en las encrucijadas o en los cacharros floridos puestos a la solana.

No tenía don Miguel nada de trágico ni de sombrío —lo perdonaba todo y a él no le perdonaban nada—,

y más bien parecía un buen hidalgo de gotera. Se arrodillaba con facilidad e inclinaba la cabeza como el Crucificado de Alonso de Berruguete, y entonces él mismo parecía el Cristo Manco y zorrillesco que en Toledo llaman de la Luz.

Era castellano de cuerpo y alma; pero en ésta se habían metido unos lampazos de Renacimiento y amaba la vida, el placer, la gloria, el ancho mundo.

La libertad le había quitado de encima una docena de años; pero llegó el otoño y empezó a sentir el relente venido de la Sierra Nevada. Continuaba mal de ropas y en vez de éstas, apretaba bajo el brazo un rollo de manuscritos trazados con letra garbosa y sin atropellos, como si el pensamiento escrito fuera en él una función espiritual llenada sin esfuerzo alguno (7).

Con él y Don Quijote, ya próximo a incorporarse al género humano —el peor de todos los géneros—, España prosiguió hecha llama —ahora llama de sangre—, que arde sobre la Península.

(7) "...Al llegar el otoño de 1598 se halló muy mal de ropa y muy sin dinero. El 15 de septiembre de dicho año, tuvo que pedir a préstamo once varas de raja cabellada para dos trajes o para traje y capa o ferreruelo. Mes y medio después andaba en tratos y reventa de provisiones al por menor con los bizcocheros de Triana y con los patrones de pataches y goletas que atracaban al muelle."

1924...

No se trataba sólo de una situación política sin remiendo posible, sino de un trastrueque total, que venia acentuándose desde 1891 y que treinta y tres años después, llegaba a constituir un lío, con aspecto de tumor o de tracoma, en que era inútil tratar de reconocer el Chile ordenado y pacato de otros años.

Habían venido creciendo —¡quién te vió y quién te ve!—, ciertas necesidades: (trapos, panzazos, farras y vanidades); pero como aumentaban los apetitos, pero no los recursos, cada cual se los calcorreaba en forma y en cuantía que le permitiera tratarse bien, “meterse al medio” y exhibirse cerca de las candilejas del gran guignol santiaguino. Se extendía la comedia, que unas veces era “El martes de las de Gómez”, y otras, dramita o drama de veras; bala de suicida o cheque en descubierto.

En calidad de síntesis o precipitado social florecia una nueva profesión, sin título ni pasaporte visado en regla: el gestorismo, ejercido con gran provecho por los más diestros y sinvergüenzas.

Nadie quería quedarse en el montón. ¡Ni por qué, habiendo tanto salitre y tanta cosa tentadora en que meter los dedos, la mano, las uñas!

Es lo que pasa en países enriquecidos de la noche a la mañana y en los cuales no hay más distintivo, espi-

ritual y material, que los que tienen y los que no tienen; que los que cabalgan y los cabalgados... Y para no ser mirado y tratado como sabandija, cada cual se ingenia, teje, trepa o gestorea. Lo puramente material, en consecuencia —lo que comí eso vi y que me quiten lo bailado, repetía y sigue repitiendo la gente—, primaba sobre todo, extendiendo la amoralidad, que al escaparse del Código, tomó el pseudónimo equivoco de "habilosidad"...

—No era esto así cuando sólo llegaba de Europa un vapor por año... —decía Monseñor Errázuriz, observando desde su ermita rodeada de un jardincito como casulla de Navidad.

Tenía razón Fray Crescente, ¡pero qué hacerle, si lo primordial había llegado a ser el portamoneda, saliera de donde saliera y oliera a lo que oliera!

Se inventaban negocios y yacimientos de fantasía; se jugaba con el cambio como con el "cacho"; el que podía descuerar a otro lo hacía rápida y elegantemente; empezaban a verse collares (en todo lo que huele mal aparece siempre un gran collar, aunque no sea el de la Reina) con perlas capaces de apedrear y lapidar la austeridad de otro tiempo; sonaba una y otra vez una palabra mágica —el Pool, sino estoy desmemoriado—, y cierto país lejano y largo, como espárrago de viña, dió especuladores de gran estilo, uno de los cuales (ya abusuelto y canonizado porque destinó su fortunón a un fin magnífico) hizo en plena sede del Papa Goriot, de Balzac, de Saccard, de Zola, una operación genial en su género bursátil; la acaparación del azúcar en pancito con que los franceses toman su absintio o su café con leche.

Total en comprimido: en vísperas del costalazo del parlamentarismo —que también fué una travesura hecha a la ignorancia colectiva—, la masa vegetaba, tosía y se tambaleaba (no me vaya a quedar con este modo

de andar decía uno sin poder dar con su cuartucho de conventillo). Ibàn desapareciendo los tórax a lo Caupolicán y era raro encontrar alguno de aquellos centauros medio indígenas que cargaban al enemigo dando gritos de malón y de rodeo, y que ya no es posible hallar sino en las colecciones iconográficas. La miseria y la incultura multiplicaban el tipo de alcantarilla o de fosa común y en las esferas superiores, a su vez, desaparecía en lo pretérito el tipo hosco, tenaz y de poca visión; pero austero y patriota como nadie, que hizo una especie de República más o menos “en forma”, como decía Spengler.

Pues bien, ese cambio casi repentino de la mano del terrateniente feudatario a la garra de seda de los gestores, terminaría por contaminar y tarar el conjunto social. Dicho y hecho: pública y privadamente, se exteriorizaba una trasmutación cuyo exponente era la farsa, la comedia, el “poruño” del que pasa casi de repente de la empanada y el chacolí al *supreme de volaille* y el “Cordon rouge”. Y ya que la política no servía para nada, que por lo menos sirviera para un presupuestazo a base de salitre; de un parlamentarismo a base de cohecho y de una administración a base de coimas y gestoreos —salvo unas pocas excepciones.

El hecho es que nadie quería pasar por gente modesta sino de pelo entero y estaban lejos los años apacibles de las dos ternadas —una de invierno y otra de verano—: los dos vestiditos y los dos sombreros... Los años de las amables visitas de barrio, del dulce de hebra revuelto con cucharón de palo de naranjo; del santo anual, celebrado con pavo mechado, empavesado, regado, y discurseado y de la reunión con mistela, valeses y Danubio Azul... El tiempo de los paseos en piño familiar con las niñas adelante y, en calidad de escolta, la mamá abanicándose y con tranco de oveja: se iba de retreta, oída desde los escaños y disfrutando del perfume de la tierra regada a balde por unos “rotos” que

llevaban los calamorros colgados de la cintura. Santiago había perdido sus encantos de aldea.

¿Una reminiscencia romántica más?

Los domingos eran días de misa de doce, y de regreso colectivo a la empanada, única institución nacional acatada así por el pelucón como por el izquierdista más empedernido, y hasta 1910 y aún hasta 1924, la plata cundía y se veía siempre, es claro, que no se incurriera en dispendios como el veraneo en costas de moda, donde aún no iban las damas a dorarse al sol, con los relieves para arriba, fumando y en la grata compañía de los *parthenaires* de tango o de ruleta.

Ya hacía furor el cine y se multiplicaban el beso en pantalla y los autitos con bencina de ida y vuelta a Apokindo.

La casona de tres patios, y además huerto y gallinero, aún no había sido cambiada por "el pisito", como dicen o decían en Madrid, en que cada cual entra y sale a hacer su vida. En una palabra —de honor naturalmente—, aún no habría sido totalmente risible o anacrónica la reaparición de Martín Rivas con el corbatón hasta las orejas, y todavía solían verse prohombres que en días de crisis ministerial y ante la posibilidad de ser llamados a organizar, creían prudente sacar la levita y el sombrero de ocho luces. Juan de Segura vivió muchos años.

Conste, pues, que no iba quedando más que un recuerdo muy desvaído de las costumbres anteriores a la bencina, las medias color carne y las uñas de arañazo.

En cambio, se habían quintuplicado las necesidades, reales o ficticias. La vida y las costumbres ya no eran las mismas, y muy luego entrarían los militares a la Moneda con el famoso "Pliego de Condiciones" que se les había pedido el día antes, es decir, el 4 de septiembre —que luego trataré de presentar de una manera tal vez nueva, porque los documentos y los sucesos de aquel en-

tonces han sido leídos o presenciados; pero insuficientemente meditados y analizados.

Por el momento, me limito a recalcar que, tanto por dentro como por fuera, había cambiado todo. Todo y "ya puede usted imaginarse" la cara que habría puesto un chileno viejo si, al reaparecer en compañía de Pérez Rosales, Jotabeche o Inocencio Conchalí, hubiera preguntado por las modas, los hombres, los coches "de trompa" de sus tiempos. Ni luces...

Al querer tomar el *coupé* o el "americano", sin número, en que se retiraba del Club viejo y con cucarachas, no habría encontrado más que autos, chancletudos y mal intencionados que arrancaban hacia direcciones... también sin número.

Hasta eso había cambiado, y se iban acabando unas en pos de otras aquellas reuniones íntimas, gratísimas a don Diego Portales, el cual, como nos cuenta la historia, haciendo esfuerzos para no perder su gravedad tradicional, tenía una predilección muy marcada por las tonadas, los "chuicos" y los instrumentos de cuerda.

En vez del bailongo a puertas cerradas y tan del agrado del gran pelucón, empezaban a multiplicarse los sitios con hombres elegantes; pero más perversos y clandestinos que la chingana, que era algo sonoro, pintoresco y con algo de Nochebuena, con rótulo: "Pasarme a ver que aquí estoy viviendo"...

¡Y para qué hacer aspavientos de oidor, si hay que resignarse con que todo cambia, y todo se va a cualquiera parte!

Los Presidentes mismos, perdiendo su gravedad de antaño, arengaban a la chusma y el de 1924, decía con muy buena voz que "no pedía ni daba cuartel"...

Poco después se habló de "dieta" y, aun cuando ésta tiene presas, fué entonces la gota de agua que llenó

el vaso. En efecto, se produjo ruido de sables en las tribunas del Senado... Pero vamos por partes, porque no por mucho madrugar amanece más temprano.

SEGUNDA PARTE

DON JOSE TORIBIO O HISTORIA DE UNA CONDECORACION

I

Sabe mucho —decían de Medina.

Luengos años después oí lo mismo a don Crescente, el cual vivía entonces entre las enredaderas, los libros y los Cristos quiteños de la Veracruz.

Conocía, pues, a don José Toribio por las afirmaciones inapelables que hacían sobre su sapiencia las personalidades más connotadas en estas materias, predilectas de nuestros compatriotas, en cada uno de los cuales suele haber un descubridor, un minero o un historiador. Los chilenos —dijo Menéndez Pelayo, en alguna parte cuya ubicación no sabría indicar en este momento—, han escarmenado todos los rincones de su Historia.

Tal vez; pero la historia definitiva ¿no es una de aquellas cosas más expuestas a revisiones sin fin, en vista de que siempre aparece impensadamente algún personaje o algún documento que permanecía agazapado al margen de los acontecimientos?

Más de una vez intenté llegar hasta el retiro benedictino del señor Medina, llevándole un catálogo de enigmas históricos que resolver.

Hace años, en efecto, llegué hasta una casa en que las puertas, las ventanas y las claraboyas permanecían

perennemente cerradas en homenaje votivo al trabajo sin fin.

No tuvieron éxito mis intentonas de abordar al erudito, y, deponiendo mis arrestos de explorador reporterial, para el cual no había entonces puerta que no se abriera, me retiraba sin ningún éxito, de la casa color pergamino en que, al aplicar la oreja, se oía a lo lejos el balbuceo de las letras de molde al caer una a una en la "forma" en que se "componía" antes del apresurado advenimiento de las linotipias.

Ahí estaban, según mis noticias, todos los elementos de un interesante cuadro arcaico: ante los libros alineados en los anaqueles, la prensa con aspecto de rueda de hilar; el chibalete, la letra de molde que va tiñendo las manos del que la maneja, como si en vez de luz, esa letra de plomo sólo pudiera sombrear lo que con ella se estampa. Y en medio de eso, el erudito y su admirable compañera, de la cual podría decirse lo que Renán de su *soeur Henriette*: "*une suite d'actes de dévouement destinés a rester ignorés*".

Realmente parecía algo de otros tiempos aquel hombre chiquito, de cabeza decalvada y que tal vez nunca se encontró a gusto dentro de la indumentaria de hoy, la cual, cuando no es fúnebre, suele ser grotesca y hasta influenciada por los negros, los cuales, según se está viendo, van en camino de imponer su música, su arte, sus bailes, su estética y... los baños de yodo para que sea mayor el parecido de damas y damiselas con Josefina Baker.

Tal vez habría estado más de acuerdo con los hábitos y la obra de Medina, la indumentaria de otros tiempos. Y si así hubiera sido, ahora podría escribirse al pie de su retrato en acero:

José Toribio Medina, natural de Chile, erudito, doctor, escrituario, hechólogo y humanista, nació en 1852. Amáronle los buenos y persiguió la envidia; pero su-

perior a la fortuna y a todos los elogios, murió el 11 de diciembre de 1930, a los setenta y ocho años de su edad...

II.

Salí por primera vez de Chile —corrían los días pintorescos en que partía a rodar tierras, disfrazado de segundo secretario de Legación—, sabiendo de Medina lo que decían Barros Arana, don Crescente, Bulnes, etc., y enterado, además, de que tras una puerta sin golpeador y que parecía no abrirse nunca, correteaban entre su biblioteca y su imprenta un erudito chiquito, menudo, calvo y de anteojos, que imprimía en la tarde lo que escribía en la mañana.

He ahí al hombre entregado totalmente a su obra, ideal imposible porque, ¿cómo poder sustraerse del todo a las actividades, las obligaciones y las mil cosas diarias, cada una de las cuales se come un pedazo de nuestro pobre tiempo?

Junto con salir de Chile, empecé a percatarme de que, como nadie es profeta en su tierra, ocurría con Medina lo que ya ocurrió con otros que aunque bajitos de estatura, se veían grandes de lejos.

En el Brasil —primer puesto de mi carrera—, al visitar la Academia Geográfica e Histórica, la cual conserva vacío el sillón —cadeira, en portugués—, en que se sentaba el Emperador-poeta cuando asistía a las sesiones, tomé nota de que al ser presentado, no aludían a mi puesto oficial, sino que me llamaban “un compatriota del señor Medina”.

Empezaba a comprender, como digo, que nuestro gran hechólogo se veía más alto de lejos que visto de cerca con los anteojos balanceándose en la extremidad austral de la nariz; con una corbata mal hecha, un cha-

quet prehistórico y en la mano un paquete de documentos o de golosinas.

¿Va a ocurrir lo mismo ahora que la muerte ha puesto entre él y nosotros las distancias del misterio?

Seguramente, y no sería raro, por ejemplo, que antes que aquí se le levante una estatua cerca de los libros con los cuales documentó los orígenes del país y de la América, su busto aparezca muy luego haciendo compañía cotidiana a los investigadores que llenan la antigua Casa de Contratación y que sólo cuando oyen que las campanas de la Giralda dicen "hasta mañana y vayan ustedes con Dios", guardan sus antiparras y ponen una señal delicada y cuidadosa en el lugar de la cita celebrada entre el erudito y el dato sumergido en el pasado.

Impresionado por el reproche de estar oyendo continuamente cosas que ignoraba sobre la importancia y extensión de la obra histórica de mi compatriota, empecé resueltamente, a enterarme de algunas de esas obras. No podía esperar más porque hace años, de paso para Colombia y también de paso por Nueva York, había vuelto a ser objeto de una presentación exactamente igual a la de Río de Janeiro: "un compatriota de don José Toribio Medina..."

Era tiempo, por consiguiente, de acercarme a sus libros, aprovechando el remanso romántico de Santa Fe de Bogotá. Instalado en un viejo caserón que, llegada la tarde, se refugiaba en la sombra proyectada por la catedral barroca, empecé a echarme al cuerpo la *Historia de la Literatura Colonial de Chile*, y otros libros, de todos los cuales se desprende, en primer lugar, un claro sentido españolista.

Desde luego, me pareció encontrar en el señor Medina —y digo que me "pareció", porque no me hacen feliz los dogmatismos—, una investigación original en que, seguramente, no hay arte, siempre que lo enorme

no lo sea por el solo hecho de estar construido dentro de líneas simples y altas.

En todo caso —y vaya lo uno por lo otro—, si no hay elaboración artística, esos libros, encierran, en cambio, una enorme investigación: Medina es el "hechólogo", como decía William Mann, y al irse deja material para varios siglos de trabajo.

Ningún investigador serio podrá prescindir de esa obra que hace de su autor la figura de más cuerpo de España y América en materia de historiografía hispano-americana. Pero como era chileno el que trabajó hasta que, al estallar el corazón fatigado, cubrió de sangre el libro que aun aferraba entre las manos, nadie debe extrañarse de que ese compatriota ilustre se viera grande fuera y casi ignorado en el terruño incomprensivo, glacial, tardío y casi siempre impermeable a las vibraciones de la admiración, la gratitud o la simpatía.

III

El señor Medina llega a Madrid a fines de 1928, después de perseguir por cielo y tierra unas cartas de don Pedro de Valdivia, que le quitaban el sueño y que habían ido a parar a las vitrinas de un norteamericano que empleaba algunos de sus dólares en acaparar manuscritos: no consiguió las cartas errantes que le faltaban para completar el epistolario del Conquistador; pero obtuvo, eso sí, buenas reproducciones.

No conocía sino muy superficialmente al señor Medina; pero a poco de conversar con él, comprendí que yo había tomado por morriña perpetua lo que sólo era contraataque, actitud defensiva ante la completa indiferencia con que la gran mayoría de sus paisanos había mirado una obra que hace tanto honor al país.

—Usted se va a quedar aquí unos días porque llena la Embajada con un prestigio intelectual, que ante todo

se refleja en nuestra tierra... Unos cuantos días, mientras invito a las cuatro Academias Reales al homenaje que quiero ofrecerle.

Reapareció el gesto defensivo:

—Nada de homenajes, mi amigo... De ninguna manera... He venido a publicar las cartas de Valdivia y me largo a Sevilla.

No hubo manera de detenerlo y ni siquiera tuve tiempo de avisar a Altamira o al Duque de Alba, que se hallaba en Madrid el antiguo vecino del castillo de Simancas, donde todavía quedan viejos copistas y papelerios, ya reumáticos, que lo recuerdan con lágrimas en los ojos asaltados por las cataratas...

—Además —agregó—, lo de las cartas empieza a apurar y tengo urgencia de hacer algunas consultas en el Archivo de Escribanos.

Se rejuvenecía al paladear esos nombres con la alegría melancólica con que se vuelve en son de adiós a los sitios en que se anduvo trasegando cuando mozo:

—El Archivo de Indias...

Saboreaba las sílabas de esos nombres venerables, que eran la síntesis de la obra a que había entregado sin regateos la vida entera.

Insistí en que se quedara; a lo que se negó, lanzando la frase que en Castilla y una vez emitida, es tan inviolable como la firma puesta bajo una cruz, una espada, un sello de escribanía y un torterón de cera roja:

“—No puede ser...”

Y se fugó esa misma noche; tomó el nocturno de Andalucía; amaneció hecho un majo en Sevilla, y cuando la campana de la Giralda daba las diez, estaba en el *Sancta Sanctorum* de los Archivos.

Ahí llegué yo, a mi vez, y antes de mucho trajinaba por todas partes, orientado por el señor Medina, quien conocía como nadie la ciudad de la luz de Africa.

De vuelta del Archivo de Escribanos pasábamos por el barrio de la judería; nos asomábamos al Alcázar y al Patio de Banderas y cruzábamos de un extremo a otro la Catedral inmensa, toda arquitectura, y sin más adornos que el de las penumbras, hondas de sombra; las tumbas manoseadas por los siglos y los retablos patinados de oración.

Como en sus mejores días de juventud, el señor Medina llegaba diariamente al Archivo de Indias, en el cual se sumergía como si se lo tragaran los papeles, hasta que la torre tocada con la mantilla dorada del crepúsculo andaluz, llegaba a advertirle con sus campanas enfloradas que era hora de irse en busca de la compañera, que ahora ha quedado sola.

Al llegar a los Archivos, expertos, eruditos, copistas, papelistas y descifradores, se ponían de pie: la grey erudita se regocijaba al verse integrada tan de mañana por su decano indiscutible.

Los mismos infolios lo reconocían al verlo ocupar de nuevo el sitio que había llenado cincuenta años. ¡Ah! era el patrón superior de tanto papel amarillento que no tardaba en acudir a su reclamo, abriéndose en la página y el capítulo precisos.

Un día que necesitaba consultarlo, porque de todo sabía, me fuí al Archivo de Escribanos, sito en uno de los barrios más antiguos de Sevilla, e instalado en un convento ya sin torres ni campanas con qué captar flores o tonalidades de crepúsculo.

Ahí estaba encantado en tal ciudad y en tal sitio. Caminaba en puntillas para no interrumpir con mis pasos de profano el silencio que exige el pasado para reaparecer en la vida y en una época que seguramente ni comprende ni le interesa.

Me acerqué a examinar el legajo entre cuyas hojas desaparecía la cabeza infatigable "que trabajó mucho y se cansó poco"; examinaba con fervor de islamita

que llega al Mihrab, un pliego rubricado con letra cuidadosamente perfilada y aún muy negra:

"Miguel de Cervantes Saavedra"...

Me miró con una cara iluminada por el pasado y rejuvenecida del todo por el placer del hallazgo inefable.

Era el santo milagroso de los papeles antiguos y, en efecto, acababa de descubrir una pieza probatoria más con qué anonadar a los que seguían sosteniendo que Cervantes no estuvo en Portugal.

Puso ambas manos, que la emoción del hallazgo hacía temblar, sobre el precioso documento...

Una de dos: o temía que pudiera evaporarse, o que alguien lo copiara antes que él.

En uno o en otro caso, parecía un oficiante en el altar de los historiales más gloriosos del idioma de la raza.

IV

Una de las veces que don Rafael Altamira visitó la casa de Chile en Madrid, le pregunté cómo era posible que España no hubiera condecorado con la Gran Cruz de sus sabios, sus artistas y sus literatos, la obra enorme de mi compatriota.

Altamira, profesor del Instituto de Francia y autor de una multitud de obras, me creyó equivocado: no podía ser que Medina no estuviera altamente condecorado por España.

El célebre catedrático es la hidalguía misma, y un día recordaba en mi Embajada y en presencia de muchos españoles, que cuando por diferencias que había tenido con no sé qué ministril de paso renunció a sus clases en la Universidad Central, recibió un cablegrama de Letelier o de Amunátegui Solar, ofreciéndole la misma situación docente y financiera que acababa de perder en Madrid.

Era, pues, el hombre a quien había que hablar sobre Medina... siempre que no lo supiera don José Toribio, porque, en caso de llegar a saberlo, también se habría fugado de Sevilla así como se había escapado de Madrid.

El señor Altamira se fué donde el Duque de Alba, el cual ilustra sus blasones con una cultura vastísima.

El Duque se fué, a su vez, donde el Rey, quien otorgó en el acto al señor Medina la misma Gran Cruz, cuyo primer caballero fué Ramón y Cajal, y, al partir yo a Chile en uso de licencia, me dijo el Duque: "Tengo la satisfacción de enviar a usted adjunto el diploma de Caballero de la Gran Cruz de la Orden de Alfonso XII a favor del ilustre historiador chileno don José Toribio Medina, gloria de ese país y cuyos trabajos son estimadísimos en España. Me será muy grato que el señor Medina reciba ese diploma por manos de su Embajador y, al efecto, ruego a usted tenga la extrema bondad de hacerle entrega del mismo, que al efecto le remito".

He ahí el origen de la condecoración y de la sesión solemne de la Facultad de Filosofía y Ciencias en que se hizo entrega al señor Medina de la Gran Cruz de Alfonso XII.

Saliéndome del pedido con que me honró el Duque de Alba, rogué al Marqués de Berna que, a fin de dar mayor solemnidad a la ceremonia académica, hiciera él la entrega de que se trata.

Impuesto el señor Medina de la forma en que iba a desarrollarse el acto, se resistió, intentando fugarse...

Insistí formalmente y, al fin, accedió a regañadientes, no porque no agradeciera y valorizara el homenaje de España, sino porque durante toda su vida tan austera, sintió el santo horror de lo espectacular.

—Iré de chaquet —me dijo después de meditar gravemente.

—Medina es Medina con o sin chaquet —le contesté.

Pidió nuevas y prolijas explicaciones sobre el desarrollo y detalles de la ceremonia.

—Después de su discurso —le dije—, el Marqués de Berna, le pondrá a usted la banda...

—A mí no me pone nadie nada —me interrumpió muy alarmado ante aquel trance que lo volvía a hacer pensar en la fuga inmediata a San Francisco de Mostatal.

En consecuencia, el Embajador hubo de limitarse, después de su discurso, a entregarle el estuche con la noble insignia intelectual.

V

Me voy Alameda abajo, mascullando recuerdos... Hace apenas un año que caminábamos juntos en dirección a su casa silenciosa.

—Llevaba en esa ocasión un pequeño paquete—era gran goloso—, que olía, como si fuera un manuscrito cervantino, cuando creía que yo miraba para otro lado...

Vuelvo a ir en silencio, por la misma acera por donde solíamos caminar, él con su pequeño paquete y yo lleno de afecto y de respeto por el viejecito ilustre ante el cual se levantaba como movida por un resorte toda la grey de los eruditos del Archivo de Indias, de Simancas, del Escorial, de Alcalá de Henares.

En la casa silenciosa en que había revisado y documentado íntegramente la época colonial, estaba todo en su sitio, como si nada hubiera ocurrido: los muebles con que se instaló aquel hogar venerable; las medallas de bronce del glorioso cincuentenario; los viejos retratos descoloridos en que don José Toribio aparece de apuesto secretario de Legación... Todo lo mismo. Sólo la compa-

ñera abnegada de tanta vida y labor, parecía anestesiada por el dolor y la fatiga.

Acababan de llevarse al que después de compulsar los cuatrocientos años de la dominación española, obsequió al país lo único que tenía, lo único que lo apasionaba, lo único que podía hacerle olvidar las miserias, las mezquindades, las pequeñeces: sus libros amados sobre todas las cosas.

MISTER NORTH O EL REY DEL SALITRE

Tanto se ha escrito sobre Balmaceda, que tal vez es oportuno recordar al lince que se enfrentó aviesamente a sus propósitos de reservar a los chilenos la riqueza salitrera. —Queda nombrado el que pasó, como en los cuentos, de fogonero a rey: Su Majestad Juan Tomás.

En marzo de 1869, se apeaba de uno de los barcos que venían por Magallanes y sus nieblas, un mocetón con ojos azules incrustados como cuentas de vidrio en una cara de *rosbif*: venía a hacer la América de abajo para arriba; se llamaba Juan Tomás North; salió sin saber para dónde y se echó al hombro, con anchura de angarilla, una caja con una chaqueta, un pantalón, una camisa y un ejemplar de *The Times*.

Miró a los cerros en que tomaba el viento un celemin de casuchas; se puso entre los dientes de jabalí una cachimba transatlántica y empezó a preguntar por un pariente, llamado Dickinson... Oía hablar inglés, lo que le pareció de buen augurio; sintió olor a salitre, a *whisky* y a tabaco con miel y, aun cuando no daba con el susodicho Dickinson, se sintió contentísimo, aunque sin saber por qué.

Su instinto y su pobreza lo echaron de nuevo a popa y rumbeó hacia un puertecillo metido en un cerrillaje color cobre. ¡En una de fregar cayó Caldera! Y,

como era mecánico —pastelero a tus pasteles—, se enganchó como maquinista; empezó a echar carbón a toda pala y de su cara de *rosbif* y de sus patillas que empezaban a encañonar, el polvillo de carbón no dejó ver más que los dientes de jabalí y unos ojos claros que después no darían abasto para contar y morder libras esterlinas.

Sintió más cerca el olor apetitoso del salitre y siguió caleteando hacia el calorcillo. ¡A quien se muda, Dios le ayuda!

Había ido a dar a Iquique; se metió en el horno de la pampa y luego se encontró de cachuchero de una oficina con nombre de santa y de viña: Santa Rita.

All right!

Era mirón y preguntón y no tardó mucho en atrapar un lenguaje que era una mezcla cosmopolita de pampa, agua salada y léxico playero.

Se quedaba extasiado ante los cachuchos con hervor de olla y rondaba cerca de sus compatriotas y muy en especial cerca de uno llamado Mr. Harvey. Quien a buen árbol se arrima...

Veía venir la guerra de 1879; se frotaba las manos tiznadas y echaba sus cuentas de lince: la ganaría Chile, que era pobre, duro y valeroso como él.

Dicho y hecho: vino la refriega, la sobró Chile y la ocupación de Tarapacá trajo al suelo los certificados, dados por el Gobierno del Perú cuando el monopolio salitrero y que el antiguo fogonero había acaparado en grande con dinero del propio Harvey...

He ahí el comienzo de la fantástica soberanía de Su Majestad Juan Tomás I. Nada más sencillo; se había puesto de acuerdo con su compatriota, inspector de salitreras en tiempos del Perú, cándidamente mantenido en su puesto por el nuevo ocupante, e impuesto a tiempo de lo que pasaría, empezó a operar con la seguridad de que no tardarían mucho en repuntar los certificados pe-

ruanos, que él había adquirido a huevo y con dinero de su socio providencial.

En efecto, Chile cometió el error ingenuo de nombrar inspector de salitreras a Mr. Harvey y éste y su nuevo compinche, el futuro rey del nitrato, conocieron con anterioridad "la determinación oficial de entregar las oficinas a la industria privada en cambio de los certificados, algunos de los cuales ni siquiera se cotizaban".

"Yo conocía mejor que cualquier otro extranjero el valor de esos bonos territoriales y compré —decía, jactándose irónicamente—, una cantidad considerable de ellos, convencido de que el Gobierno chileno, una vez vencedor, respetaría por completo el derecho de propiedad que constituían esos títulos emitidos por el vencido".

El antiguo fogonero se restregó las manos aceitadas, que luego se sumergirían voluptuosamente en un Támesis de oro con la efigie cachetona de la Reina Victoria: había llegado su hora y, como era hombre de agallas, pensó en acaparar toda la industria y se tragó, sin más trámite, el ferrocarril que la servía. Empezaba a ingerir la pampa que había cruzado con casquete; en cueros, para capear el calor; mascando tabaco brea y echando sus cuentas y ya, muy preñado de libras, partía a Londres. Volvía de rey a ingresar a la feria de las vanidades, de Thackeray.

La acuciosa City tomó lenguas de la nueva industria y Mr. Rothschild alargó las manos y los brazos al simpático soberano de la región fabulosa cargada con mil o dos mil millones de libras, y en cuyo puerto había sido espoloneado y hundido un barquito heroico llamado "Esmeralda".

Y sin más ni menos y al ruido ensordecedor de sus libras, Mr. North quedó proclamado rey del salitre: Juan Tomás I, a quien Dios guarde. Pero mientras el nuevo soberano montaba su corte y daba sus primeras corridas de *whisky* digno de Pitt, entraba a la Moneda un

Presidente llamado Balmaceda, el cual dijo, al visitar la región en que hervía el oro blanco, que el monopolio del nitrato no debía ser obra de los particulares y que "no aceptaría jamás la tiranía económica de muchos ni de pocos".

Y todavía agregó, como si algo raro y siniestro empezara a ver:

"Que la honradez chilena brille en todas partes y los funcionarios públicos puedan ostentar en su frente la virtud de la democracia en que vivimos."

¿Por qué hablaba así?

"En la administración de los estados —continuó—, los pequeños desvíos son, como en los movimientos atmosféricos, el punto negro en el cielo: aparece una pequeña nube y en derredor se agrupan otras y otras y en breve el sol desaparece y estalla la tempestad."

Divisaba la tormenta y trataba de conjurarla con tiempo, alzando su voz de vidente en la misma zona calcinada que ha elaborado todos los reactivos y todas las toxinas de los últimos cincuenta años.

Pero algo debieron advertirle a Su Majestad Juan Tomás, porque no tardó en partir de nuevo a sus dominios, seguido con séquito y atuendo de las mil y una noches.

Traería presentes y preseas magníficos —oro, mirra y *champagne* a porrillo—, y antes de partir, rodeado de periodistas y lenguaraces, dió unas fiestas de Canaán, por no decir de Camacho.

El grave *The Times* anunció a trompetazos, a tanto el toque, el viaje del nuevo Maharajá, el cual dió en el hotel más empingorotado de Londres un bailongo de fantasía que ni su grande y buena amiga la Reina habría podido darlo mejor.

Se tocó —cuenta sabrosamente Hernández—, el Himno de Chile y Su Majestad apareció vestido de Enrique VIII, el de las seis mujeres, a dos de las cuales

les hizo cortar el pescuezo. Junto a él estaba su distinguida consorte de duquesa de Myne; *miss North* de princesa persa, y el heredero macho de la dinastía nortiana, de duque de Richelieu. Nada más pintoresco y cromático.

La señora Harvey asistía románticamente de Fátima y con un enorme cometa de brillantes aprisionado en el moño—, la mejor presa de Mr. North en sus ratos de *spleen*; la señora Jewell, media naranja del socio con quien Mr. North había comido con una misma cuchara de poruña, copiaba a la infortunada María Stuardo y *lady Kerkky* resucitaba, a pesar del desarrollo que habían adquirido sus partes meridionales, a la guapísima Margarita de Anjou...

Llegado el momento tentador de pasar al *buffet* a hacer algo por la vida y el esófago, la fastuosa comitiva se puso en marcha precedida de clarines, heraldos y maceros.

La fiesta terminó con el sol alto y costó una diez mil libras —más que menos—, acota Hernández.

Casi en seguida Su Majestad se embarcó con un séquito digno de Jerjes y el barco atravesó los mares a toda orquesta y a todo trago, como que la vida es un fandango y el que no baila o no se corona es un tonto.

Juan Tomás I desembarcó oportunamente con sus "engaños"; pidió audiencia al ñato Navarrete, secretario de la presidencia; pero el Presidente lo recibió de pie y, cuando el maharajá salitrero soltó lo del regalo de unos troncos *pur sang* para los carruajes oficiales, el señor Balmaceda le dijo que los enviara al Jardín Zoológico, porque los Presidente de Chile no recibían obsequios.

El gringo —¡perdón!—, se tragó la píldora; pero desde ese momento empezó a germinar en silencio el drama pavoroso de la revolución.

Total, que la vida política y general de este país comenzó a complicarse e intoxicarse desde que Balma-
ceda dijo, en 1888, que no aceptaría jamás que fuera
de los particulares el monopolio salitrero.

MEXICO: EL AGUILA Y LA SERPIENTE

I

Nada más interesante en la América de origen español que esa especie de península —México—, sobre lo cual gravita el peso pesado del super-país—, Estados Unidos.

La tragedia aparece fatalmente en cada ciclo de su historia tormentosa y desde Cortés a Pancho Villa, con su pistola y su chicha de pulque, retorna una y otra vez al valle promisor, como un vientre fecundado.

Un día cuatro veces centenario, Hernán Cortés divisó, desde el golfo tibio, las cumbres *maquilladas* de nieve y, en vez de quedarse en los rebordes del continente, como Grijalba, hizo sonar el hierro de las espadas; quemó sus barquitos de velas pintadas y su espíritu se hizo llama y su brazo se hizo acero. Era hombre del Renacimiento: se sintió tomado por la fiebre auriroja del Nuevo Mundo y cuando se embarca, entre gallos y medianoche en la Española, dice con gran agudeza psicológica que hay cosas que es preciso hacer sin pensar, porque si se piensan no se hacen... Nada más cierto.

Desembarca, asciende a la meseta templada y pluviosa; se enamora como un estudiante salmantino de doña Marina y avanza, impávido y sorprendido, entre

templos, tumbas y pirámides de traza faraónica; la aventura se convertía en algo enorme y permanente y sobrevienen Otumba y la noche desolada en que el Conquistador se cubrió la cara con las manos como garfios para que no lo vieran llorar como un niño, que era de lo que menos tenía.

Consumada la Conquista y aperreado y sin un ma-ravedí el Conquistador, comienza la organización, copiada de lo metropolitano; prelados de mitra y pectoral de amatistas; consejos, audiencias y virreyes que solían hacer prender a sus invitados —protocolo a lo César Borgia—, o que colgaban una escala, como la de Romeo, y por la cual ascendían a prima noche, llevando un puñal, una rosa y un antifaz. El Virreinato empezaba a saturarse de leyendas y tenoriadas. Toledo, Cristo de la Luz.

Todo lo demás en América era pobre, hosco y monótono, salvo Nueva Andalucía —el Perú—, donde se engarzaban las fundaciones piadosas con las donosuras del romance, alumbrado de soslayo por uno que otro autito de fe atizado en medio del aire tan cálido y dorado, que se habría podido confundir con el de Sevilla.

Lo netamente hispánico —incluyendo una que otra escena calderoniana—, fué, pues, Nueva España y Nueva Andalucía, donde lo barroco, lo religioso y lo monárquico trasplantaron minuciosamente las cosas de la metrópoli, pavorosamente austriaca hasta las postrimerías del Hechizado, y luego borbónica con el versallesco Felipe V.

Habían arraigado la lengua, la organización y la fe castellanas; pero sólo habría de perdurar el idioma, rico e imperativo, que harto de imitaciones, está remozándose en las novelas populistas de Azuela, las cuales corresponden en otro plano colateral a los frescos geniales de Diego Rivera y a las aguas fuertes de Hernández.

Se pavoneaba una Corte de carroza colorada y besamanos; se acuñaba en oro la efigie del Monarca reinante; pedantizaba una Academia y abría sus puertas derrengadas la Universidad —la segunda que se fundaba en América—, para que entraran la Teología y el peripato. Además, ensayaba sus alas de seda y cera, como las de los arcángeles y los querubines, una poesía de locutorio y loa palatina y, a riesgo de sacar pica a la Santa Inquisición, llegó a prestarse alguna atención a las ciencias físicas... Nueva España podía vanagloriarse de haber copiado indeleblemente lo español y nadie habría creído que, andando los años y en cuanto raspara la bola don Porfirio —último virrey criollo—, empezaría el desfile reivindicatorio de Madero, el visionario; de Huerta, general de alevosías y fusilazos; de Villa, con su pistola y su lazo de ahorcar carrancistas; de Zapata, con la canana llena de balas terciada sobre el estómago vacío, y de Obregón, manco como Cervantes, el que anduvo de pelea en pelea y de cárcel en cárcel; pero siempre sin mancha...

¡Quién iba a pensar en tales apariciones implacables, si durante toda la colonia nadie paró mientes en la masa, densa y oscura como el humus de todas las germinaciones, que atisbaba con su sombrero de maguay y que sólo trescientos años después cargaría de Chihuahua al sur, siguiendo entre sangre y remolinos de polvo a Orozco, a Villa, a Zapata, a Obregón, a Dieguez, a Berlanga —el que pidió que se le dejara terminar su cigarro puro antes de ser fusilado!

El régimen colonial no estaba para pensar en los de abajo y empezaron a acumularse los explosivos sociales que estallarían después; se continuó enviando en oro y plata contante y sonante el quinto del Rey y, a fin de perpetuar por los siglos de los siglos la dominación española, el barroco, emperifollado por Churriguera, extendió la sombra de sus torres labradas sobre las cons-

trucciones chapeadas de piedras totonacas y entre las cuales crecen los tunales en que un águila iracunda corta a zarpazos la serpiente de cabeza aplastada y piel pintada, como todos los reptiles.

Seguía discurriendo puerilmente el virreinato cuando un cura lugareño y ya muy entrado en años, cantó su misa a la hora de los gallos y tocó sus campanas de paila, dando el grito de Dolores... Y poniéndose al cinto una pistola y un machete, como los guerrilleros posteriores, partió al galope, acaudillando la primera partida rebelde. Empezaba la lucha en que iba a dejar la cabeza, blanca de canas, ensartada en un palo y picoteada por los pájaros. Reaparecía la tragedia que desde Moctezuma y Guatimozín andaba merodeando entre las matas de maguey y de henequén, y no tardó en aparecer el cortejo escarlata de los emperadores... Iturbide, iluso y presuntuoso, y luego Maximiliano, el hermoso archiduque que había venido en busca de un tronito imperial. Dió con un patíbulo. Peor que peor porque el pobre estaba enamorado.

Al oír tambores la mañana de la baleadura, preguntó con gran calma a Miramón si serían los de su ejecución...

—No sé porque es la primera vez que me fusilan —contestó el general, que usaba tabaco fuerte.

Tras el largo período porfiriano, empieza el cataclismo total y la revolución coge íntegramente la masa, olvidada por completo antes y después de la disgregación de España; la mete en un enorme crisol y la funde y la purifica con el óleo tremendo de la sangre.

Corre largamente el río desbordado de la tragedia redencional y la linfa roja, que se vierte a raudales, sólo se estanca una vez consumada la reforma agraria, la cual prueba palmariamente que México es el único país indoespañol que, con sus propios elementos raciales, ha lo-

grado ponerse en el camino superior de su completa remodelación cultural, social y económica.

II

Al consumarse la disgregación de España, la encomienda colonial —“concesión de indios encomendados”, según el Diccionario—, evoluciona automáticamente hacia el latifundio, el cual presenta diferencias substanciales en cada uno de estos países. El terrateniente chileno, por ejemplo, vivió en cierta cercanía con sus inquilinos y sus medieros, tomando algo del lenguaje y el modo de ser del “guaso”. El campo, como el mar, moldea a su manera peculiar lo que vive en él.

A su vez, donde la tierra es extensa hasta lo ilímite, caso de la Argentina, brotan como un producto normal de lo abrupto y lo rural los caudillos y generalotes de pampa adentro, que fueron los instrumentos montaraces del federalismo simplista de don Juan Manuel de Rosas —Maquiavelo de poncho y facón, que comprendió instintivamente que el unitarismo de los rivadavianos sería algo puramente libresco y teorizante, mientras no existiera algún nexo efectivo entre las regiones desarticuladas por la enormidad de las distancias geográficas.

Son, pues, diferentes las incubadoras del latifundismo, nacido del *res nullius*, aplicado por los conquistadores; que, en seguida, fué la encomienda o la misión jesuítica de los tiempos en que aún no aparecían las masas inconformes y paupéricas que ahora se embolsan en las ciudades, no lejos de extensiones agrarias insuficientemente cultivadas y que es urgente que evolucionen de lo extensivo a lo intensivo, de la masía catalana o la granja suiza u holandesa, en que el individuo pasa de la escuela rural, que lo prepara, al pequeño campo que lo espera.

Al producirse la Independencia, la encomienda cambia de denominación; pero conserva y agiganta sus dominios expoliatorios y como en la Francia anterior a la gran revolución, el latifundio y su secuela de abusos y retardos es el generador fundamental de los estallidos que lo derriban todo cuando la propiedad, al margen de su rol social y económico, se queda deteniendo el desarrollo general.

Durante la Colonia —y para convencerse de esto no hay más que revisar de nuevo las Leyes de Indias—, el pensamiento español, encarnado en los soberanos coetáneos de las fundaciones (los Reyes Católicos, el Emperador, Felipe II), fué insistentemente bastardeado por las autoridades encargadas de la misión, superior a sus capacidades primarias, de asimilarse material y espiritualmente al Nuevo Mundo: en efecto, la burocracia enviada a los Virreinos y las Capitanías generales deformó casi constantemente el pensamiento monárquico; pero, sin embargo, logró llevarse a la práctica el socialismo rudimental que concedió tierras-égidas destinadas al uso común y gratuito de los habitantes.

Consumada la Independencia, Morelos —párroco de Caracueros—, formula un clarividente programa agrario que iba más allá de la emancipación, como si el autor de ese programa hubiera comprendido primero que nadie que, en realidad, estos países se limitaron a pasar de una dominación extra nacional a la de elementos nativos superiores, pero de mentalidad llena de prejuicios coloniales.

El nobilísimo programa moreliano fué sólo una anticipación, un sueño; antes de mucho, las dos terceras partes del territorio mexicano caían en las duras manos de los latifundistas; el pueblo era desposeído una vez más y se consolidaba por medio del látigo y el tóxico alcohólico el período de cien años en que el dolor colectivo fué engendrando la tragedia de las convulsiones: en

efecto, Villa, Zapata y sus guerrilleros no tardarían en avanzar de norte a sur, en son de reivindicación populista.

Entretanto, el enorme país era acaparado por los personajes altamente graduados en el equipo porfirista y en cada latifundio del tamaño de una provincia, pululaban los boliches en que fermentaba la chicha y gemían los sones vernáculos del acordeón y la guitarra.

Como se ve, estaba en pleno esplendor el período del caporal chapado a la antigua, que sólo veía lo externo de las cosas, sin penetrar en la masa a merced del sable o del zurriago de las milicias rurales.

Los acaparadores, a precio de estafa, adquirirían, en cuatro años, 1.293.830 hectáreas en Chiapas; 300.000 en Chihuahua; 237.000 en Sonora; 177.000 en Yucatán; 101.000 en Durango; 72.000 en Sinaloa y 48.000 en Tabasco...

En los últimos diez años, de los treinta que duró la fastuosa dominación del gamonal lleno de bandas y collares, la adjudicación de tierras monta a la enorme suma de 72.835.107 hectáreas, lo que quiere decir que la tercera parte del país había caído entre las uñas de los acaparadores, uno solo de los cuales —un tal Barragán—, había ingerido tres millones de cuadras en la provincia de San Luis, mientras otros y su prole, se daban la gran panzada parisiense, acreciendo el tipo repulsivo del cosmopolita, para el cual su tierra es, escuetamente, la estancia, la mina, el pozo petrolero o la cachimba salitrera en que trabaja el nativo para que el señorito inverne en el Ritz y veranee entre las desnudeces nacaradas de Biarritz o Deauville. Durante la Colonia, el vasallo sudaba la gota gorda para llenar los arcones del Virrey y el quinto del Monarca... Hoy sigue sudando sangre para que disfrute a sus anchas el *meteque* para el cual su terruño es sólo un inmueble lejano y suculento: la hacienda, la mina o el manantial petrolero.

"Las haciendas de México —decía Reclus—, abarcan la superficie de un departamento de Francia."

Pobres masas productoras, cuyo yugo es apenas mejor que el de la esclavitud misma —decía León XIII, en una de sus Encíclicas más hondamente cristianas.

Caído don Porfirio, la reivindicación agraria sirve de base a una renovación total, que no es bolchevique; que es anterior a las leyes soviéticas; anterior a la reforma que en Rumania autorizó la expropiación de seis millones de hectáreas cultivables; anterior a las innovaciones que en materia de tierras viene ensayando la Europa posterior a la guerra mundial; anterior asimismo a las reformas checoslovacas; a las leyes polonesas y también al magnífico artículo 47 de la nueva Constitución española: "La República protegerá al campesino", etc.

Había caído para siempre el porfirismo caciquesco y la revolución dió comienzo a la renovación social, cultural y económica: la cuestión agraria asumió entonces un rol fundamental y quedó incorporada a la Constitución, cuyo artículo 27, específicamente mexicano, y difícilmente transportable de un ambiente a otro, somete la propiedad a las modalidades del interés público; ordena la delimitación de los latifundios; revisa las concesiones hechas a los acaparadores; asigna a la nación el señorío de las tierras, las aguas y el subsuelo, agregando, para establecer una diferencia esencial con el bolcheviquismo, que las confiscaciones sólo podrán hacerse por causa de utilidad colectiva y mediante indemnizaciones, reservando sólo a los mexicanos por nacimiento o nacionalización el dominio directo de minerales, piedras preciosas, fosfatos, petróleos, carburos, etc.

EL MAS CHILENO DE LOS CHILENOS

Iba por la Cañada con álamos y cuncunas de aquellos días, cuando reparé en un señor, ni grande ni chico y más bien gordo que flaco, que atravesaba a toda prisa el empedrado de bolón. Tiró la campanilla de cencerro y se metió en una casa con reja y zaguán, apostada al lado de la iglesia con un San Borja a cabeza descubierta sobre el medio punto de la puerta.

"El pelado Vicuña Mackenna", me dijo otro muchacho que se las daba de conocer con pelos y señales a todos los palos gruesos de aquel entonces.

Días después, llegó una noticia que esparció una sombra de nube sobre la gran aldea, no exenta de encantos: Vicuña Mackenna acababa de morir.

No tardó en saberse que ese día había amanecido muy contento. Salió de las viejas casas enfloradas y a un paso del río; no se cansaba de mirar y casi en seguida, como si estuviera cansado, dobló la cabeza para dormirse en medio de los suyos, de sus papeles, del paisaje, cerca del río Aconcagua y la caleta de Concón.



Nace y crece en plena época portaliana y el caserío abeatado de entonces, se agrupaba alrededor de las torres dibujadas por Toesca: Santiago del Nuevo Extremo,

estaba como en los días de la disparada a la otra banda, después del desastre de Rancagua. La ciudad era una cosa ancha arrañada al pie de los cerros y en el país sólo había huracos en el montepío, veteados de cobre y plata, y maizales, higueras, carretas y tinajas en los campos, marcados, como si fueran bueyes, por las "encomiendas" coloniales.

Ya en el colegio —el de Cueto, al salir del casón paternal para la escuela—, el futuro insurrecto divisó un "monitor" vestido de negro y que no tardó mucho en ser ministro y Presidente: era don Manuel Montt y el que tranqueaba silenciosamente a su lado era Varas.

A los diez años, el futuro historiador salía "coleccionado" en todos los exámenes; pero a los diez y siete, en cambio, estampaba románticamente en sus memorias una frase que basta para comprender que se trataba de un hombre enamorado y precoz: "qué linda estaba"... Empezaba a perfilarse una especie de poeta y girondino, caso poco frecuente en medio del cuadro de corbates y bastones con borlas; de abanicos pintados y de pollerones de seda en que esconder algún tenebroso complot pipiolo.

El imaginativo en ciernes no tenía aún veinte años cuando Montt, antiguo secretario de Portales, entraba a la Moneda, de donde acababa de salir Bulnes con su espada y su bicornio emplumado, como en el retrato de mariscal pintado por Monvoison y que conserva su nieto Alfonso.

Nada más diverso a don Benjamín que la rigidez codificada de Montt y Varas. En consecuencia, se alistó en el igualitarismo de Bilbao, discípulo encendido del abate Lamennais; tuvo gestos de agitador multitudinario y, si de él hubiera dependido, no cabe duda alguna que habría echado puerta afuera al hosco binomio de los dos "monitores", empeñados en aplicar fielmente la Cons-

titución de 1833. Tómese nota de las calidades morales de los puritanos abroquelados en esa Carta.

Conspiraba, escribía y peroraba en todas partes. Le echaron el guante; se hizo humo y luego apareció levantando la cabeza, vagamente dantoniana en los años de la juventud, en medio de los polvorazos libertarios que parecían venir de las barricadas en que Gavroche acarreó cartuchos y en que Lamartine agitó la bandera.

Chamuscado y derrotado en Loncomilla, se encueva en Tabolango; no tarda en emplumarlas, disfrazado de guaso, y arriba a San Francisco de California rozagante, pero algo "recortado" en materia de fondos. Tenía veinte años, corridos y sonados, y prosigue su trayectoria, recordando con emoción de lágrimas el poblacho cuyo cerrito, con traza de quisco, convertiría alguna vez en una especie de vargueño lleno de jazmines y cosas de la Colonia.

Continúa a México, tierra rica y brava donde había que andar con el fusil de cazoleta listo, como si ya hubiera andado por ahí Pancho Villa.

Sigue a Norteamérica, que empezaba a caminar a saltos del Atlántico al Pacífico, donde cualquier día le sale un dragón oriental, y alcanzó a platicar sabrosamente con Páez, el llanero, aventado como plumilla por la anarquía post-emancipadora.

Vino en seguida la Europa virgen del primer viaje... Se encarama en una mansarda a los pies de la vieja Casa de Mazarino y por las noches se apacigua el pelo tumultuoso que se agitaba libremente sobre la futura calva; se mete en un frac con botones dorados y concurre asiduamente a las tertulias, muy segundo imperio, del gentilísimo almirante con nombre de buque insignia, que en las Tullerías besaba la mano andaluza de la Emperatriz y que en sus salones saboreaba la charla de Merimée, por más que era sordo como tapia.

Vicuña Mackenna asimilaba por todos los poros y su memoria y su subconsciencia, como repiten ahora a lo loro freudiano, quedarían hechas un gran álbum del Viejo Mundo.

Se vino por el Atlántico para platicar de paso con don Bartolo, que estaba haciendo y escribiendo la historia argentina y reintegrado a su tierra, mira filialmente para todas partes y dice a voces que hay que sacudirlo todo, como quien sale al balcón volado a dar de plumerazos al casacón dejado por la Colonia en una cornucopia... Además y en vez de la historia notarial y parroquial que podrían escribir los fámulos o los alguaciles, lanza su imaginación tan poderosa y colorida, hacia la Colonia inerte; hacia la Emancipación estereotipada, hacia el porvenir a ciegas... Entonces lo llaman "loco" que quiere revolucionarlo todo.

Lo aprisionan de nuevo; estrecha sonriéndose la mano del carcelero; le pide por lo que más quiera una gruesa de plumas y un "chuico" de tinta y se pone a escribir la historia pintoresca y trágica del tuerto Almagro, calavera con un ojo, como le decían los pizarristas.

Después del calabozazo y para refrescarse, otro poco del Viejo Mundo. Liverpool, Inglaterra. Se cartea de paso con Cochrane, que empezaba a chochear, y, en seguida se encasqueta una boina vasca y una manta zamorana y empieza a dar nombres criollísimos a los lugares de tanta prosapia que van saliendo al paso de la tartana estruendosa en que calcorreaba en España: llama Curacaví a Olmedo y Cerrillos de Teno al monterío que corcovea en la Alta Castilla.

Escarba de paso en Simancas y en la Casa de Contratación y ya en la corte isabelina, controlada a la sazón por los espadones, se instala en pleno Madrid austríaco, como decía Valle Inclán: Pontejos, a un tranco

de la Plaza Mayor y la Torre de los Lujanes... ¡Cómo si lo viera!

Otra vez de retorno, escribe, habla, interpela, polemiza, legisla y cuando llega Pareja a emparejarnos y Méndez Núñez a merendarnos, Vicuña Mackenna sale disparado a adquirir fragatas en los Estados Unidos.

Terminada la guerra operetescas, empieza sus libros más deliciosos; toma el plano de la ciudad, cuadriculada por los alarifes de la Colonia; lo anilla con un camino que llamó de Cintura, y lo centra con el cerrito que transforma en una "colina inspirada" desde la cual poder mirar y pensar desde lo alto.

Su intendencia febril hace comprender la marcha a alta presión que imprimiría al país desde la Moneda. Sin duda; pero el escamoteo, descarado y pintoresco ejercido por medio de las calificaciones electorales, da al traste con el candidato liberal y Vicuña Mackenna vuelve a sumergirse en el remanso silencioso de su labor de escritor, —nunca seré otra cosa, decía.

De súbito el país se llena de dianas y banderas. ¡Es la guerra! Se moviliza a su manera; coge los acontecimientos palpitantes y va haciendo toda la historia de la contienda, sin olvidar a uno solo, sea grumete, "cabro" o "rabona", de los que caen gritando sus dichos de plateros y carrilanos... Amaba al pueblo; no habló jamás de darle "látigo"; hizo con él la epopeya nacional y popular y, al cumplirse el primer medio siglo de su muerte, los sobrevivientes en la guerra, cada vez más viejos y más pobres, llegaron fantasmalmente ante sus restos con un clarín, una bandera y unas medallas de 1879...

Los años, como se ve, en vez de sumergirlo en el tiempo, lo han convertido en ídolo nacionalista.

"CONDORITO" ERRAZURIZ

I

Fué el Petronio de un viejo e ilustre clan de Presidentes, arzobispos y domadores castellano vascos.

Acaba de hacerlo reaparecer, lo que significa que el autor y su obra están bien vivos, la reimpresión de su "*Historia de la Administración Errázuriz*" superiormente prologada por Ricardo Donoso.

Sin su pera y su bigote de hombre fogueado en la vida y las pasiones, la cara calcinada de "Condorito" habría podido parecer la de aquel tremendo conde de Mirabeau.

En sus tiempos —en los de don Isidoro, nombre de obispo—, eran más de bulto los actores y, si no me equivoco, al reaparecer con su único libro bajo el brazo lanzó una frase implacable:

"Ignoraba que los chilenos fueran tontos y cobardes"...

Conserva, como se ve, el don de los sarcasmos apocalípticos, aun cuando nunca tuvo nada de apóstol ni de profeta. Era algo diverso y muy siglo XIX.

Ya prendida del horizonte la tormenta de 1891 —el huracán, habrían dicho las frases, unas veces pomposas y otras fotogénicas, de los Arteaga Alemparte—, Bal-

maceda quiso atraérselo conociendo el poder de la verba endiablada de "Condorito":

—¡Estoy viejo para traidor, señor Presidente! —contestó el ilustre actor, saliendo por el foro magno con dignidad ciceroniana.

Le gustaban los grandes gestos, las grandes frases y, sobre todo, los grandes bocados.

Iba a empezar el drama que tumbó la autoridad. Pero vamos por partes.

II

Don Isidoro tenía 16 años en 1851 y la suerte lo había ubicado en uno de esos casones de teja y mojinete que, saliendo de la Colonia, entraban a los motines y las refriegas que eran el pan de cada día antes de Prieto, de Bulnes con su casaca bordada de laureles restauradores y de Montt con su levita de bedel.

El futuro tribuno no tardó en encaramarse en un banco escolar y, acaudillando a sus condiscípulos, llegó ruidosamente hasta donde el general Cruz, candidato pipiolo, el cual vestía esa vez "un paletó café que le llegaba hasta las rodillas y un chaleco de paño negro abrochado hasta el cuello".

Al regresar al colegio de la calle vieja de San Diego, la partida estudiantil presentó un ultimátum, breve y rotundo: asueto —calducho—, y, vencido el plazo fatal dado por los insurgentes de mameluco, éstos se fueron de teatro y de jolgorio y, al regresar al caserón escolar, que no faltó quien parangonara con la abominable Bastilla, se remeció sin miramientos de ninguna especie el portón de cuarterones, poniendo a prueba sus cerrojos del tiempo de San Bruno y el sargento Villalobos.

Se trataba de un motincito pipiolo y llegaron a paso redoblado dos compañías del Buin armados con tercerolas, de las del Ejército Libertador.

¡Diez y seis años y un motín!... Era demasiado madrugar para revolucionario y el caudillo diminuto y engallado salió para siempre del colegio de la calle vieja de San Diego.

Entonces, el abuelo querendón, después de abrazar a su nieto y darle media onza para que se costeara un banquete de alfajores oleados, lo fletó para los Estados Unidos, en un barco de vela y escoltado por un respetable presbítero de misa y olla que lo recluyó en un internado de jesuitas en que habría sido totalmente infructuoso cualquier complot, como no fuera urdido con la complicidad de los sacristanes.

El pipiolillo enclaustrado cogió entonces un cuaderno cualquiera, dando comienzo a su diario íntimo en forma que ahora sería calificada de francamente comunista:

"Es preciso demoler. Es preciso romper las cadenas y despertar al cóndor. Pero también dejarlo elevarse para lanzar desde las cumbres nevadas la idea de fuego que agita el seno de las naciones oprimidas."

No había probabilidad de empollar un nuevo San Luis de Gonzaga y, en vez de la beatífica coronilla empezaban a asomar alas de aguilucho bajo el sobrepelliz almidonado. "Condorito", todavía pichón de rebelde, tendió el vuelo, hizo la cruz a los reverendos padres de sombrero como teja; se metió en un barco con nombre de poema *goetheano* y fué a rematar a Hamburgo y Bremen, llenos de casitas esparcidas, como en los cuentos con carillones, cigüeñas y ventanales góticos. Y empezó su vida en las viejas Universidades con sus fuentes, sus salmos, sus relojes en que asoma a cantar la hora un enano o un pájaro. Gottingen con sus claustros y sus historiales del siglo IX.

Entre curso y curso, "Condorito" viaja por todas partes; vuelve una y otra vez a Hamburgo y en una de éstas se topa con Pérez Rosales, que era Chile hecho

cónsul, y que estaba muy atareado contratando colonos que esparcir cerca de los lagos, los coihues y los alerces sureños.

Don Isidoro volvió a Chile hecho un doctor y un humanista; no tardó en juntarse el río con el estero, es decir "Condorito" con Vicuña Mackenna, y ambos empezaron a tronar en la prensa, en la tribuna y hasta en la lira a la cual arrancó el primero más de una guirnalda de encadesílabos majestuosos.

No tardaron, es claro, en llegar, la cárcel y los destierros; pero en vez de amainar, don Isidoro se hizo más vibrante y agresivo y, al retornar hecho un basilisco de su primer exilio, coge la pluma, la moja en tinta cáustica y se lanza bizarramente contra Montt y Varas.

Desgraciadamente, no deja más que el libro que se acaba de reeditar y en el cual hay más de una frase asestada medio a medio del dolor y la miseria tradicional de la gleba chilena:

"...Son dos clases rivales, casi dos razas. La una alienta el orgullo y la conciencia de su usurpación, mientras la otra lleva escondidos en el fondo del alma el instinto de su agravio y el encono de su inferioridad. Viven la una al lado de la otra, o más bien, la una sobre la otra en los campos y en seguida en las ciudades."

III

Ya era "condorito" y de oro, cuando lo divisé por primera vez: había vuelto de todas partes, inclusive de la guerra exterior, e iba ya muy adentro en la vida.

Era ancho, bajo, de bigote y pera recia y se decía que no había ambicionado otra corona que la formada por las manos suaves y quemantes que habían acariciado tantas veces su cara de amador contumaz.

Estaban en pleno auge lírico sus notas altas y sus florituras de gran tenor político y nadie cantó mejor que él en los parlamentos de aquel entonces.

Llameaba ya la revolución parlamentaria y don Isidoro se erguía haciendo aspavientos y ademanes de proteger las leyes con su toga consular y sus manos profanas.

Sonaba un clarinazo en medio de la atmósfera olor a pólvora y a humo de cigarros puros:

—Pido la palabra, señor Presidente —decía “Condorito” en medio del silencio que se producía junto con su aparición escénica..

Era todo cabeza, nariz, bigotes, ira y pasiones y cuando echaba atrás la cara, irguiendo la pera veterana, tomaba, en efecto, un parecido fugaz con Mirabeau.

IV

Muchos años después, me tocó ser testigo de la exhumación de los restos mortales del gran “Condorito”, al cual, como a María de Magdalena, le serán perdonadas muchas de sus barrabasadas por lo mucho que amó. A su manera, es claro.

Yorik, armado de una pala enmohecida, escarbaba la tierra con indiferencia, archi hastiado de tanto enterrear y desenterrar podre humana. Se raspaba el sudor haciendo poruña con la mano terrosa y arrancaba a manotazos las lianas y las raíces metidas en la tierra llena de bichos y germinaciones. Levantó como una galerada de imprenta un pedazo de mármol... “Isidoro Errázuriz”. ¡El mismo —misericordia—, que había acercado su nariz porruda a todo lo que fuera perfume, trufas, orquídeas, carne de mujer o de faisán, que mandaba hervir en jerez de la mejor solera!

El ataúd, reblandecido por la humedad, estaba lleno hasta los bordes de una masa amarillenta —parodia nauseabunda del *pâté de foie*—, formada por el cloruro con que habían taconeado y apisonado los restos del gran tenor tribunicio.

El Yorik negro, arrojaba balde tras balde de desinfectante y el cráneo glorioso de Petronio iba de una banda a otra, náufrago, estrellándose y con las órbitas llenas de cal espumante y humosa... ¡El que había paladeado, él que había palpado, él que había bebido todos los vinos y todos los placeres, desaparecía en un hervor de huesos y despojos expugnados por el cloruro que seguía produciendo un burbujeo, bien diverso por cierto al de los líquidos capitosos escanciados por las manos quemantes que abrazaron tantas veces la cabeza decalvada, llena de pasiones y de talento!

Dimos fe con el otro secretario; estampamos nuestras firmas y nos marchamos en silencio.

Seguían volando las barboletas e inflamándose las orquídeas y las parasitas bajo aquel sol en ignición.

¿HA HABIDO REVOLUCIONES POPULARES EN AMERICA?

...Y apareció Portales, duro, irónico, extraño a fantasías e impregnado de realidades porque había sido modelado a golpes por la vida. Con él y su mano acerrada y pulcra, plasma la Constitución de 1833, definida por Alberdi como una obra maestra del buen juicio.

En efecto, esa Constitución fué el instrumento más eficiente de la organización general con que se reaccionó contra la anarquía decenal, desencadenada con la caída de O'Higgins; pero careció de una gran visión; fué, más bien, una especie de puente de cal y canto, hecho por mano de Corregidor, que sirvió admirablemente para pasar de la tembladera en que se había vivido desde 1823 a la austeridad y el orden —lo que ya era mucho—; y no dijo en ninguna parte “poblar”, como Alberdi, ni “educar”, como Sarmiento: fué el orden; pero no fué la renovación, acaso porque lo primero era lo primero, siendo más prudente no enfocar dos objetivos a la vez.

Años después, el liberalismo científico de Lastarria —estigmatizado a su hora con el mismo lenguaje aterrador que se aplica actualmente a todas las aspiraciones de mayor justicia social—, no tardó en enjuiciar clamorosamente el autoritarismo de la Constitución pelucona y ya

en 1850 Bilbao, con su frac azul y su melena de *enfant du siècle*, preconizaba con fervor laico una ideología, elemental o prematura; pero de envergadura atrevidamente social. El apóstol juvenil fué perseguido y proscrito y los generosos igualitarios, dejando en paz a la Diosa Razón que de tan buen humor había puesto al general Bulnes, evolucionaron hacia el reformismo constitucional; pero las innovaciones logradas en 1873 fueron sólo políticas y la Carta portaliana continuó presidiendo majestáticamente los destinos nacionales, sin canalizar su autoritarismo incontrastable hacia un mayor bienestar y una mayor cultura porque donde estos deberes primordiales son olvidados *sine die*, se derivará fatalmente hacia un gobierno de clases exclusivistas y personales, lo que está muy lejos de ser un ideal nacional.

En realidad, es necesario llegar hasta Balmaceda para encontrar una visión proyectada hacia la masa, siempre preterida. Pero surgió y creció entonces un conflicto cada vez más enconado entre el Ejecutivo y el Parlamento y la oposición al mandatario clarividente (dentro de cuyo período se pasaba de la austeridad, que formó al país, a la abundancia que lo corrompió) fué diestramente desviada hacia un grave antagonismo constitucional.

Balmaceda defendió entonces con fe de iluminado el principio de autoridad, que orientó resueltamente hacia un nacionalismo integral y buscó a la clase media; pero no como un colaborador ocasional, sino con absoluta lealtad porque, ante todo, era un hombre de bien y no un trepador envanecido con las alturas, que no siempre son escaladas limpia y honestamente.

Su nacionalismo y su democratismo le enajenaron las voluntades más temibles y se preparó a combatir; a "llegar hasta el fin"; o morir en medio de la contienda, si era necesario.

Ambos bandos tomaron posiciones de combate, la oposición levantó la bandera nacional de una libertad electoral exclusivamente teórica, porque la masa analfabeta y paupérica, sin saber nada de nada, proseguía mansamente el drama de "su miseria material, intelectual y social", y Balmaceda, a su vez, se apoyó en componentes de clase media, los cuales carecían, aun más que hoy, de los poderosos elementos a disposición de sus antagonistas: capitales, bancos, tierras, figuración social y hasta prensa que sigue haciendo un silencio de consigna a todo el que no se entrega incondicionalmente a un régimen, una tribu, un caporal o un interés dado.

Cada cual tomó, pues, su puesto de pelea; pero el pueblo permaneció frío e indiferente: no creía en la democracia de un gran señor como Balmaceda ni entendía una palabra del parlamentarismo sui generis que la oposición de 1890 descubrió en la Constitución de 1883. El pueblo miraba sin ver y la revolución, que ya polvoreaba en el ambiente, estalló al fin; pero careciendo por completo de una significación de masas porque la América del Sur no ha sentido hasta ahora estremecimientos auténticamente multitudinarios: en el mismo movimiento emancipador de 1810 el pueblo actuó por reacción contra el dominador intruso; pero sin comprender la ideología de la lucha ni sospechar dónde se iba... ¡A dónde se había de ir! A continuar con otros mayorales el drama sin fin de la triple miseria de que acaba de hablar el Frente Popular.

Se puede afirmar, pues, que en nuestro Continente en esbozo se ha producido un sinnúmero de movimientos desorbitados, en que la masa ha sido encajada o movida como algo postizo o momentáneo en sucesos que no comprendía sino en su parte óptica o cromática, porque mientras más inculta y pobre es una colectividad, mayor es el riesgo que corre de ser utilizada y "tramita-

da" por salvadores y trepadores espontáneos que tantas veces han hecho de ella el escabel de su arribismo.

En una palabra, la masa misérrima y analfabeta ha sido arrastrada una y otra vez a ideologías extrañas a su estado y sus posibilidades y, pasada la agitación verbalista, todo ha continuado peor que antes. Tal ha sido aquí el fenómeno secular, en vías de terminar con la aparición de un programa de realidades, emanación de la masa misma —hecho preñado de acontecimientos porque diseña una completa transformación social, económica y cultural.

LA MUERTE DE DON JUAN

Acaba de pasar un aniversario que me ha encontrado como cuando tenía dieciocho años, con la pluma de punta y mojada en tinta cáustica. Me refiero a la fundación de "La Ley".

Se llamó a concurso para proveer el puesto de redactor de sesiones; me instalé de cabeza en las tribunas de la prensa; hice una reseña que debía estar bastante mal porque de otro modo no habría sido el favorecido; momentos después de entregada quedaba ungido redactor parlamentario y penetraba alegremente en la prensa y en la vida...

Pero vamos por partes, y digamos en pocas palabras lo que fué "La Ley": un diario de lucha doctrinaria y sin cuartel y, como técnica periodística, algo innovador y dispar con el ambiente. Una hélice, dirían ahora.

Reportajes; cartas abiertas; instantáneas; versos de Pedro Antonio González, y hasta un poco de decadentismo rubeniano... Y todo esto y algo más, en un tiempo y un poblacho pacato y provincial en que aun campeaban, sobre todo los días de empanada y chistera dominical, las levitas ribeteadas; los plastrones; la onda del peinado Caporal; los coches de trompa; los mantos y los pollerones hasta el suelo y estilo guarda infantes. Algo quedaba, pues, del mundito *post* pelucón y puede calcu-

larse fácilmente el escándalo que en tal ambiente se produjo con la aparición de un diario detonante y filiado desde su natalicio como ateo empedernido.

Se instaló en un cambucho, sito en Huérfanos, y al pasar por la calle se alcanzaba a divisar una cabellera blanca y un traje siempre negro. Era don Juan Palazuelos, el cual, para más seña, vivía en constante ironía, mientras no se le hinchara una vena de la frente, como a Hernán Cortés, casos poco frecuentes por fortuna, en que lo mejor era poner distancia de por medio.

Se casó por medio de un compromiso solemne, que cumplió ejemplarmente y cuando perdió a su hijo mayor, incineró sus restos para tener siempre cerca las cenizas.

Era discípulo fidelísimo del patriarca; camarada del poeta, don Guillermo, el de la cabeza de medalla renacentista, y, había alcanzado a conocer a los que cargaron con plata de Chañarcillo los cañones de Los Loros y Cerro Grande.

Pues bien, "La Ley" era Palazuelos, y éste, a su vez, era el ataque recio y sin tregua; pero con algo, eso sí, de elegante y colorido en el *panache* cyranesco.

Una tarde en que su salita directorial estaba totalmente invadida por la tertulia después del Congreso, don Juan dijo que era necesario dirigir cuanto antes algunas cartas abiertas...

—Y bien abiertas —detalló don Manuel Vicuña, contemporáneo de "Condorito", de "Severa Perpena", de los Arteaga Alemparte y de todo el ilustre pipiolaje lastarriano.

—Me parece bien —dijo a su vez el doctor Puelma Tupper, "el gringo", el cual empleaba una graficidad terrorífica al hacer sus diversas clasificaciones políticas, sociales y patológicas.

La carta sin sobre ni franqueo recetada por don Juan tendría llaneza e intimidación epistolar y, sobre todo, o sobre nada, se atendería la recomendación de don Manuel y sería muy abierta...

No recuerdo, desgraciadamente, si se envió alguna de dichas cartas al Arzobispo de entonces; pero el hecho es que éste acabó por perder la paciencia con la Historia de algunos Papas, muy poco canonizables, que venía publicando "La Ley". Y sin poder contenerse más Su Señoría Ilustrísima, nos dió con el báculo en la cabeza y aplicó al diario la ex-comunión "hipso facto incurrenda"...

Los radicales jóvenes hicieron entonces una fogata frente a la Curia; quemaron, como Lutero, la bula ex-comulgatoria, y Ramón Liborio Carvallo, de melena y levita al viento, disparó los mejores dardos de su oratoria frentista.

Don Juan optó, como de costumbre, por la ironía, impartiendo las instrucciones del caso, dijo que "A. de Géry debía hacer cuanto antes un reportaje al Arzobispo".

¡Qué inconveniente podía haber! Me mandé a hacer unas tarjetas de corresponsal de "El Diario", de Buenos Aires —y lo era—; pedí audiencia a "Román, secretario", el cual afortunadamente no me había visto en parte alguna; fui gentilmente atendido por él y otros distinguidos presbíteros que me tomaron por periodista argentino, y celebré con el prelado, artista y gran señor, una cordialísima conferencia que apareció al día siguiente a ocho columnas en "La Ley", la cual, con gran regocijo de Rogelio Ugarte, gerente, se agotó por completo, con la entrevista con Su Señoría Ilustrísima.

Encontré de nuevo a Monseñor; me reconoció en el acto y me preguntó paternalmente si venía llegando de la Argentina...

Dos o tres años después, don Juan se sintió, de repente, algo indispuerto, y cuando el doctor Puelma le tomó la mano helada y temblorosa, se rió como de costumbre, diciendo que aún no era el momento de llamar al padre Justino...

—No es nada —insistía.

Sólo que se le iba cayendo un párpado e inmovilizando todo un lado de la cara, coronada por el mechón de guerra.

—Nada...

Pero el párpado seguía cayendo a plomo sobre la pupila vidriosa e inmóvil y la voz zumbona del caudillo se enredaba en un tartamudeo trapajoso, mezcla de rezongo y de gemido.

Los labios se negaban definitivamente a los alardes cyranescos; caía la saliva de las comisuras inmóviles y enjugaron con un pañuelo la boca imperiosa ya estampada por la herradura de la muerte.

Había que llevárselo, y don Juan, tomado en vilo por sus amigos y sus discípulos, salió arrastrando las piernas de la salita en que había piloteado su gran barco de guerra doctrinaria e ideológica.

Alguien que aún era un muchacho, clavó la cabeza en la pared para no ver al luchador que pugnaba por erguirse, tirándose manotazos al ojo aplastado por la parálisis y a la boca trapajosa de la que se escapaba un murmullo ininteligible...

Adentro bufaba el motor aórtico, adivinando que se iba sin vuelta el capitán de bandada a que había ope-decido como un niño, y en la calle, llena de gente en atisbo lujurioso de aperitivos y mujeres, seguía corriendo la voz hecha estribillo, de que don Juan se moría...

Y se murió y le dieron tierra en los mismos momentos en que no tardaría en faltar o fallar ese valor que

cuando desaparece definitivamente, es la muerte moral de un organismo individual o colectivo: el valor cívico de dar a las cosas y a los hombres su verdadero nombre, por duro que sea.

ESPAÑA, HOGUERA Y CRISOL

I

En ninguna parte ha podido arribarse a transformaciones estructurales como quien salta elegantemente de un trapecio rectángulo a otro: el avance político (el cual ha escamoteado constantemente la primacía a lo cultural y lo social) es algo de alumbramiento y puede afirmarse que ningún pueblo ha estado tan preparado como para pasar sin convulsión alguna a una mayor libertad, una mayor justicia o un mayor bienestar. Lejos de esto, esas conquistas continúan recorriendo una trayectoria trágica y la sangre y el dolor, precio usurario de todo avance, siguen estando en relación directa con el mayor o menor atraso de la masa. El ascenso, pues, a un estado superior, estará más cercano de la evolución que de la violencia sólo en aquellos pueblos en que la cultura y la justicia social han hecho ya una parte apreciable del camino ascensional.

A su vez, donde perduran la incultura y la explotación, manteniendo privilegios, que en el caso español eran lo feudal y lo colonial en nuestros países, las reivindicaciones se conflagan al fin, llegando a las proporciones anonadantes que han alcanzado en la Península gloriosa que se ha puesto a llamear como las Resu-

recciones flamígeras del Greco. No iba España a continuar parodiando indefinidamente dentro de la vida de hoy a aquel picador pitarroso, a horcajadas sobre un caballo medio destripado en la corrida pueblerina y que se aleja del redondel con la pica tumbada hacia el suelo y ante un horizonte caliginoso: el picador apabullado en que Zuloaga simbolizó ominosamente a la España de la pérdida definitiva y total de sus colonias.

II

Exhausta, después de la fecundidad descomunal de un nuevo hemisferio, España se sumergió en un letargo indiferente o banal, que en la clase de los blasonados y los gentiles hombres (cuestión de pesetas, salvo uno que otro título legítimo) era en conformismo pancista y el fatalismo moruno en la masa que continuaba llamando amos y "señoritos" a los dueños y acaparadores de todo lo creado, inclusive de las tierras "vedadas de caza"... En plena era de las masas y lo social, continuaban imperando como se ve, los retrasados y los cretinoides a los cuales sólo faltó la peluca blanca y con trenzas para que se creyeran hasta las postrimerías monárquicas, en perpetuos besamanos o besa pies, mientras el pueblo del milagro creador del Nuevo Mundo seguía emigrando y tragando su bazofia. Venía con su boina y su acordeón de ciego y a veces cantaba algún villancico oriundo folklórico de la tierra barroca que desde tiempos inmemoriales viene llenándose de hogueras, santos, guerreros y quijotes.

Dados tales antecedentes ancestrales, no era dable dudar de que la convulsión total sólo estaba postergada y que cualquier día se sentarían de nuevo sobre las hogueras los crisoles de que saldrá alguna vez, no una unidad política que es étnicamente y aún geográficamen-

te imposible porque la Península está formada por una serie de razas, regiones y lenguas diversas, sino una agrupación, federalmente articulada por lo económico —como la América del futuro o de nunca...

Total, se han reencendido las hogueras; los aviones de guerra han reemplazado a las cigüeñas; tabletean las ametralladoras; nadie pide ni da cuartel —lo que no está en las pragmáticas de la raza—; saltan aventados los huesos de las tumbas y cualquier día ruedan sierra abajo los cráneos de Carolus V, Imperator, y de Filipus, Rex...

De las plazoleas de arquillos brota el paisanaje, vociferando y con el rifle en alto, como cuando corría tras el Alcalde Móstoles o del Empecinado; humean las viejas ciudades, abroqueladas en sus muros de piedra dorada; los castillos aportillados y en los huesos (San Servando, Pedroza, Turégano, Mombeltrán) se llenan de sombras y en el de la Mota aparece penando Isabel la Católica y en el de Guadamur el Campeador...

El jerez se ha hecho sangre; ha callado la música que Falla y Albéniz han extraído del fondo oriental de la raza; caen los generales con plante de toreros fumando el cigarrito de la muerte y antes de empezar esta nueva danza del fuego, metieron apresuradamente dentro de un ataúd hecho con tablas de guitarra, a la bailadora, cuyo cuerpo rimado fué llama y mantón...

—¡Perdón! —No puedo hablar de España sin incursionar en lo heroico y lo cromático. Y qué ha pasado, ¡por Jesús del Gran Poder!, para que un pueblo tan noble se haya convertido en fiera, lanzando su frase irrevocable: "No pué ser"...

¡Qué había de pasar!... Lo de siempre: que cuanto más se retarda una evolución, será más prolongado el crujir de dientes y más tremendo el balance.

En efecto, se venían acumulando reactivos desde hace siglos y tenía que llegar y llegó el momento en que todo lo pretérito español en materia de dramas es sólo un

entremés, comparado con el espectáculo de estos momentos en que la Península crepita como sal o sangre arrojada al fuego.

III

Los siete jinetes aquellos —los auténticos y en ningún caso los de Blasco Ibáñez—, corren desbocados por España y por el mundo.

Aprovechemos la lección o la admonición consagrándonos por entero a la tarea de redimir, social y culturalmente, al país porque aquí, como allá hay un pueblo olvidado, que mira y sufre hoscamente y en el cual perdura en 1936 mucho de la colonia y la encomienda, sin que aún aparezcan y se hagan sentir la cultura y el bienestar sin los cuales Chile seguirá rodando a pesar de tanta parodia y tanta engañifa.

BULNES

Junto con regresar de su primer viaje a Europa, don Gonzalo Bulnes se echó de cabeza en los papeles de su padre, el general y Presidente, y escribió un libro que termina pintando deliciosamente la entrada triunfal del vencedor de Yungay, montado en un caballo chillaño y avanzando Cañada arriba en medio de una multitud delirante.

Por lo demás, el nuevo historiador no se contentaba con dar a sus cuadros un color local inconfundible sino que, ascendiendo a mayor altura mental, desentrañaba certeramente la significación interna y externa del acontecimiento.

A la campaña de 1838 siguió la "Historia de la Expedición Libertadora del Perú", en la cual el señor Bulnes estableció sólidamente estos dos hechos fundamentales:

1.o.—Fué Chile quien equipó y armó un ejército que confió a San Martín; y

2.o.—Fué Chile, asimismo, quien dió al poder monárquico un golpe que debió ser definitivo.

En efecto, sin el dominio del mar consumado por Blanco Encalada y luego por Cochrane, no habría habido Ayacucho.

Aplaudió Barros Arana, hechólogo insuperable, y en la Argentina también aplaudió Mitre, el cual dice ecuanímente en su "Historia de San Martín":

"...Jamás ninguna de las nacientes repúblicas había hecho un esfuerzo relativamente tan gigantesco en pro de la emancipación del nuevo continente meridional."

De regreso de su fructífera plenipotencia en la Alemania Imperial, el señor Bulnes da a la estampa las "Últimas campañas de la independencia del Perú", campañas tras las cuales los restos hechos jirones de la expedición libertadora, perseguidos por el infortunio, pero sin perder el ímpetu heroico, llegaron jadeando hasta los límites septentrionales del Continente.

Años después el señor Bulnes concentra toda su actividad de publicista en el litigio limítrofe con la Argentina; acaudilla en el diario brillante y frondista de Alfredo y Galo Irarrázaval Zañartu la defensa militante de los derechos territoriales de Chile y, debido a sus alegatos y sus esfuerzos clamorosos, el país logró conservar el Seno de la Última Esperanza y el valle — el Lonquimay—, en que tiene sus nacientes el Bío Bío. Y aquí una anécdota inédita que agrega un rasgo más a la vigorosa silueta del señor Bulnes.

Quince años después de fallar el árbitro el litigio limítrofe, la Argentina y Chile celebraban con un ágape suntuoso y concurridísimo la inauguración de la estatua de O'Higgins en Buenos Aires. Llegado el momento crítico de la oratoria de banquete y después de los discursos oficiales, un distinguido compatriota, asistente a la manifestación usó de la palabra aludiendo irónicamente a los que aquí habían sido partidarios empecinados de la guerra... Entiendo que llegó hasta llamar mártires a los que, a su vez, habían sido partidarios de la paz entre ambos países: el orador indiscreto aludía, evidentemente, al que había sido en Chile uno de los "leaders"

de la propaganda nacionalista y la concurrencia enfocó fríamente al señor Bulnes, el cual se puso de pie en medio de un silencio sepulcral.

—Es verdad —dijo, tomando el toro por las astas—, es verdad que yo sostuve en mi país que, si el caso llegaba, había que defender con las armas en la mano hasta el último terrón del suelo nacional y no le hago a ninguno de los que me escuchan la ofensa de creer que no pensaban lo mismo en el caso de la Argentina. . .

La enorme concurrencia aclamó largamente la franqueza varonil del adversario de otro tiempo y el ágape fraternal terminó en medio de una ovación sin fin, al que definía tan briosamente el deber de defender el suelo que es el pasado y el presente; la inmovilidad de las tumbas y el temblor de las cunas, como dijo Jaurès en un momento solemnísimos para la Francia.

Y vuelvo al relato, interrumpido a fin de recordar la improvisación en que el señor Bulnes explicó su actitud de lucha durante la controversia y luego de cordialidad y de lealtad (que bien podría ser alguna vez la articulación total de Chile y la Argentina).

Terminado el litigio cincuentenario, el señor Bulnes empezó a internarse en el bosque documental de "La Guerra del Pacífico", en cuyas páginas liminares escribió estas líneas de pedestal:

"El culto de la Patria es un sentimiento que se debe cultivar hasta por egoísmo."

Sesenta años de austeridad habían formado la tradición de sacrificio que, como prólogo de la contienda, fué el abordaje y el hundimiento y bien valía la pena dedicar unos cuantos años de la vigorosa sesentena a contar todo eso.

En efecto, el señor Bulnes se puso animosamente a la tarea y aún me parece verlo sentado ante la pequeña mesa en que iba surgiendo plásticamente la obra que,

como método es la fidelidad documental y la visión viviente y colorida como arte y creación.

Escribía en una sala amplia y luminosa en que había unos cuantos libros y unos cuantos cuadros: el general Pinto, desconcertantemente parecido a Bolívar, y un paisaje tempestuoso del Pan de Azúcar en el momento de la carga "chivateada" que dió al traste con la Confederación arbitraria y con el confederador desorbitado.

A veces y como para saturarse más del pasado de que la guerra de 1879 fué una continuación gloriosa, el señor Bulnes recibía en el salón, de mediados del siglo XIX, presidido por el retrato del prócer con bicornio de mariscal; casaca laureada; gran abdomen; pantalones blancos con franja de oro y a ambos lados como en un vivac napoleónico las llaves de oro de la ciudad de Pizarro, entregadas al vencedor después del encontronazo de Guías.

"Somos cuatro millones de hombres con una historia que es una fuerza moral inmensa" —dijo en 1911, don Gonzalo.

Se detuvo trepidando, como si lo asaltara una grave inquietud patriótica. El país seguía rodando medio intoxicado y medio inconsciente...

¿Y el porvenir? —interrumpió levantando el puño ante la concurrencia que lo escuchaba.

"Yo —prosiguió, enunciando postulados cada vez más hondos y apremiantes porque son el futuro de la nacionalidad—, no le temo al porvenir, si nos preocupamos de educar al pueblo; de salvar su natalidad; de perfeccionar el instrumento precioso que la naturaleza nos dió. Hagamos guerra implacable al analfabetismo, al conventillo, al alcohol y el pueblo que ha sido el obrero de nuestra grandeza, sabrá mantener la Patria en el rango que le corresponde."

Veinticinco años después de esas palabras de admonición y de alarma, hay en los conventillos de la capital trescientos mil aspirantes a la fosa común...

El año de gracia en que el señor Bulnes preguntaba angustiado por el porvenir, seguía reinando el parlamentarismo estrafalario de aquellos tiempos y ante la intensidad de la crisis moral y material, hubo elementos respetables que creyeron llegado el momento de poner un fin de hecho a esa situación insostenible. Se buscó un civil de gran relieve que suscribiera la defunción del parlamentarismo, que nunca fué tal cosa sino un peligroso condominio criollo; se pidió mi modestísima opinión y dije que yo tenía la suerte de conocer al ciudadano que andaban buscando y el cual continuaba atareado en la historia de la última guerra.

Empezaron las conversaciones del caso en la misma casita en que ahora escribo (1); pero, en definitiva, el señor Bulnes declinó el ofrecimiento de ser el caudillo civil de un cambio de régimen.

Corrieron los años: diez, quince o veinte, y entregado de nuevo a la tarea de reanimar algo de lo que he visto o vivido, don Gonzalo solía llegar hasta Baquedano "street"...

Lo buscaba, a mi vez. Últimas visitas a un hombre eminente, que además era una reliquia de los tiempos en que el país navegaba hacia el porvenir con la estrella sobre los mástiles.

Los médicos —su querido doctor Sanhueza—, le habían prohibido levantarse; pero la cabeza, blanca como un penacho, continuaba siendo un arsenal de recuerdos y observaciones agudamente dichas.

Hablaba de tomar de nuevo la pluma y reanudar la tarea, como si todavía estuviera escribiendo los anales de la victoria ante una ventana de la casa de los trofeos.

(1) Aludo a mi antigua casa de la calle de Baquedano.

Se erguía; hablaba a fogonazos —donde fuego ha habido...—, y luego se quedaba mirando la montaña estampada en azul desde la pieza en que lo tenían recluido.

—Al ocupar el Estrecho —me decía muy pocos días antes de emprender el gran viaje a la nada—, mi padre le hizo un servicio no sólo a Chile sino a toda la América, porque de otro modo, se habrían encajado en Magallanes, Inglaterra o Francia...

La última visita, como se ve, quedó marcada con una observación llena de talento y también de inquietud y cuando el lunes pasado llegué a imponerme de la salud del señor Bulnes, me recibió uno de sus nietos; me dijo muy afligido que don Gonzalo acababa de morir y salí en silencio, tomado de la garganta por tanto recuerdo.

PRIMO DE RIVERA: EL MARQUES GUERRERO Y GALANTE

En 1923 la dictadura estaba en el aire; pero nadie pensaba en Primo de Rivera para algo tan serio sino en el general Aguilera, el cual, habiendo dicho en el Senado cosas muy gruesas de los civiles, recibió ahí mismo dos incidentes, es decir, bofetadas de Sánchez Guerra. Y como un general que se deja poner la mano encima es mejor que tome asiento para no cansarse con la espera, Aguilera se metió en su domicilio de la calle del Ave María, no volvió a hablar mal de los civiles, ni menos en el Senado, y Primo de Rivera se preparó a pegar el salto... Nombrado capitán general de Cataluña, propuso que se declarara el estado de sitio; disintió el Gabinete o, lo que era lo mismo, la gata de la casa, y entonces el capitán general decretó el estado de guerra por su cuenta y riesgo: lanzó una proclama de factura retórica casteleriana y gritó, asomándose al balcón de la Capitanía. ¡Viva España y viva el Rey!...

Se trataba, como se ve, de un espadonazo y no de una revolución con sentido social; su caudillo voló a Madrid y empezó un período de omnipotencia y omnipresencia que hizo algunas cosas bien; pero que no entró a lo profundo de la estructura española porque el hombre del

espadonazo no podía herir seriamente los intereses de la clase, estática e impermeable, que lo apoyaba.

Afirmó que era un personaje de paso en el poder y empezó a bombardear a sus adversarios.

Una vez —y para ejemplo baste un botón—, se celebraba el centenario de Cánovas con gran pompa oficial y académica. Asistió el Rey y se reunieron en pleno las cuatro Academias Reales, cada uno de cuyos presidentes hizo el elogio del homenajeado, aquel hombre de anteojos y media melena, que no le hallaba el pulso al país. Pues bien, llegado el momento de que respondiera alguien del Gobierno, Primo de Rivera se puso de pie y dijo tranquilamente que ni como español ni como militar tenía nada que agradecer al régimen que había llevado a España a la anarquía en lo interno y a la mutilación de sus últimas colonias en lo externo.

Por lo demás —agregó—, pueden estar seguros de que si entre ustedes hubiera algún Cánovas del Castillo, ya me habría apresurado a pedirle al Rey que lo llamara... Y como no lo hay —terminó tocando una campanilla de plata—, levantaremos la sesión.

Era irónico y diestro, como se ve, y nadie mejor intencionado que él; pero... lo dicho: no podría tirarse a fondo en ninguno de los problemas planteados por un estado social anacrónico y por la diversidad étnica y geográfica de la Península.

Es verdad que Primo de Rivera se aproximó tímidamente a algunos de esos problemas —la tierra, la organización corporativa, los contratos del trabajo, los comités paritarios, la acción social agraria, etc.—, y ahí están las iniciativas de su Ministro Aunós para probarlo; pero se acercó superficialmente porque no habría podido ir a la reconstrucción de una España nueva sin chocar de frente con la monarquía, la nobleza y las clases impermeables a toda reforma que las obligara a desprenderse de un chopo o de un terrón de sus dominios.

Haciendo suya una frase de Cánovas, dijo que llegaba a proseguir la historia de España. Sin embargo, la masa agresivamente indiferente a lo que pasaba en el resto del mundo, continuaba con sus alpargatas, su gazpacho, su décimo "del gordo" y su tendido de sol en las corridas dominicales.

En resumen, la dictadura mantuvo el orden y la inmovilidad; acogotó a Abd-El-Krim; modernizó materialmente el país, juzgado como un simple museo arqueológico por Gautier y Merimée y, además, celebró dos exposiciones, una en Barcelona ante el mar rey, y la otra en las márgenes del río dorado que surcaron las naos y los galeones cargados con el oro de Indias.

He ahí la contabilidad efectiva del sexenio dictatorial. En cambio, continuaban intactos todos los problemas estructurales y se repetían las asonadas y las intenciones; Sánchez Guerra —el de las bofetadas a Aguilera—, había desembarcado a reclamar su palabra de soldado al jefe de la región levantina y sintiendo que el suelo peninsular empezaba a temblar bajo sus botas de montar, Primo de Rivera preguntó aturdidamente a los capitanes generales de las diversas regiones, si continuaba contando con la confianza del Ejército: era al Rey a quien debía formular esa pregunta, que facilitó a don Alfonso la oportunidad de "borbonearlo", y se produjo entonces una escena breve y cortante entre tres personajes en busca de historia...

Preguntó el Rey qué significaba aquella pregunta y tras la explicación poco vacilante del interpelado, el soberano habría dicho, saliendo por el foro, como en el teatro que ahora se ha vuelto tragedia: "Hemos terminado y gracias".

El dictador, alcanzado verticalmente por el rayo borbónico, hizo ademán de seguir al Rey, a fin, seguramente, de ampliar sus explicaciones; pero los tiempos ya

no eran los mismos; le advirtió Berenguer que iba metiéndose en los departamentos particulares de Don Alfonso y Primo hizo mutis, saliendo del Alcázar y del poder, fracasado como reformador y como político; pero tan limpio y pobre como cuando había saltado sobre el mando, haciendo sonar de madrugada sus arreos de capitán general.

Se formó sin pérdida de tiempo un Ministerio Berenguer, el cual empezó a deshacer lo hecho por la dictadura, desmontando de golpe un poder que había sido omnímodo.

Principiaron a entrar a palacio los "perseguidos", llenos de odio y de quejas, y uno de ellos, orgulloso e insobornable —Sánchez Guerra—, hizo público que no quería saber nada más del monarca, repitiendo en un mitin tempestuoso las palabras del duque de Gandía ante el cadáver de la Emperatriz Isabel:

"No más servir a señores
que en gusanos se convierten."

Entretanto, el amo de ayer pasaba la frontera humillado y glucoso, yendo a instalarse en París, que lo había visto en un caballo de condestable; con uniforme de capitán general y con la Gran Cruz de la Legión de Honor encendida por el sol fulgurante de un 14 de julio.

Andando con tranco de diabético, solía ir a besar la mano ya tan arrugada de la Infanta Eulalia. En seguida y ya cercano el crepúsculo, volvía al modesto hotelito burgués en que pasaba luchando infructuosamente por ahuyentar la tristeza que lo abrumaba. Penaban las ánimas alrededor del que había sido amo y señor...

Un periódico neoyorquino y peliculero, le ofreció cincuenta mil dólares por sus memorias. Volvió a reírse como en sus buenos tiempos de condestable y dijo, pren-

diendo un pitillo con el encendedor de oro, obsequio de Don Alfonso: "A que puedo vivir con mi pluma"...

La prensa se mofaba así del que la había sofrenado a diario en sus copiosas "notas oficiosas", en una de las cuales llamó a Valle Inclán "distinguido escritor y extravagante ciudadano"...

Se hallaba escaso de recursos. Nunca había sido previsor: siendo abanderado destinaba todas sus pesetillas a claveles y mantones "alfombraos" y ya de maduro y poderoso, tiraba su dinero a manos llenas y hacía todo el bien que podía.

A veces abría el balcón; miraba las nubes de paso para los Pirineos y le parecía estar viendo un pedazo de Sevilla...

Un día, al abrir sus chicas la puerta del cuarto, más de cadete que de ex dictador, el general apareció con las gafas en la frente, la cabeza en el respaldo de la silla y en el suelo un diario desprendido de las manos... Un diario que no decía nada, ni bueno ni malo de él.

¡Ah!... La vida es un sueño.

Horas después, lo tendían en el lecho; se encendían cuatro cirios; se arrodillaban sus chicas deshechas en llanto como las imágenes de Salcillo, y la capucha blanca de la mortaja de estameña cubría la cabeza en que había ondeado la cimera de los marqueses guerreros y galantes: le ponían un pequeño crucifijo entre sus manos, y luego depositaban sobre su pecho los primeros claveles andaluces llegados al París de primavera.

ARISTOFANES: LAS MUJERES TOMAN EL MANDO

I

Aristófanes —el del “Banquete” de Platón—, derrocha en sus comedias una intención y una pugnacidad que permitirían llamarlo el Voltaire de aquellos tiempos desdichados, si esto no fuera calificado como una comparación bolchevique porque, como se viene notando, a todo se llama ahora soviético así como antes se llamaba masón, ahorrándose un conocimiento más detallado de las cosas.

Nada más perdurable que lo aristofanesco dentro del clasicismo griego; que la novela picaresca, dentro de lo vernáculo español, o que las “Memorias” del gran duque y gran corrosivo —Saint Simon—, dentro del periodo de los “lit de repos”, de que luego saldría el fin apocalíptico de una época y el comienzo teórico de la lanzada bajo el signo de la libertad, la igualdad y la fraternidad, que más bien son medios y no fines, mientras el individuo y la sociedad no reposen totalmente en bases económicas, sociales y culturales.

Hostigada por la corrupción y la cobardía, la emoliente sátira aristofanesca preconizaba todo lo antiguo, haciendo aparecer como retrógrado a su autor, el cual,

en efecto, se complacia mirando a través de la zarandeada máscara de Talía, hacia la perspectiva del pasado y no hacia la del porvenir. Y como se burló de Cleón, el intolerable sofista del pro y el contra de las cuestiones más antitéticas, éste que era ladino, "sabido" y trapalón, salió al Agora, acusando al temible satírico de enemigo declarado de la democracia.

Por lo demás, no es precisamente la ideología de Aristófanes lo que aun perdura, sino su asombroso dominio de la escena y, sobre todo, la personalidad viviente e inconfundible de sus personajes. Por algo sería que Platón, después de sentarlo a la mesa de su "Banquete", dijo que las Gracias al buscar un santuario eterno escogieron el alma de Aristófanes.

II

Atenas, la de la supremacía filosófica, literaria y artística, había sido sometida al pesado vasallaje lacedemonio: mandaba y mangoneaba un consejo aristocrático formado por treinta miembros, llamados los treinta tiranos: desterraron e hicieron perecer a sus enemigos: sobre el escenario a la sombra luminosa de la Acrópolis se había corrido un telón oscuro e impermeable y Aristófanes no hallaba de qué artimaña valerse para poder enterrar en algo aún viviente su aguijón huntado de miel... Le estaba vedado recurrir a su mordacidad habitual porque se hallaban de por medio los tiranos con su guardia de tres mil pancistas, y Aristófanes se vió obligado a inventar una especie de comedia, aparentemente inocua e impersonal; pero que, en realidad, era una sátira tremenda contra la ineptia de sus compatriotas y "La asamblea de las mujeres" no tardó en hacer sonreír amargamente a los atenienses, derrotados por

Lisandro y estropeados y estrujados por los treinta tiranos y su guardia en comandita.

III

He aquí el argumento, sinópticamente expuesto: ante la estolidez y la inercia de sus compatriotas, las mujeres atenienses se encaminan a la Asamblea; ocupan el lugar de sus esposos, que, como de costumbre, se habían quedado durmiendo a pierna suelta y sin más ui más, asumieron el poder público...

Tomó la palabra Praxágora, que llevaba la voz de las damas, a fin de conjurar el peligro inminente de que hablaran todas a la vez, y dejó a los hombres buenos para nada: dijo que sólo los abonados a la mamandurria lo hallaban todo a pedir de boca y pidió los castigos más severos para los que traficaban con el voto, lo que hace presumir fundadamente que ya existía el cohecho y que estaban cerca las elecciones.

Praxágora, que como queda dicho, no tenía pelos en la lengua, agregó que aún era tiempo de asegurar la felicidad general, confiando a las mujeres los negocios públicos y reservando a los hombres el aseo de la casa y otras ocupaciones más o menos confidenciales.

Agregó, además, que la mujer no se dejaría engañar, como el pueblo, porque estaba acostumbrada a hacer lesos a los demás. Aludía evidentemente a aquello tan sabio que no hay que creer en cojera de perros ni en llanto de mujer.

En resumen, cuando los fieles maridos atenienses fueron a coger sus ropas y sus sandalias, éstas no aparecieron por parte alguna, obligando a los despojados a ponerse los vestidos de sus dignas esposas. El cambio de régimen y de trajes, en consecuencia, se efectuó en la forma más pacífica y las señoras tomaron el go-

bierno sin oposición alguna, ya que si sus esposos hubieran tenido el tupé de presentarse a reclamar o a rezongar, como de costumbre, nadie les habría dado crédito ni nada, creyendo no sin fundamento, que eran mujeres.

—¿Correrán con todo? —preguntó Blepyros.

—Indudablemente —contestó Chrêmes y Blepyros quedó muy satisfecho con el papel que asumían las mujeres, las cuales tentadas por la novedad de sus nuevas funciones, quisieron implantar un sistema gubernamental avanzadísimo y en el cual, como era de presumirse, no llevaban los hombres la mejor parte.

No es este el momento de pronunciarse sobre este sistema político y, por lo demás, en esta ocasión se trata sólo de encarecer la oportunidad de ofrecer todo el poder público a las señoras, sin necesidad de que se apoderen sorpresivamente de los pantalones de sus esposos.

Plenamente de acuerdo con Blepyros y Chrêmes, se puede descontar, desde luego, que se expedirían honorable y satisfactoriamente.

En consecuencia, en vez de apalearlas, como en la manifestación del 5 de nov. de 1936, corresponde hacer votos por que se pongan definitivamente los pantalones, cada vez más mal llevados por el rey de la creación.

DANIEL RIQUELME.—“INOCENCIO CONCHALI”

I

Con motivo de la Exposición del Libro, “Inocencio Conchali” saltó impensadamente de la estantería, preparándose para salir de callejeo.

Sacó los fósforos de palo que, según él eran los únicos que no quemaban los dedos; encendió el cigarrillo; se metió la mano desocupada en el pantalón listado; se sonrió, mostrando un diente de 1879, y dijo, retrogradando treinta o más años:

—Voy a tomar el carrito...

Se acomodó la rosa pintada de “rouge”; se sopló el bigote, equivocando las canas con la ceniza del cigarrillo, y se alejó con trancos de persona que se reintegra oportunamente a los tiempos de Padovani y Savelli, empresarios del Municipal.

Me surgió una duda al verlo salir. ¿Iba de callejeo, simplemente, o a la quinta, superpoblada de clavejes y de parras, bajo las cuales alternaron a su hora las óperas y las tonadas? —Lucía de Lamermoor y “las hallulleras”; la pobre Traviata y “la chacra de ño Ampuero”...

II

Fuera donde fuera —¡allá él!—, el hecho es que me pareció verlo piropeando y disparando sombrerazos al paso de sus numerosas relaciones femeninas.

Pues bien, aprovechando que todavía cursa el mes de los muertos, me pareció oportuno, mientras él andaba de galanteo, ir en busca del sitio "solitario y melancólico" en que duermen sus despojos...

Estarian llenos de flores, cosechadas en la quinta agreste en que gorgoreó la señorita Gabbi, que empezaba a amacarronarse, y en que más de una vez travesaron de madrugada las bailarinas de Gioconda y la danza de las horas que se iban.

Y a todo esto, ¿cómo conocí a Daniel Riquelme?

III

Yo escribía o creía escribir en un diarote con nombre pipiolo y tamaño de sábana de doble plaza, cuando atravesó el patio empedrado con piedra de cuesco, un señor de chaqueta entallada, pantalones a cuadritos de damero, flor al ojal y bastón con empuñadura, que era una anticipación en plata del "pato Pascual", ya que no del pato de la boda.

¿Sería el empresario de la compañía de ópera verdiana que acababa de arribar a Santiago con un refuerzo de treinta bailarinas navegadas?

Pues, no, señor: no era el "signore" Savelli, ni el maestro Padovani, sino un hermano del héroe que la noche antes del 21 de Mayo rasguñaba melancólicamente las cuerdas o las tripas de su violín en medio del bloqueo y de la obscuridad.

Era un poco mayor que el héroe del último disparo, y se llamaba Daniel, aun cuando no tenía parecido ni vocación de profeta. —Pantalones a cuadritos y gran flor al ojal.

Quince años antes había entrado a la ciudad vi-reinal en calidad de cucalón y en la envidiable compañía de "Condorito" Errázuriz, y cuando lo divisé por primera vez, usaba un gran brillante en el dedo chico y una gran verruga a la diestra de las narices, que no eran una miniatura, precisamente.

Entró a la pieza de "Gedeón" —director de "La Libertad Electoral"— y lo cogió el coro regocijado de sus admiradores habituales: Bianchi Tupper, Eduardo Phillips, Manuel Amunátegui, "Peñita", Nercaseaux y Morán con su sombrero al ojo, su bigotito de cola de Mickey y su chaquet abreviado, lo que economizaba el fastidio de tener que levantarse las colas al tomar asiento.

Me diligencié sin pérdida de tiempo los libros en que Riquelme metió juntos, tanto al futre como al roto que acababan de ganar la guerra muy sueltos de cuerpo, y tomé debida nota de que en ninguno de sus relatos hay gritos heroicos ni actitudes líricas, sino idiosincrasia étnica, lo que quiere decir, si no me equivoco, que por mucho que tupan de consuno los años y el olvido, las orejas de esta tierra oirán siempre los ladridos de aquel quiltro, entrañablemente querido de tambor a coronel y que fué necesario estrangular porque una noche se puso a ladrar, delatando el avance como si hubiera ido borneando la cola a la cabeza de la banda.

Años después amistamos bastante con Riquelme; pasamos muchas veces por Huérfanos, a la hora de la copa, el cañonazo y el sombrerazo; disfruté inefablemente de la sombra guitarreada de sus parras y —¡por qué no decirlo de una vez!— viajamos juntos en

postino con faroles, como ojos en tinta en demanda de las tonadas criollas, ahora ignominiosamente suplantadas por las radios y las fonolas de boliches y cabarés nocherniegos.

No ignoro que se reprocha a Riquelme que no entrara al dolor social.

—¿Qué es eso, caballeros? —habría preguntado, y no sin razón, por cierto, porque en esos tiempos no existía esa calamidad, por lo menos en la forma de hoy: transcurrían los años más felices del país, y Daniel Riquelme se limitó a dibujar a su manera los tipos con que había hecho la campaña, que marcó su carácter y que no olvidó nunca.

Fué, pues, el intérprete insuperable del roto y del futre, convertidos en soldados de la noche a la mañana, y "Palotes", es decir Don Diego, el historiógrafo, solía reprenderlo paternalmente porque no daba comienzo de una vez a nuestros episodios nacionales.

¿Y cuándo y cómo, si sólo pensaba en sentarse bajo el emparrado de la fiesta criolla y sin fin de su vida?... Hasta que en una de esas lo pilló la muerte, lejos de su ambiente y de sus parras.

Murió ignorando que era un gran escritor, no por la cantidad ni la densidad de su producción, sino por la originalidad de sus tipos —concreción del ambiente y de la raza: tiraba no sé dónde la entonación heroica y sus personajes populares conservaban intactas las palabras, logrando sin esfuerzo que la gracia y lo peculiar surgieran de la intención y no de la deformación folklórica: al asalto del Morro, por ejemplo, lo llama "un trancazo a lo Mena"...

—¿Y ese toque? —preguntaba un futre recluta y primerizo al oír las cornetas que mandaban "botar los rollos" y avanzar hacia el enemigo.

—Es para amarrarse los pantalones y escupirse las manos —contesta el roto fogueado.

IV

Su quinta y sus claveles se reducen ahora a un pedacito de tierra, y, como digo, me remordía la conciencia por no haber llegado antes ante sus despojos, que, evidentemente, estarían cubiertos de flores. Le gustaban tanto, máxime las rosas encarnadas y con un poquito de polvo en que sumergir la nariz flanqueada por la verruga color mosto... Y cuál no sería mi sorpresa y mi pesadumbre, al no ver ni una sola flor sobre los huesos del que instituyó una especie de premio andaluz para el balcón más florido de Santiago del Nuevo Extremo.

Ni una, mientras en los pudrideros cercanos se amontonaban bajo las cruces que abren los brazos para que se paren los pájaros a cantar, a espulgar-se o a hacer el amor.

Y, lo que es visitas, ni la de Irene Morales, la cantinera, ni la de Chávez, el asistente y cazuelero insigne que nunca dejaba de dar con alguna pollona.

Por fortuna, si sus despojos, aunque sin flores, están en el camposanto, su espíritu está en sus obras, y por esto, y, aprovechando la Exposición del Libro, se largó de nuevo de piropo y floreo, como cuando cantaba en el Municipal la signorina Gabbi.

CANNING, "LORD CALLAMPA" Y LA INDEPENDENCIA AMERICANA

I

Era mucho más criolla y pintoresca la Cañada que vió entrar a Baquedano tranquilo e indiferente, en medio de la ovación, como si en vez de regresar victorioso viniera de Renca.

En las tardes de verano, pasado el calorcito de la siesta, tocaban las bandas y las damas coetáneas de la entrada a Lima, usaban polizón y sombreros que eran una interesante exposición de flores, frutas y, aún, de aves de jaula.

Entre la concurrencia y el polvo levantado por las polleras de cola arrastrada —las damas no mostraban aún las piernas ni nada— circulaban airosamente heladeros, moteros y dulceros con el tendal de alfajores "oleados" sobre una tablilla cubierta con un mantelito almidonado y fileteado a mano:

"—Dulces surtidos y aloja de culén..."

Según las "Memorias de un oficial inglés", traducidas por don José Toribio —el cual no debe haber estado perdiendo su tiempo bibliográfico en el otro mundo— donde actualmente se hacen y deshacen plazas, cantaba "la monona" tonadas primorosas.

Ahora, en cambio, se ve menos gente de a pie y más de pedestal —colocación incómoda y demasiado espectral que incita a que digan cualquier cosa los que pasan...

II

Entre la calle del Dieciocho y la de Castro, lado sur o del sol, empieza a elevarse un paralelepípedo de piedra azul, en que muy luego aparecerá Canning, cuyo apellido al castellanizarse va a dar más de una sorpresa festiva al enérgico sucesor de Castlereagh.

Canning era elegante, espigado como un palo de buque empavesado, parecía que venía saliendo de un baño de agua de mar y tenía el ojo frío, duro y, sobre todo, de mucha visión, como William Pitt.

En efecto, hizo una serie de esas cosas que, lejos de desaparecer, se han convertido en una creación continua: confinado Napoleón en un islote calcinado, Canning sacó a Inglaterra de la Santa Alianza, la santidad de cuyos proyectos reaccionarios no aceptaba; sostuvo luego el principio político de la no intervención en los asuntos interiores de los países europeos; se parapetó en las islas circundadas de navíos nelsonianos, es decir, a la vela y de tres puentes; empezó a mirar con catalejo —cada inglés tiene algo de isla y de marinero— y no tardó en enterarse de que en el remoto Nuevo Mundo se agitaba una multitud de embriones, de diversos tamaños y colores, que querían largarse solos porque, según ellos, habían llegado a la mayor edad.

El célebre Ministro metió los ojos en el futuro y comprendió *in limine*, que los intereses y los principios británicos concordaban perfectamente con la libertad, por lo menos política, de estos países. ¿Por qué no?

En consecuencia, enfocó con mal gesto los designios de reconquista: Fernando VII quería recuperar sus an-

tiguas colonias, y con este objeto intrigaba activamente —especialidad en que era insuperable—; pero, afortunadamente, sus cabalas prohiadas por la Santa Alianza, chocaban inconciliablemente con la libertad comercial sustentada por Canning, el cual notificó perentoriamente, en 1823, al Príncipe de Polignac, que “sería inútil cualquier esfuerzo o cualquiera intentona encaminada a reducir a la América a su antigua dependencia”.

¡Mon Dieu! —debió murmurar el duque versallesco, acomodándose la chorrera de encajes trastornados con el pescozón del inglés.

Canning empezó a nombrar cónsules en las ciudades más importantes de América, y cuando el Gobierno de Fernando VII, el bien amado, creyendo hacer una jugada de gran estilo, toleró el comercio libre de sus antiguas colonias, el grave “The Times”, dijo con un buen humor digno de los caricaturistas del “Punch”, que España permitía lo que no podía impedir...

En 1825, el Gobierno inglés anunció su resolución formal de reconocer a los nuevos Estados, y el 12 de febrero y el 6 y el 18 de abril de aquel año, celebró tratados de amistad y comercio con Buenos Aires, México y Colombia.

III

Meses después de esos arreglos, don Mariano Egaña —“Lord Callampa”, según Irisarri o don Diego Portales, ambos insuperables para poner motes— lograba, al fin, ser recibido después de muchos calcorreos, y soponcios. Don Mariano iba en reemplazo de Irisarri y propuso un tratadito, escrito en papel de barba, que llevaba bien abrigado bajo el chaleco de terciopelo con botones dorados.

"Aguárdese hasta saber qué forma de Gobierno se dará su país" —le contestó Canning, el cual, como se ve, estaba bien impuesto del período de anarquía que se extiende desde la caída de O'Higgins, en 1823, hasta la dictadura conservadora en 1830.

Era como decir que esperara sentado.

"Inglaterra —agregó Canning echándose para atrás— no trata sino con gobiernos sólidamente establecidos, y Chile no está completamente organizado".

Egaña contestó que el Ministro no estaba bien informado, y éste replicó que lo estaba y, para más señales, por una persona muy conocedora de las cosas de Chile...

¡Chismes de mi maldito antecesor! —debió pensar el integérrimo "Lord Callampa", para el cual Irisarri —tratado con realidad de daguerreotipo por Ricardo Donoso— fué una bestia negrísima, máxime después del expurgo hecho por don Mariano a las cuentas, muy parecidas a las del gran capitán, del empréstito aquel que se hizo cera y pabilo.

En resumen, el célebre Ministro se opuso a la reconquista española, coadyuvando así eficazmente a la Doctrina de Monroe, aparecida dos meses después de la categórica respuesta británica al Príncipe de Polignac. Esto es evidente; pero no es menos evidente el rechazo de nuestro agente, el cual no firmó ningún tratado; pero en cambio, contrató a Bello.

Canning merece, pues, un monumento chileno por su alta calidad de campeón de la independencia americana en general; pero no de la de este país, en especial.

IV

Los Estados Unidos y Mr. Rush, su representante en Londres, habían declarado a Lord Castlereagh, antecesor de Canning y conservador recalcitrante, "que su

Gobierno deseaba la completa emancipación de estos países y, a su turno, el Presidente Monroe había dicho al Congreso de la Unión "que los dominios peninsulares que habían declarado su independencia debían ser reconocidos e incorporados al rango de los Estados soberanos". No se olvide la fecha de esta declaración: marzo de 1822.

A su vez, Quincy Adams, mezclando la ironía con el buen deseo, declaró al representante español que "los Estados Unidos creían llegado el momento de que la misma España reconociera la independencia de estos países..."

Como se ve, la poderosa Inglaterra y el futuro super país, obraban tácitamente de acuerdo; pero Jefferson, y luego Adams, precedieron al Ministro inglés en el reconocimiento de la independencia americana y, en consecuencia, sería de justicia que la estatua de Canning enfrentara a la de aquéllos. Y, en caso de divergencias históricas sobre el particular, Washington, honra de su país y de la especie humana.

UNAMUNIZANDO.—EL HOMBRE LLAMA

I

Hace bastantes años, don Miguel visó benévola-mente mi pasaporte literario al juzgar una novela llamada "Vida Nueva", que, a lo mejor, no tenía nada de lo primero ni de lo segundo, y el autorzuelo mapochino y presuntuoso no tardó en ir a meterse a la Península.

Caminaba monótonamente el año 1905; España seguía intoxicada con el estupefaciente del desastre colonial; Costa vociferaba estentóreamente sus diagnósticos quirúrgicos y la élite intelectual leía y meditaba el "Idea-rium" de Angel Ganivet.

Tiempos de "añublo", como dicen en Castilla cuando cae la niebla arrastrada.

Con todo, se iba a los toros, a las verbenas, y al teatro de la Princesa, y la Puerta del Sol estaba empapelada con los cartelones escarlatas que pregonaban la novela en que Blasco Ibáñez buceaba en el dolor, entonces en potencia, y que alguna vez tenía que convertirse en tragedia colectiva: "La Horda".

II

Salamanca, vía Medina del Campo. Trasmontamos la sierra, entonces de otoñada y ahora de sangre; pasamos ante Avila, ceñida con su cingulo de murallas, y en esta primera ojeada a las viejas ciudades levantadas alrededor de una torre gótica o barroca para vivir combatiendo o rezando, empecé a columbrar la razón fundamental de la colonización de las Américas: Castilla es una especie de tejado moruno, y cuando allí se supo del sortilegio del Nuevo Mundo, por esa mediagua sobre el mar se echó guarda abajo la gente de trueno que partía en unos galeones como arcones con algo de retablos.

Para llegar hasta Unamuno había, pues, que impregnarse de la Alta Castilla, que es lo que forjó a fuego y hierro una unidad política extraña a lo étnico y lo geográfico. Y retenía aún en los nervios ópticos Avila, orando en medio de la llanura pedregosa, cuando ya estábamos en Salamanca, donde perdura la Edad Media con sus tumbas empotradas y el Renacimiento con sus Universidades platerescas. Por algo más que la simple casualidad —pseudónimo del Destino— fué a parar Unamuno a la ciudad que Isabel la Católica solía llegar con un ejemplar del "Oficiis", de Séneca, y a oír a Pedro Mártir.

Junto con pasar el Tormes por el puente romano, pensamos, como si nos saliera al encuentro, en aquel gran fraile —Francisco de Vitoria— verdadero precursor del Derecho Internacional, que tuvo la enorme audacia moral de sostener ante Carlos V que la conquista de América carecía de toda base jurídica.

Pasamos ante una serie de construcciones de piedra, labrada con primores de encaje, y llenaba las calles en que sólo faltaban las andas de Cristos y Dolorosas,

una multitud de dominicos de San Esteban, de estudiantes de capa y libraco y de "charras" peinadas de rodete y con arracadas de plata en las orejas de caracol. Se diría que la ciudad entera ha logrado evadirse de la vida de hoy, y se explica fácilmente que en un ambiente como ése tenía que aclimatarse y prosperar, tanto el odio unamuneco al siglo XIX, como su anhelo desesperado de deseuropeizar a España y españolizar a Europa, que ha hecho tanto arte y tan poca felicidad...

III

Una sala llena de silencio que huele a rata y a pergamino. Aula en que el perverso Mefistófeles no hallaría a Fausto ni a su perro, sino a un santo laico.

Por ahí cerca estaba la cátedra de "Fray Luis Ponce de León", y de pie, ante la mesa de prior, don Miguel de Unamuno y Jugo: un cuerpo con rectas de ataúd; vestimenta de presbiteriano; ojos en que se mezclaba la dureza y la bondad y unas barbas que no decían nada. Para barbas de profeta o de nigromante, las de Valle Inclán, que llamó a don Miguel "el último grande de España".

Sobre la cabeza, predilecta de la caricatura, el lápiz formidable de Bagaría dibujó una calavera con alas, que bien podían ser de ave nocturna, y en las órbitas vacías, unas florecitas de camposanto. Pero Bagaría no la acertó esta vez: el gran vasco —grande como inquietud y como ansia desesperada de superación y supervivencia— no era una calavera más o menos shakespereana, sino el inquisidor Niño de Guevara en pinta: en efecto, el anhelo de libertad de Unamuno "pertenecía más al tiempo del Dante y Savonarola que al literatismo del siglo pasado".

Empezó hablando con la lentitud silabeada de quien sabe frenarse ante gente venida de las Américas; pero luego principió a despotricar contra las novelas de Blest Gana, lo que bien pudo acarrearle alguna molestia, porque un hijo del novelista, que manejaba el florete o la pistola como don Miguel la pluma de ave, estuvo decidido a ir a Salamanca a ajustar cuentas literarias a aquel crítico generalmente poco benévolo, salvando lo presente.

—Blest Gana —dije, metiendo la cuchara— es un producto de nuestro ambiente y hay que saborearlo en su propia salsa.

El maestro se llevó las manos a la espalda, como si fuera a sacar algo; irguió la barbicha; me enfocó con los quevedos inquisitoriales y, tomando la última palabra de mi breve alegato blestganiano, hizo con éste una pajarita y luego una pelotilla y lo lanzó lejos.

—Producto del ambiente..., pero sin el vigor ni la personalidad gaucha de Sarmiento —dijo coscachando la mesa, que sonó en seco.

Continuó disertando a manotones; hizo otra pelotilla con no sé qué, e iban apareciendo a pedazos, como en la sopa, algunos parrafitos de sus libros, y mentó con unción a la ciudad en que “vivía luchando y rabiando”, frase que basta para comprobar el juicio de Navarro Tomás sobre el estilo personalísimo de aquel hombre en ignición y que bien pudo ser un místico con mucho de sofista.

Habló luego de erudición, condenó la prodigalidad documental de Barros Arana: dijo que la historia debe ser visión y, como si alguien pudiera ponerlo en duda, agregó, que don Quijote y Hamlet son más reales que Cervantes y que Shakespeare.

Nueva pajarita...

La vida aún no planteaba los problemas amartillados de hoy, y la charla del insigne paradojista con algo

de calavera, no se acercó en ningún momento a los problemas que al coger furiosamente al país fundador, también habrían de devorar al "escritor-río".

Aún estaba lejos el dolor colectivo que agrieta toda la vida actual; pero la inquietud y la amargura habían tomado ya la cabeza ascética del vasco medio profeta.

Cuando salimos, el sol del atardecer doraba la estatua de Fray Luis y en las viejas calles, hechas para que en ellas avanzaran entre sirios los Cristos de imaginaria, seguía rodando el tropel monótono y circunspecto de frailes, estudiantes y menestrales, mientras el hombre llama, que más que a vivir aspiró a sobrevivir, iba ahondando en un libro que escribiría después, y que es la más gran acumulación de ideas del pensamiento español contemporáneo: *"El sentimiento trágico de la vida en los hombres y en los pueblos"*.

SAN JUAN CRISOSTOMO

Cada vez que siendo peneca solía oír su nombre onomatopéyico, me lo figuraba golpeándose el pecho con una piedra berroqueña o prosternado en medio de una gruta sembrada con los parietales y temporales de las numerosas víctimas de un león apostado al lado afuera de su cueva de eremita... Equivocaba, como se ve, a San Jerónimo con San Juan Crisóstomo, cuya actividad más genuina y personal era la oratoria; pero no para "tramitar" a nadie, sino para decir unas verdades de a puño. Lo llamaban "boca de oro" y no exageraban.

Por lo demás, lo suponía definitivamente momificado por los mil setecientos años que lo separan de estos tiempos, en que las cosas, salvo algunos cambios y remontas materiales, continúan más o menos como en Antioquía, Alejandría, Sodoma, Gomorra, el Bajo Imperio y otros sitios de pésima reputación.

En todo caso, no parecía fácil arrancar al "boca de oro" un vendaje de diecisiete centurias, a fin de hacer resonar de nuevo sus homilias ante las indecencias y las pilatunas de hoy.

Conste, por lo demás, que por mucho que volviera a predicar, nadie le haría caso, aunque el fogoso homilista se afeitara los bigotes, como Mussolini, o se los

recortara, como Hitler, porque la gente está más para cohechos y sobornos que para homilias.

Sin embargo, el autor ha realizado el milagro de reactualizar a San Juan Crisóstomo; así es que cuando supe que estaba de cabeza en esta tarea, fui a enterarme personalmente de lo que hubiera sobre el particular, y a poco nos hallamos ante la Tebaida colonial en que vive y escribe un presbítero y pensador, que es uno de los poquísimos que aquí han comprendido sinceramente, es decir, en forma apolítica, la urgencia de ir a la renovación estructural a que, por las buenas o por las malas, van entrando todos los pueblos.

Su casón de fines del XVIII acampa en medio de eucaliptus y palmeras, con sus rejas de cobre y sus corredores enladrillados —los mismos en que hace cien años se paseaba don José Miguel Infante, el federalista, envarado en sus teorías— y en ellos se enfila ahora una multitud de mármoles de los tiempos en que el mundo antiguo entraba a otra era, prosiguiendo una evolución, o como quiera llamarse, que después de dos mil años continúa de mal en peor.

Pues bien, ese caserón, que en cierto sentido es lo más sugerente de Santiago del Nuevo Extremo, viene huyendo, evidentemente, del cemento hecho rascacielos, y está poblado de sarcófagos y capiteles grecorromanos que han venido a parar a Ñuñoa, a fin de escapar de otra quebrazón...

Nuestro ilustre amigo, como se ve, se ha rodeado de un ambiente de arte, que incita a las evocaciones, y ya han reaparecido "Cicerón" con sus Catilinas archiclásicas y "Savonarola" con su voz de "miserere". Y como el autor no podía quedarse en Cicerón con su dialéctica, ni en Savonarola convertido en fuego de San Telmo, por orden de los Borgia, acaba de exhumar las homilias crisostomianas, dedicándolas "in-mente" a cier-

tos personajes de hoy, lo que no tiene nada de extraño, porque, con maquinismo y todo, el género humano sigue siendo el de siempre, como pasiones, apetitos, intrigas, tragaderas y mangoneos.

Hace mil seiscientos años (¡no es nada lo del ojo!) eran, como es natural, diversos los indumentos y las costumbres; pero esto no podía impedir que los caracteres continuaran siendo fundamentalmente los mismos, porque el hombre no cambiará ni esto, mientras la endocrinología o un poder extra-humano no lo rehaga o lo "vire"... El actual —y está probado—, tiene demasiadas glándulas, demasiados nervios, demasiados instintos y demasiados apetitos y, sea cual sea la época y el paisaje, continúa siendo una fiera, cuyo maquinismo portentoso es la miseria o la guerra, y que lo único refractario al tiempo que ha podido producir, es la épica del dolor, los sueños o la ironía.

En efecto, después de dos mil años, resulta que, o se reajusta o perece todo, lo que quiere decir que la civilización, la libertad, el progreso han resultado la más trágica y artificiosa de las mentiras; que durante miles de años se ha estado trabajando y sufriendo inútilmente, y que hay que empezar de nuevo porque el dolor y la desesperación han cerrado y ensombrecido todos los horizontes.

He ahí por qué no han perdido su actualidad permanente las homilías en que el célebre Patriarca estigmatizaba todas las fechorías, máxime las de arriba: prédicas y admoniciones inútiles porque, como creía el gran inquisidor que Dostoiewski hace aparecer en "Los Hermanos Karamazov", una religión de caridad y mansedumbre es algo supremamente hermoso, pero muy superior al hombre, provisto de unas glándulas tremendas y de un cerebro lleno de orgullo y de egoísmo.

En consecuencia, es de la mayor urgencia lanzar un modelo humano menos voltaico, menos complicado y menos paranoico que el actual, es decir, un hombre con menos pasiones, menos vientre, menos uñas y menos médula espinal... Un substituto, en una palabra, del tremendo monito de Darwin y de su "struggle for life" aunque disminuyera el número, tan reducido por lo demás, de las obras de arte que va dejando cada siglo, y las cuales maldita la falta que hacen, porque la Humanidad podría seguir viviendo sin la compañía espectral de Hamlet o Don Quijote; pero no desnuda, desgarrada y contenida a duras penas por la fuerza.

Tal es —perdón por la audacia—, una de las anotaciones escritas al margen del nuevo libro de Alejandro Vicuña, libro magistral como docencia y que cómo forma escapa elegantemente de los repujados del finado academicismo, como de las contorsiones y acrobacias de lo ultraico.

Hay otro acierto superior en el último libro de este gran laborioso, que sigue su camino y su obra sin preocuparse, para bueno ni para malo, de las resonancias locales de que sólo disfrutaban diestra y vorazmente los que merodean cerca del poder y sus ramificaciones de pulpo: el acierto difficilísimo de que la aglomeración del momento en que se entrecruzaban el Oriente y el Occidente, no alcance a desdibujar la figura miguelangelesca del Patriarca impregnado con la Doctrina dulcísima y apocalíptica que inspiró sus homilias y, muchos siglos después, las encíclicas en que los últimos Pontífices, más cerca de los pobres que de los poderosos, vuelven a hablar el lenguaje conmovedor del Sermón de la montaña.

ESPAÑA: EL ACTOR TRAGICO DE EUROPA

Aun en el caso de triunfar desde el primer momento la revolución de julio de 1936, este éxito sorpresivo habría tenido que reducirse al orden policial y varsoviano, porque parece evidente que si la revolución hubiera intentado resolver el problema de la tierra, acaparada por unos cuantos; de los salarios de ochenta céntimos; de la alimentación a base de gazpacho, de la vivienda, la alpargata y el analfabetismo, etc., las fuerzas que la propulsaron no habrían tardado en cambiar en hostilidad armada su apoyo a la rebelión.

Olvidaron, en efecto, los generales de 1936 que está lejos el período que siguió a la muerte de Fernando VII, el "bien amado"; que hoy no significarían nada constructivo las hombradas de Espartero, o los arrestos de O'Donnell, Narváez, Serrano —"el bonito"—, o Pavía el del tabaco fuerte: no basta, efectivamente, que Franco, Mola y Queipo, el locuaz, se hayan tostado bravamente en el Riff africano para rehacer el país en que ciertos elementos, reducidos como número y limitados como visión, han sido los dueños casi exclusivos de la tierra, el dinero y las influencias de todo orden acaparadas y detentadas durante un período incontrolado e inmemorial.

Y, si siempre ha sido algo enormemente complicado y laborioso cambiar de tiempo y de fisonomía lo arcaico, en parte alguna es esto más heterogéneo que en España, por tratarse de un organismo geográfico en que se yergue irreductiblemente lo regional con su idiosincrasia y sus intereses contrapuestos al centralismo a base monárquica.

En cuanto, a su vez, a lo racial o etnográfico, por ese impresionante laberinto de sierras, valles, istmos, montañas, cuencas, rías y vertientes, pasaron los fenicios, los griegos, los celtas, los cartagineses, los romanos, los visigodos, los musulmanes... Ahí han acampado o han pasado todas las razas, y España, en consecuencia, es un complejo de sangres, tipos y atavismos, diversos hasta lo antagónico.

Los primeros eran comerciantes y marinos muy hábiles y audaces; los segundos, aventureros y artistas; ávidos, suntuosos y guerreros los cartagineses, y expansivos y moldeadores de nuevas formas de gobierno los romanos. No terminaron con éstos las invasiones sucesivas y como sólo es una frase injusta y despectiva eso de que Europa termina en los Pirineos —la Península es, más bien, “una isla de los confines de dos Continentes”—, a ella continuaron arribando diversas razas foráneas, que ahí encontraron una diversidad total de clima, tipo y producción —base inicial de la formación de grupos aislados y de la tendencia separatista; el país está dividido en sectores, céntricos y excéntricos, sin más nexo que las creencias y sin más característica común que un individualismo intransigente que no acepta el centralismo ni el comunismo, ambos contrarios a la formación y al carácter español.

Nada más diverso, por lo demás, que el hombre de cráneo redondeado de las vertientes del Mediterráneo, al de cráneo alargado de la región del hierro y las olas

embanderadas de espuma, como si estuvieran en guerra... En guerra civil.

En el sur, alminares, cortijos y nubes apelotonadas sobre un cielo de azulejos.

Al norte, a su vez, hierro, clima frío o encendido, como los hombres de cara huesuda y ojos azules, que tocan la gaita, que beben sidra en cacharros toscamente pintados y que la emprenden día a día con el Cantábrico hecho una furia.

En el centro, ciudades apretadas como un rosario en el puño de piedra de sus murallas. Se habla un castellano con algo de música gregoriana. La tierra pedregosa y abarrocada arde como una hoguera en estío y emergiendo de todo eso, la mezcla de fatalismo y de fe, de orgullo y de fiereza, que ahora alimenta la guerra civil, cuya duración angustiosa da rango de axioma al dicho popular de que en España podrá saberse cuando empieza una brega o una gesta; pero no cuando termina.

Un diálogo típico:

—¿Este es, mi amigo, el camino que va para Burgos?...

—Ni soy yo su amigo ni este es el camino que va para Burgos —responde el interpelado, montado de través en un asno peludo y de cruz alta.

El burrero se echa sobre la cara hispano-árabe su bufanda, que se apresura a tomar el viento y mira a lo Pizarro o lo Almagro, como si más allá del tejado castellano se encendiera de nuevo la visión del Nuevo Mundo.

Nada más diverso de región a región, y, sin embargo, la fuerza pudo contrahacer un todo unitario con ese conjunto tan desconcertante y dispar: llanuras pardas de la Alta Castilla —“vagina del Nuevo Mundo”—: valles encostillados de sierras; mares levantinos que como Sorolla se sorben la luz; rías asomadas como gárgolas en la tierra gallega y hierro, fraguas e Iñigos de Loyola y

Unamunos en el escenario de la guerra carlista. Y, como la diversidad geográfica, racial, filosófica y productiva es el índice de disconformidad irreductible, la unidad consumada por los Reyes Católicos fué algo sin solidez; pero momentáneamente necesario, porque una España disgregada no habría podido consumir la conquista y la colonización del Nuevo Mundo —empresa desmesuradamente superior a la población y los recursos españoles.

La unidad necesaria en el siglo XVI, dejó una serie de problemas en potencia y a la espera de una hora que tenía que llegar de nuevo, y que ahora ha coincidido con el momento en que en todas partes se busca desesperadamente una nueva organización económica y social.

Asistimos, pues, a la crisis suprema del unitarismo que dió al planeta el hemisferio que aún faltaba a su morfología; pero “la unidad que fué la fuerza, fué luego el fracaso hispánico”; porque para mantenerse, el centralismo de cuatro siglos necesitó el sostén de un sistema constitucional rudamente antagónico a una asociación federal (mantenida por el comercio interpeninsular) que acaso es lo único que podría poner término definitivo, es decir, basado en lo geográfico, al drama obsesionante en que España —corazón de la raza—, está haciendo de nuevo el papel de “gran actor trágico de Europa”.

LUZ DE MAGNESIO

Va a hablar Lipschütz —que como esquema físico-nómico y fotogénico, es una melena y una barba blancas perforadas por los ojos negros y vivaces—. Al aparecer la enorme barra estudiantil lo ovaciona largamente. Es el mago letón; viene de Los Guindos, donde dice que está como en el Paraíso, y va a hablar de antropología y razas.

Por asociación de ideas, y a pesar del sitio, recuerdo a Verdejo y a Juan Cuero, ya en estado de no poder con sus huesos, lo que bien puede ser causa de situaciones sorprendidas y desagradables, amén de que nunca ha sido cómoda la colocación de la gallina de abajo respecto de otros países del Continente.

Continuaba divagando, cuando resonaron de nuevo las aclamaciones al sentarse Lipschütz tras la mesita, destinada a los conferencistas.

La cátedra es su función habitual y la ocupa como si fuera a charlar con sus alumnos. Y ojalá lo fuéramos.

Tiene una voz suave, insinuante y sin el golpeteo del que se empeña por embutir por la fuerza una teoría o una idea.

Es un maestro que inspira confianza y curiosidad, emanación de su ciencia y de las referencias que han hecho de él Freud, Carrel y otros nombres universales.

Su cientismo es perfectamente asequible para los que lo escuchan y, además de amenizar hasta donde era posible la aridez de un tema eminentemente científico, su conferencia abrió una ancha trayectoria a la esperanza; porque Lipschütz es uno de esos médicos que reconfortan a los asaltados por la grave inquietud del porvenir nacional: pone una inyección de optimismo, y sus manos, tan expertas para trasladar glándulas y gonadas, avanzando hacia el cambio asombroso de un sexo por otro, subrayan ciertos conceptos, haciendo ademán de empujarlos con los dedos: afirma que todas las razas son semejantes...

Lo que, evidentemente, no quiere decir que un cholo, un negroide, un gauchito o un araucano puedan llegar a ser un griego del siglo de Praxiteles o un florentino del Renacimiento.— No es eso lo que dijo el célebre fisiólogo, sino que todas las razas son semejantes en cuanto a las posibilidades intelectuales de llegar a un tipo humano de promedio. Cree absurdo aplicar a fardo cerrado el concepto de superioridad o inferioridad; recuerda las culturas precoloniales de los mayas, los aztecas y los incas, y sólo se explica el penoso estado cultural del mestizo indoamericano, por las condiciones poco favorables de su desarrollo.

No está, pues, de acuerdo con Hegel —aquel filósofo con cara de verdugo—, que sostenía que el Nuevo Mundo ha sido siempre impotente en lo físico como en lo espiritual—. Las fieras mismas —decía—, son débiles y pequeñas —ojalá—, y los animales comestibles no son tan nutritivos como los del Viejo Mundo...

Lipschütz no cree nada de eso porque lo inferior —en una gran parte del Continente, por lo menos—, no es precisamente la raza sino las condiciones nugatorias del ascenso social y cultural experimentado en aquellos ambientes en que el bárbaro evolucionó hacia el

hombre pasional y refinado del Renacimiento; hacia el puritano inflexible de la Reforma o hacia el aventurero visionario e implacable del Descubrimiento y la Conquista.

Hay una multitud de hechos probatorios de que no es la mezcla indo-española la refractaria a un desarrollo superior; y, en efecto, es curioso que los organizadores, tanto de este país como del vecino, fueron netamente criollos: Rivadavia, Mitre, Sarmiento, en la otra banda; Portales, Bulnes, Montt, Varas aquí entre el mar y la montaña.

No han sido, pues, las mixturas étnicas —tan propicias al tipo despreciable del *métèque* y del *deraciné*—, las que produjeron las cumbres raciales en el momento caótico de estructurar países sin haber nada propicio para la tarea genésica: al contrario, es lo profundamente arraigado al suelo, a la tradición, al ambiente lo que ha dado los archi-tipos, empezando por Bolívar, por San Martín, por O'Higgins, que antes que bastardo de un virrey arrivista, era hacendado y campesino chillanejo.

No es la raza la inferior —ni podrá serlo en un medio físico como éste—, sino el olvido indeclinable de que sólo el perfeccionamiento integral de la vida puede hacernos económica y biológicamente aptos para el porvenir.

—Las buenas condiciones de la higiene social —insistió el eminente investigador—, dan efectos sorprendentes.

Al hablar así, proyectaba una claridad de esperanza sobre el porvenir en sombras:

—La ascensión hacia el hombre medio —dijo recapitulando—, reside en las buenas condiciones de higiene social; y la luz azulada del magnesio iluminó en ese instante la fisonomía vivaz del mago habituado a cambiar el cerebro de las ranas...

En resumen, lo básico es el incremento y la cultura de la raza.

He aquí la salvación y, en efecto, cuando esas condiciones benéficas logran preservar sano y vigoroso uno que otro ejemplar racial, se producen los campeonatos de Anita; resuenan los puñetazos de Godoy o de "Fernandito", y parece que el reino aborigen continuara arqueando su garrote de pelea. Pero, a la inversa, cuando todo el desarrollo es abrogado por una moneda que es la astenia de los dos tercios de la población. Caupolicán cambia su garrote de luma por un tarro de lata y su poncho con greca blanca por un chaquet extraído de un basural...

DESCANSAR...

En los patios vagamente sevillanos que se ven al pasar, las tinajas de greda muestran la boca ensangrentada de cardenales frente a unas casitas blancas, y arrellanado en medio del paisaje se asienta un convento, construido por Toesca, y que tiene tanto de Escorial como de Santo Tomás, el de la Suma Teológica, el "hermanito" de la portería. Pertenece a los dominicos, cuyo capillo negro sobre la sotana de estameña blanca pone una nota frailería y castellana en este paisaje montuoso, en que no ha pasado nada; pero que es muy superior en todo caso a los que miran con ojos bovinos, sin comprender que tiene una estética propia, hosca, sin florcitas para el ojal y rico en los azules dorados del mediodía o los rojos de la tarde, cuando el sol se ahoga en su propia sangre, como decía Rilke.

Los hijos de nuestro padre Santo Domingo, los cuales heredaron oportunamente a no sé qué marqués colonial, tienen viña, cuyas cepas de faldeo producen mosto, guardado en chuicos, y sus dominios son dignos de fray Luis, el de las "Odas" y la "Profecía del Tajo"; campanas, cantos litúrgicos, hora de queda, oficio parvo, y en el portón, un hermano lego, cuya cabellera es una reproducción perfecta de los quiscos comarcanos, y cuyo cucharón caritativo reparte a los pobres la sopa boba.

Ando en busca de tranquilidad y de resuello, y ya instalado en Apoquindo empiezan unos días cortados a pedazos monótonamente iguales: desayuno, almuerzo, once, comida con cabrito asado como en las fondas de Santiago de Compostela... En cuanto se escapa de lo apasionante, el cuerpo, reatrapado por la tripa, sólo reclama sueño, siesta, cigarros, ocio y sospecho que sin la pasión y lo combativo, el hombre sería un gusano blanco, conformista y bien cebado.

Cerca del Hotel hay árboles y flores que durante el día se pegan una borrachera de todos colores, y que al irse la luz se refunden en la sombra en que, según un intérprete local, la sapa dice impudicamente, "aquí estoy"... "Allá voy" —le contesta el aludido, sin hacerse repetir la invitación al baile o a lo que sea.

Acallados los sapos y una radio prendada del "rancho grande", se oye patente el rumor de las hojas o de los brotes en acomodados y pintarrajeos de primavera. Se trata de un sitio muy digno, como se ve, de las escapatorias y los pasatiempos coetáneos de la levita y la Hortensia Lucero.

En la mañana, el cielo y el paisaje parecen de seda o, por lo menos, de percala estampada, y cuando aparece una muchachita, como las que solía pintar don Juan Pancho, se la traga la luz.

Encantado con la idea de escapar de la tinta consuetudinaria, al pasar, de ida, por el canal de los suicidios en agua que no tiene nada de romántica, echo al diablo un tomo de Huxley. He dicho que vengo a descansar y, además, hay que reconocer que uno está intoxicado de libros, insuperablemente hechos; pero que sólo registran algún problema, algún dolor, alguna paradoja o alguna porquería más.

¡Descansar!... ¿Pero, hay alguna manera de parar de improvisó la maquinita?

La soledad, en vez de detenerla, la excita, demostrando que nada se consigue con cambiar de paisaje si no cambian el ánimo y el oficio, que no tarda en tomar nota de todo... Aparece una recua de asnos cargados con leña de quillay, y conducidos al paso por un arriero tirillento; pero con cierta placidez en su cara de tierra mojada.

En un faldeo cercano, ¡y va de notas! un burro, encantado de la vida, muestra una dentadura de porcelana; yergue la cabeza exornada de unas orejas de trofeo; entorna los ojos, queriendo mirar el sol: aspira largamente el perfume de las retamas y lanza un rebuzno realmente impresionante, como que no había escuchado otro más optimista y sonoro.

—Es un burro muy enamorado —me informa el mozo, aludiéndolo encomiásticamente.

—Y como, además, dispone de buena voz, supongo que nos cantará algo de actualidad—, le digo.

De repente, aparece el hombre feliz en medio del camino, y en calidad de lustrabotas. Corrido por la activa competencia de sus colegas de profesión, un día se echó al hombro la caja de las escobillas y los betunes; avanzó con intenciones de sacarle lustre a la cordillera, y comprendiendo con plausible intuición bergsoniana que el éxito reside en llevar un artículo o una iniciativa donde no existe ni una ni otra cosa, ha logrado monopolizar el ramo de su brillante especialidad.

Yá con parte de noche, o de hipocresía, llegan algunos autos echando mirotazos con sus ojos o faros de lechuza. Extinguidos o por extinguirse, los autitos, que por ser de dos asientos disfrutaron de una reputación francamente sicalíptica, ahora sólo expedian los aerodinámicos y con buena compañía: amaos los unos a los otros. Creced y multiplicaos.

Regresan después de una jornada honradamente creacionista: tangos, "shymies, jazz band". Cabinet particulier.

Todo se queda en seguida en una quietud honesta y burguesa; los violines soñolientos bostezan un último "Allá en el rancho", y cuando el silencio de las altas horas se ha incautado del lugarejo en activa incubación de retamas para el burro sentimental, y cardenales para las tinajas color ocre, el Santiago nocturno tiembla a lo lejos, empozado bajo un resplandor rojizo que luego nos desvela, agigantando el fardo de ideas y presagios que creíamos haber arrojado junto con el último libro de Huxley...

¡Descansar! Y, cómo, si nadie descubre aún la inyección o el alcaloide destinado a detener de improviso la maquinita infatigable, que sigue funcionando —por suerte o por castigo.

Menos mal que la inactividad fatiga más que el trabajo.

UNOS HUESOS ILUSTRES QUE RETORNAN...

Ya están de regreso los huesos que Valenzuela Puelma usó en vida... Nació aquí por equivocación, evidentemente, y pagó con su sano juicio la corrida de ortigazos con que le acosaron sin tregua. Se mandó mudar ya medio loco y fué a dar a París, donde acabó de rematarse, y donde no tardaron mucho en darle tierra, circunstancia secundaria para los que se preocupan más de su obra que de sus huesos, los cuales bien pueden quedar en cualquier parte.

Quieras que no, los de Valenzuela Puelma han sido arrancados del suelo saturado de recuerdos en que se disolvían; habrá discursos al celebrarse el nuevo enterratorio y, seguramente, no faltará una calleja miserable y con tosidos de tuberculosos en qué estampar en una lata el nombre glorioso del que pintó aquella hembra espléndida, tendida como Dios la echó al mundo, y que ofrece a sus admiradores unas cerezas tan rosadas como su carne pecadora.

Pues bien, el presidente de la Sociedad de Bellas Artes, mi viejo amigo, quiere que diga algo con motivo de esta repatriación fúnebre. Acepto y me acerco contristado al embalaje en que vienen los restos del artista ilustre que salió de aquí como gato escaldado y que

vuelve... en los huesos. Estoy en el deber de escribir unas cuantas líneas sobre su infortunado propietario, aunque para ello tenga que arrancarme una vez más de las cosas de "actualidad palpitante", como dicen las gacetas políticas.

Conste, por lo demás, que decidí decir algo sobre esto tan melancólico y sugerente, junto con sentir la sonajera de los huesos, jugándose dentro del "chaquetón de pino", como decía Flaubert con los ojos saltados y dilatados ante la idea de podrirse bajo un confortable pino bretón.

Tenía poco más de veinte años cuando entré en relaciones con Valenzuela Puelma; iba a publicar unos cuentos, o algo parecido, y llegué donde él —calle Catedral, frente por frente con los Capuchinos—, a pedirle una carátula. Carátula de Valenzuela, y prólogo de Rubén. No estaba mal ni me andaba por los ramas.

Escribía en "La Ley"; era presuntuoso y peleador —uno empieza creyéndose mucho y cuando madura el seso, termina creyéndose poco o nada—, y el tal prólogo de Darío me había puesto francamente insufrible y mentecato. En prueba de ello, o sea de mi pretensión, quería que Valenzuela Puelma pintara para la portada unos cardos o abrojos, que en efecto, pintó con colores de sepia; pero que no llegaron a convertirse en carátula por razones financieras.

Valenzuela estaba entonces en toda la potencia de su talento; pero era ya un manojo de nervios expuestos a los aires colados del poblachón. Y como si esto fuera poco, para exasperarlo, tenía el mal del Viejo Mundo y de París, en que había trotado, llevando a cuestras al Salón Anual la carga preciosa de "La perla del mercado".

Había saboreado un buen bocado de la gloria alcanzada en ambientes capaces de fabricarla; se le había quedado en los labios y el espíritu, y como era poco cómodo

en materia de temperamento, se crispaba fácilmente y tomaba por persecución y hostilidad el estado cultural del poblacho de los aires colados en que un artista consagrado en París, era poco más que un pintor de casonas chatas y de adobe parado.

Lo visitaba casi día a día, y noté una y otra vez que solía quedarse con las pupilas dilatadas y fijas en una distancia indefinida.

—¡Eh maestro!... ¡En qué piensa!

Se acercaba a la copia de un fragmento de "Las hilanderas" de Velázquez.

—Mire eso... —decía.

Devoraba con ojos de alucinado el trozo estupendo, señalaba la mujer del primer plano; le pasaba las manos temblorosas por la nuca tibia y sedosa y era evidente que no se contentaba con pintar o copiar. Era algo más alto y doloroso: era el hombre hecho llama estremecida por el deseo trágico de crear...

—¡Eh, maestro!... Salgamos a refrescarnos...

—¡Mire eso! —repetía, pasando su mano femenina por la nuca que, entregándose a la incitación del artista, parecía que iba a echarse atrás, mostrando los labios húmedos, los senos erectos, el aliento encendido.

Nada de copias y trasposiciones, más o menos diestras. Intentaba crear y se extravió en el misterio oscuro y doloroso porque quería genializar, volar, clavarse las alas de Alsino en los brazos desgarrados por las espinas nativas y avanzaba rápidamente hacia la vesania total.

Me pedía que leyera lentamente, como si hablara en voz baja, y cuando terminé el cuentecito en que el *clown* niño, dice "quería ser artista". Valenzuela me dijo que iba a ponerle música.... Empezaba la locura.

Por la ventana entreabierta, se divisaba un trozo místico de la plazoleta enyerbajada en que trajinaba un capuchino viejo y barbón, correteando a los muchachos antes de la hora de queda.

—¡Maestro!... Salgamos.

Cogía su capa, arremangada por la punta de un paraguas que hacía el efecto de espadín; seguíamos bajo los aleros en cuyas tejas colgaba sus cuentas el rosario de la lluvia, y solíamos entrar a una especie de fonda en que tocaba la guitarra un vasco tuerto, carlista y con cara de fusilado.

Ahora, sus huesos vienen a penar cerca de "La perla del mercader", y de la mujer de las cerezas.

Bienvenidos.

EL CONDOR EN ROL DE GALLINAZO

Hace poco la emprendimos cerro arriba en demanda de un símbolo viviente —un cóndor, por ejemplo—, de la estación que empieza a iluminar árboles y mujeres, con el lápiz para los labios. Y, como anuncio del fiasco que nos llevaríamos, nos alcanzó a aletazos el pesimismo... ¿Íbamos en busca de cóndores engolados, como "un tal" Miguel de Cervantes Saavedra? Dimos con uno; pero en vez de los colores apercalados de la primavera, se puso a llover; los nublados entintaron el cielo hasta ponerlo hecho una grima y la perspectiva se cubrió de nubes como las de la oratoria de latiguillo.

Habíamos dado con algo, que si no era un cóndor precisamente, por lo menos lo había sido. Un cóndor venido a menos...

Parecía gallinazo y para colmo de percances, arreció la lluvia y el ex soberano, que en vez de volar se arrastraba, avanzó dificultosamente hasta un árbol lleno de brotes de seda verde, y sobre su lomo potroso fué cayendo una caparazón de hojitas rosadas.

Cerró un ojo —el único que le quedaba—; hizo la puntería y echó un mirotazo de tuerto. Ni pariente —pensamos—, del que anduvo a picotazos con Prometeo, personaje idealista y anticuado, como que sólo a él se le pudo ocurrir la idea de substraerse el fuego sagrado en vez de dedicarse a algo más standard como divisa. La erró medio a medio y fué clavado por Efaistos— una

especie de Caifás de la mitología, y de aquel entonces.

Pasó un cuidador en ese momento, y el pobre cóndor remó hasta el alambrado de púas en demanda de una piltrafa cualquiera. Hasta hizo un ruido como de pordiosero, y no pudiendo alargar la garra, estiró el pescuezo, ya sin corbata de frac porque, como queda dicho, habían emplumado hasta con su gola nobiliaria.

Rateaba y mendigaba, y, según el cuidador, había dado en la flor —donde fueras haz lo que vieres—, de substraerse cuanto pillaba en los corrales cercanos.

De puro hambriento y ocioso, empezó a espulgar con gran pericia, y no le faltaba sino un tarro en el pico para convertirse de una vez, de cóndor en pordiosero.

Opacadas y legañosas sus pupilas de brasa, miraba con humildad rastrera y que en el fondo es odio, sobre cuya justicia no es el caso de pronunciarse. ¡Había abierto sus alas poderosas sobre tantos tronos y blasones desaparecidos o pasados de moda!... Ahora se arrastraba en busca de un tronco emporcado de deyecciones en que se encaramaba a meditar en la fragilidad de las cosas humanas. Vanidad de vanidades.

¡Maldición! En vez de planear y rondar entre picachos encendidos por el sol que más calienta, se veía reducido a cultivar relaciones con un asno de la vecindad, el cual, alzando bizarramente sus orejas de plumerillo, emitía unos magníficos sostenidos líricos al divisar algún avión absorbido por el azul del cielo.

Irónicamente primaveralizado por los pétalos adheridos a sus plumas casposas, había el más perfecto derecho para dudar de que se tratara de un ex cóndor y con la gloriosa redondela roja cosida en la diestra, no hay la menor duda de que habría parecido un sobreviviente de 1879. Ambos habían venido a menos, y como para parodiar más fielmente a un inválido de guerra, a éste le faltaba una pata y producía un ruido de azadón cuando daba en la tierra con el hueso al aire.

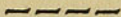
Le habían arrancado la cola para hacer un plumero o una escoba; sus alas conservaban fielmente el corte y, sobre todo, el largo de los chaqués coetáneos de la entrada de Baquedano y de la gola cervantina no le quedaba sino uno que otro luquete escapado del desplume con fines de barrido.

Como se ve, había sido degradado y caricaturado: más le valdría no haber nacido, y cualquier día aparecerá muerto de hambre, como un veterano cualquiera.

Empezaba a dormirse ensartado en su única pata, y, equivocando la hora de recogerse con la de empezar el santo día, un gallo cantor y pendenciero empezó a hacer el *chanteclair*.

El cóndor, con la cabeza descrestada y llena de costros, se retiró cojeando hacia el rincón de las piltrafas... Quería dormir —“soñar acaso”—, y no acordarse más de sus primaveras en las cumbres.

En ese momento asomó su cabeza docta y afelpada un asno, también provecto, con el cual cultivaba relaciones intelectuales tan cordiales, que ambos proyectaban escribir una obra sobre las múltiples ventajas del afrecho y la pesebrera, sobre la blancura del picacho y del trote y la albarda, sobre el vuelo y la hélice.



Y ya que la erramos en cuanto al hallazgo de un símbolo alado que poner bajo el cerezo japonés, enfocado por “*Ayax*” en su “*blossom time*” tuvimos que contentarnos con el espectáculo de un modesto chincol prendido como un nota de tango en una rama que goteaba lluvia y pétalos.

LAS PLUMAS DEL MORRION...

DIPLOMATICO

Se habla de la próxima defunción del uniforme diplomático. Un sismo para las plumas del morrión... ¡Adiós bordados a mano y adiós espadín donjuanesco! ¡Sobrevivientes tenaces del Congreso de Viena! Arreos, encanto de las damas; de Talleyrand, cojo, y de Metternich, lince.

¡Y pensar que hay gente que se pasa soñando con esas prendas mandadas guardar en espera de algún bailongo de fantasía o de alguna farándula de estudiantes! Menos mal que la medida de que se trata disminuirá automáticamente el número abrumador de los candidatos.

¡Pero usted usó uniforme! —se me dirá—, apuntándome con el dedo de punta.

¡Sí, señor! Era de reglamento; pero estando en Madrid escribí a uno de los funcionarios de la Cancillería, encareciéndole la conveniencia de pensar de una vez en la exoneración de la casaca, en vista de su aspecto y su costo de carro alegórico.

Yo llamaba "la salida del circo" a las efemérides en que había que emplumarse y concurrir de punta en blanco a alguna majadería protocolar.

No se ha escrito la historia anecdótica de la diplomacia indoamericana en general.

A fin de llenar siquiera en parte tamaña deficiencia, anticipo, desde luego, una que otra anécdota: hace años el señor Barros Luco fué informado confidencialmente de que el representante chileno en Buenos Aires podía ser apaleado en cualquier momento a causa de las "provocaciones" que se le atribuían —apaleadura que podía traer la guerra, según el informante diplomático de don Ramón, en funciones de Canciller en ese momento.

—Tranquilícese, Dr. Quirno —respondió el señor Barros, cruzando las manos sobre la cadena con guardapelo—, y cuente con que en caso de producirse el incidente de que usted me habla, aquí procederemos a apalearlo en cumplimiento de las reglas de la reciprocidad... En seguida —agregó don Ramón—, ambos Gobiernos se darán mutuas explicaciones y no habrá tal guerra...

He aquí una "salida", que vale por todos los uniformes. Como que no son éstos los que hacen al diplomático.

En todo caso y para bailoteos y comidas con los codos soldados al enrejado de las costillas, basta y sobra con el frac, más uno que otro colgajo, siempre que éste sea otorgado por algún Gobierno solvente, condición *sine qua non* porque no está demás tener presente que hay sociedades históricas, internacionales y antropológicas, que se dedican de preferencia al expendio de insignias, títulos y preseas de todos precios: una *etoile cravaté*, por ejemplo, quinientos francos; una encomienda con corbata y placa, doscientos; una oficialía, un bistek con dos huevos a caballo.

La abolición, además de otras ventajas, suprimirá la tentación de alterar el uniforme según los gustos del interesado. Como suena: conocí un representante, eminente; pero un si es no es pintoresco, que reorganizó en forma prócer de 1810, la casaca y otras prendas de regla-

mento: el cuello, abierto en ángulo agudísimo hacia la epiglotis, elevó su altura hasta el glóbulo o perilla de las orejas; hizo alargar audazmente la longitud de los faldones forrados en raso color guinda; se atrincó la cintura con una banda tricolor en vista de su asimilación a general de división, y en vez de una, le puso franjas dobles al pantalón de parada.

Honrado con una consulta técnica sobre dichas innovaciones decorativas, respondí que me parecían tan acertadas, que si el señor Ministro las completaba poniéndose espolines y charreteras, iba a parecerse notablemente a don Bernardo O'Higgins, símil histórico que dejó muy complacido a Su Señoría.

Apenado por su falta de condecoraciones, otro compatriota en plan exterior creyó que no había inconveniente alguno para que procediera a colgarse los premios de constancia obtenidos en su calidad de miembro del Cuerpo de Bomberos y los cuales, evidentemente, eran mucho mejor ganados que las latas protocolares que pudieran llegar a adornarlo, haciendo justicia a sus méritos.

Otro —y por fortuna este no era compatriota—, tuvo en Madrid una ocurrencia que fué un gran éxito, inclusive en la Corte: llegado el momento de ser instruido acerca de la hora en que sería solemnemente recibido en el alcázar Real, el Introdutor de Diplomáticos —se lamaba Pie de Concha y era una enciclopedia en materia anecdotaria—, preguntó al Excmo. señor Membreño si ya tenía listo su uniforme...

El aludido, gran admirador de las excelencias del jerez de solera, se rió a carcajadas:

—¡Qué uniforme, señor conde!...

¡Primera noticia que tenía!

—El que el señor Ministro va a ostentar el día de su recepción.

—¡Ah, sí, hombre!... ¡Tiene usted razón!... ¡Listo y si quiere se lo muestro!

Ocultaba el hecho de no tenerlo hasta ese momento, temiendo no ser recibido con el ceremonial del caso... Se trasladó sin pérdida de un segundo a una sastrería de la calle del Arenal, donde encontró de pie en la vitrina, aunque sin pies ni cabeza, un uniforme del Ministro de la Corona, al cual no había más que amputarle el largo de las piernas y ensancharle las costuras del valle. Lo canceló al contado violento y cuando el conde fué a buscarlo en la carroza de la Cenicienta, su sorpresa fué indescriptible al ver al nuevo representante embutido en uno de aquellos uniformes llenos de ojos bordados y muy abiertos y que a veces... hacían el ojo gordo.

—¡Qué hacer por San Bernardinol... —pensó el conde Pie de Concha—, o de lo que fuera—, ante lo inesperado del acontecimiento que venía a enriquecer su enciclopedia anecdótica.

—¿Suspender la recepción?

—¡Imposible!

—Está usted muy majo, señor Ministro —dijo al fin, el conde, y el Excmo. señor Membreño avanzó con gran prestancia hacia la carroza orlada de escudos y en la cual ubicó sus posaderas como en lo propio...

¡Sólo le faltaba la *etoile cravaté*!... ¡Qué zonzos no haberse adquirido una de ocasión a su paso por París de Francia!

—¡Va usted más chulo que un ocho! —le dijo una lotera al pasar por la calle del Clavel.

Traspasada la escalinata regia y el camión destinado a agüaitadero, el Excmo. señor Membreño y su brillante séquito no tardaron en presentarse al Monarca, hombre de buen humor borbónico. Repuesto de su sorpresa al ver a aquel "tío" que avanzaba con traje de Ministro español, encontró muy festivo el caso, y recibidas las Cartas Credenciales de que venía abarrotado el nuevo representante, don Alfonso XIII, estrechó la mano peluda del señor Membreño, y éste llamó la aten-

ción real hacia el hecho de que su país había adoptado para sus Plenipotenciarios el mismo uniforme de los Ministros de la Corona... El Rey dió las gracias casi conmovido; el nuevo Ministro tuvo un gran éxito de risa y la segunda vez que concurrió a la Corte, ingresó en ésta con la *etoile cravaté*, que acababa de llegarle, más una banda de emergencia, es decir, de su invención, y mientras llegaba... una que nunca llegó porque tanto va el cántaro al agua que en una de esas París de Francia se tragó al Excmo. señor Membreño o Membrete con su bicornio emplumado, su uniforme de Ministro de la Corona y su banda de cotillón.

ESPAÑA Y SU NUEVO ESCUDO DE ARMAS

Ha desaparecido la segunda República española.

La primera fué castelariana, en blanco y fugaz, y la última condenada de antemano a la estrangulación por los países totalitarios, termina en medio de la tragedia más enorme de la historia hispánica —tragedia extraliteraria y reflejo exactísimo del carácter, del suelo y del clima castellanos.

Ha triunfado la revolución y ésta desfila tocando clarines por la calle Alcalá cuando despunta la Primavera andaluza... ¡Pero nada de guitarras ni de castañuelas ni de claveles ni de mantones esta vez! La Península es una sola mancha de sangre; hay miseria, hambre y rabia y la bandera de la cruz roja ondea en todas las ciudades y todos los caminos, llenos de combatientes, de ruinas, de cruces y de fugitivos sombríos.

Ahora bien, ¿son homogéneos los elementos triunfantes?

Acaso sea oportuno formular esta pregunta porque ya se destacan diversas insignias y diversas ideologías: los falangistas, los requetés, los nacistas, los monarquistas, más las supervivencias medievales y árabo-bereber que Louis Bertrand, entre otros, ven "en las taifas del

sur y los pequeños reinos cristianos del norte de la Península”.

El problema de la liquidación política de la contienda civil es algo complicado, como se ve, y mucho más complejo, por cierto, que el que tuvo que resolver Espartero con su chafarote, sus botas y su plante de sargentón y de Regente: entonces fué posible la regencia del vencedor del carlismo; pero hoy no sería igualmente fácil el interinato monárquico de un nuevo duque o príncipe de la victoria.

Interna y externamente arriba, además, el momento de cumplir lo prometido o lo pactado durante la contienda.

En cuanto a lo primero, o sea lo interno, forman entre los vencedores algunos elementos orientados hacia las soluciones populares y son algo semejante a los socialistas cristianos, impregnados de la doctrina social preconizada en las Encíclicas de León XIII y Pío XI: se llaman falangistas y cuentan en su historia, corta y rotunda, con el nacionalismo, bien intencionado; pero estéril de Primo de Rivera, el cual no habría podido hacer nada contrario a los intereses tradicionales de los poseedores del suelo —problema matriz de España.

Los falangistas han prometido solucionar las injusticias sociales y culturales de años y de siglos; pero, la verdad es que no parece fácil que los que han contribuido eficientemente a financiar la revolución, sufriendo las pérdidas consiguientes, dejen tocar o lesionar sus intereses radicados en la tierra, a veces sin cultivar y, frecuentemente, destinada a cacerías...

¿Podrá imponerse a esos elementos una comprensión social del momento en que la organización tradicional de las sociedades actuales deja, violenta o evolutivamente, un individualismo arcaico y egoísta, orientándose hacia el bienestar y la cultura del mayor número?

No deseáramos otra cosa, dado el respeto admirativo que sentimos por el país que durante dos siglos

fué el primero del Mundo y que incorporó a la América a la vida y a la historia.

Formulamos, pues, los votos más fervorosos por que puedan orientarse enérgicamente hacia un mayor bienestar y una mayor cultura popular las fuerzas que acaban de triunfar; pero la diversidad de las ideologías concurrentes a la victoria justifica toda clase de temores al respecto. Aún más: tememos ciertas divergencias latentes, apaciguadas durante la brega, la camaradería del vivac y la hermandad creada por los mismos riesgos. El falangismo, por ejemplo, es de orientación popular porque ha comprendido humanamente las deficiencias fundamentales de aquel gran pueblo; pero políticamente parece hostil a una nueva restauración borbónica y acusa al ex soberano de haberse desprendido sorpresivamente de Primo de Rivera.

Por lo demás, el principio dorsal triunfante es el filipismo, o sea la unidad total, tan recia e implacablemente afianzada por "el demonio del mediodía", que, según Spengler, los orígenes de los absolutismos de hoy hay que ir a buscarlos al Escorial.

"Felipe II es el mayor problema de España", porque aún imposibilita con su centralismo indestructible una organización federal —"variedad emuladora" articulada por el lazo económico.

Pues bien, ahora triunfa una vez más —como hace siglos de los comuneros de Castilla, "último grito del alma nacional al entrar en el molde del despotismo de los Austrias"— un centralismo tan riguroso, que para armar el nuevo escudo nacional retrograda a través de los siglos en demanda de los arreos heráldicos de los soberanos más genuinamente españoles, el yugo y las flechas de los reyes católicos, al paso que hace desaparecer el toisón austríaco de Carlos V y la flor de lis de Felipe V y los Borbones: el nuevo escudo ha sido armado con los símbolos que presidieron la con-

quista de Granada, la mañana nebulosa en que se izó el estandarte de Castilla y la cruz de plata maciza sobre la torre de la Vela. Por la puerta labrada por donde salió moqueando el rey moro, entró tres meses después Colón, el taumaturgo, con sus sueños, sus pellejerías y su astrolabio, completando así el período asombroso de la compactación nacional en lo interior y en lo exterior, el descubrimiento estupendo que dió al Planeta su forma definitiva.

¿Quién realizó todos esos prodigios escalonados? La orientación centralista de la monarquía, más la masa, la gleba, troquel de que salieron a medio modelar el Campeador y luego la legión tremebunda de los Conquistadores.

Nada, pues, con una raigambre más profunda en la historia y la época primordial que el nuevo escudo del cual han quedado eliminados los artilugios dinásticos de los que no supieron ni prolongar los años de esplendor ni detener la decadencia que ya se insinúa con Felipe II y que en seguida no detiene su estrago humillante hasta la pérdida de la última colonia.

El escudo que viene a suplantarlo la corona mural que la república había puesto en el suyo, no ha podido ser, pues, más tradicional ni más racial. Y, sin embargo, le ha tocado ver por primera vez en España la inmisión de fuerzas extrañas en las disensiones internas de la Península.

Los que conocen a España y a los españoles no pueden temer un mantenimiento indefinido de los elementos infiltrados con el pretexto de combatir el sovietismo —que es algo específicamente ruso—; esos elementos foráneos no pueden tardar en retirarse; pero la gravedad del problema no está en el alejamiento inmediato de dichos elementos, sino en las derivaciones que dejan tras de sí: derivaciones políticas, porque la revolución significa la aparición de un nuevo factor militar en el

Mediterráneo y económicas, porque el mejor mercado de la producción peninsular estaba en la opulenta y poderosa Inglaterra, lo que es más práctico y seguro que los países que en cualquier momento bélico pueden ser bloqueados por las flotas anglo-francesas.

La revolución triunfante clausura, pues, el período de la lucha, que entra ahora al de sus consecuencias porque la guerra civil ha agigantado los problemas internos, al paso que en lo externo plantea otros, derivados de los apoyos extraños y que han pesado en forma decisiva en la suerte de la contienda.

En una palabra, antes de la revolución, España, como en 1914, podía mantener su neutralidad. Y, hoy, ¿podría sostenerse al margen de la conflagración?

Como en todos los momentos críticos de su enorme pasado, superará todas las dificultades, sean cuales sean, drama, crisis, desastre o invasión. España ha probado una y otra vez que es inmortal por su arte, su raza, su obra creadora, y su existencia entera es un desangre sin fin, sin excluir la conquista y la colonización americana que en menos de cuarenta años le sustrajeron la mitad más esforzada de su población.

Superará todas sus dificultades; pero, francamente, habríamos preferido verla liquidando sola sus diferencias internas y, por consiguiente, en aptitud neutral ante la catástrofe cada vez más cercana.

EL SEÑOR ALESSANDRI Y JERÓNIMO DE ALDERETE

El señor Alessandri tomó el avión en los Cerrillos; extendió las alas sobre los Andes aludidos familiarmente en su oratoria transandina; luego cruzó el "verde mar" y ya en el Viejo Mundo y ante un revistero encargado de reyes y potentados en el destierro, o en simple acefalía, declaró que iba a hacer una cura de reposo... Dios lo oiga; pero, ¿no dijo lo mismo poco antes de tomar del brazo al coronel Grove y decirle que no aflojara?

En seguida, y en vez de preguntar qué noticias iban apareciendo en el proceso de la matanza, apeló a la historia, se metió en los días de la fundación y dejó constancia expresa de que "ha ejercido efectivamente el poder de Presidente de la República durante once años".

Ningún sobreviviente lo ha olvidado ni podía olvidarlo...

—Por lo que respecta —agregó lleno de satisfacción retrospectiva— a la duración del ejercicio del poder, "vengo inmediatamente después de Valdivia y de Jerónimo de Alderete..."

¡Don Arturo y don Jerónimo, ambos con armadura del siglo XVI: casco, rodela, coraza, pancera, espuelas y "Ulk" al lado! ¡Nada más fotogénico!

Tiene razón: nadie ha gobernado más. En cambio, O'Higgins tuvo que emplumarlas para Lima y Balmaceda para el otro mundo.

A fin de hallar ejemplos rigurosamente adecuados a su caso, que a él mismo le debe parecer inexplicable, se acopló a don Pedro de Valdivia, que gobernó desde la fundación hasta la molestia de Tucapel, ocasión en que ofreció mil ovejas de rescate...

—Nones —gruñó Lautaro, dándole con un palo de luma, sin tener en cuenta —¡y cómo si era valiente, pero bárbaro!— que a los prisioneros no se les da el bajo.

En cuanto a Alderete, nadie sabía —ni don Diego, ni don Crescente, ni don José Toribio— que hubiera sido Gobernador de Chile. Nadie.

Según el "Libro Becerro" —actas del Cabildo desde don Pedro de Valdivia—, Alderete, "el más leal y el más caracterizado de sus compañeros", fué designado para la misión de informar personalmente al rey "de las cuestiones que tocaran a esta ciudad de Santiago del Nuevo Extremo, a la Imperial y a Concepción del Biu-Biu".

Aceptó el cargo don Jerónimo y partió con veintiséis tejuelos de metal amarillo del estero de Malga-Malga. Llevaba la primera remesa de oro nativo —una narigada—, y Felipe II, entonces príncipe, pero ya muy engegado, miró al emisario pensando, en vista de lo exiguo de la remesa, qué habrá comido el emisario... Sesenta mil pesos! ¡Una jiña! El príncipe sintió ímpetus de ponerlo de oro y azul.

Sin embargo, don Jerónimo sacó varios privilegios y un obispado —el primero—, y para don Pedro tironeó un titulito de Castilla y un hábito como camisa de dormir en que no alcanzaría a meterse porque ya reposaba bajo un coihue, un muermo o un piñonero engalanado de los infaltables copihues, especie de octavas reales de la selva indígena.

Al saber Alderete el fin de su amigazo el Conquistador, cruzó al galope la Península y se embarcó para Londres, donde el futuro Felipe II había ido a estrechar los sagrados vínculos, de lo cual no hay constancia plena, con María Tudor, la cual carecía en absoluto de pestañas, detalle que no fué del agrado del futuro monarca, quien manifestó en todo momento una gran predilección por las señoras —como que se le conocieron hasta cuatro legítimas, sin contar las confidenciales.

Don Jerónimo fué nombrado Gobernador de Chile y obtuvo una porción de cosas, inclusive la autorización para fortificar el Estrecho de Magallanes —¡memorias a los negociadores chilenos del Tratado de 1881!— en vista que “la provincia de su mando debía dilatarse hasta la extremidad austral de la América para asegurar a España el dominio exclusivo del mar del sur”.

Partió, al fin, de San Lúcar de Barrameda, y en un año con números de lotería —1555. Pero no se sacó el gordo, sino el flaco... Vino un ventarrón africano que tomó la nao de las alas, o sea de las velas de lona, y el viajero sólo pudo seguir en diciembre del año de los tres cincos.

Doce meses de travesía. ¡Llegó a las mil y quinientas a Nombre de Dios!, pasó el Istmo y al enfrentar a Taboga, de donde había partido Pizarro y su trinca brava a la conquista del Perú, ¡adiós mi plata! cogió un chavalongo que dió cuenta de él y de la gobernación calcorreada en Londres, y siguió del Nuevo al otro Mundo en 1556, lo que no ha sido óbice para que el señor Alessandri, acostumbrado a hacer y rehacer las Constituciones, la historia y los períodos presidenciales que no corren a cargo de él, lo haga figurar como uno de sus colegas en el gobierno de este reino, y hasta se puede dar como cierto que al conocer la rectificación del caso le dirá al aludido: estoy en lo cierto, don Jerónimo...

VICENTE GREZ

Tenía ya como doce años y él cuarenta cuando ubiqué por primera vez al señor Grez en la tertulia literaria de mi hermano mayor.

Mi ilustre antecesor disfrutaba a la sazón de un pequeño ítem del presupuesto de Correos, cuyo Director le dijo un día:

—Veo, Grez, que ya ha aprendido a sumar, y lo felicito...

—Y espero —contestó el alcanzado por el alfilerazo de usía— que pronto aprenderé a restar.

Don Vicente era bajito, aparragado; usaba hongo, bastón con cacha de hueso; puro en boquilla, patillas españolas; una nariz respetable y ventanillas que se dilataban ostensiblemente cuando la lengua empezaba a hacer de las suyas, tijereteando las palabras.

Políticamente era "mocetón", grupito ubicado entre los liberales apeluconados y los montinos, que siendo jóvenes le habían bebido los vientos a don Manuel Montt.

Sin ser político —y no lo sería nunca—, politiqueaba y, en efecto, era diputado suplente por no sé dónde. Ni él mismo lo sabía.

Era de los que nacen y mueren literatos, aunque el destino, es decir el presupuesto —una de las cosas más

respetables de éste y de todos los países—, los sumerja en otra cosa.

Había conocido a Blanco Cuartín, corrosivo y volteriano, a pesar de sus ideas religiosas —a lo mejor no tenía ninguna—; a Rómulo Mandiola, que era el epigrama tras el trago bohemio; a los Arteaga Alemparte, que se sacaban los guantes con nervios negros sólo para escribir a lo Girardin, divorciándose del estilo oratorio y clasicista, preconizado por Bello y combatido con voleadoras, vale decir, furiosamente, por Sarmiento, el de la Cartilla y el "Facundo".

Corrían los años posteriores a la victoria y el triunfo lo saturaba todo de un optimismo a macha martillo.

Balmaceda, el Presidente de la victoria, de "vuelta del Parque" pasaba entre himnos y banderas aportilladas en la guerra reciente.

Sara Bernhardt —su verdadero nombre, menos complicado, era Rosina Bernard, lo que no podía bastar a *madame*—, acababa de hacer una temporada de tragedia y drama, inclusive, es claro, la *Dame aux Camelias*.

¡Qué voz de mujer! La artista de los "huesos sabrosos", la llamó don Miguel Luis Amunátegui, en funciones de crítico dramático a la sazón.

¡Qué nervios y qué precios de taquilla!

Un asistente, persona respetable y circunspecta, soltó el llanto...

—¿Está usted muy impresionado? —le preguntó su vecino.

—No, señor... Son los cien pesos de la entrada.

Antes de salir de París, Lemaitre, gabacho "inmortal", es decir, académico, pero deslenguado, le dijo que aquí iba a ser admirada como un carnero de cinco patas.

Era en Santiago posterior a la victoria y todavía bastante blestganiano.

La gente devota, o empeñada en parecerlo, oía misa de doce en la Catedral; la Plaza olía a floripondios y tierra regada a balde y cada *pater-familia*, pastoreaba un rebaño de muchachas de manto bordado y botitas abotonadas, retornando a su hogar con un *stock* de alfajores y empanadas de que nadie se privaba ni se priva por nada ni por nadie.



A las diez, minuto más minuto menos, don Vicente daba unos papirotazos en los vidrios empavonados de la mampara de Nataniel *street*.

Entraba, colgaba el sombrero, que no era el que más le venía, y anunciaba o ratificaba los rumores de las crisis ministeriales que ya empezaban:

—Crisis, caballeros...

Todo el mundo lo miraba con simpatía, no exenta de cierto temor, porque don Vicente era bondadoso y llano; pero incorregiblemente irónico:

—¿Crisis?... Pues, entonces, nos vamos todos a... cualquier parte —dijo un partidario del Ministerio que se venía de bruces con su jefe y todo: Lillo, don Eusebio, autor del Himno, nada menos.

—Váyase usted, no más y nosotros nos quedamos... —respondió don Vicente.

Ya a los veinte años se había trenzado con Mandiola, el de las sátiras como sinapismo:

*Don Pancho Guerra Besa
es el hombre necesario
para matar todo diario
apenas su vida empieza*

Y como el que, siguiendo el consejo de Rochefort, comienza haciendo temible su risa y su tinta, tiene he-

cho lo más agrio de su cuesta arriba, don Vicente aseguró desde temprano su camino en la vida. Tomó la acera y la derecha.

Por lo demás, hacía reír sin ensañarse: rozaba y tartamudeaba algo siempre agudo y cogido al momento que pasa.

No tardó en seguir hacia la producción más duradera que lo periodístico, y se puso a buscar algunas mujeres célebres, a fin de semblantearlas, tarea difícil, porque las nuestras participaron denodadamente en la Emancipación; pero sin ascender a la tragedia. En efecto, en América sólo alcanzó el honor y el horror del patíbulo político Policarpa Solavarrieta, "la Pola", nueva granadina, y por sabido se calla que sin rojo de sangre no hay historia, ni pintura, ni doctrina que alcance las cimas del dolor, prevaleciendo sobre el tiempo que todo, salvo lo heroico o lo genial, lo borra o lo deslie.

Escribió *Las Mujeres de la Independencia*, y aún hoy diviso una edición en cuarto menor, con letras rojas sobre la carátula color sepia.

Siguió en la netamente nacional, con *El Combate Homérico*, prosa plástica tallada en lo épico, o sea la vieja corbeta tripulada por un puñado de muchachos que se hunden disparando bajo la bandera que se agita sobre los rostros encendidos.

El Combate Homérico es el mejor libro escrito sobre el combate inmortal.

Después, algo delicioso: Smith, Arturo Smith, que se complacía en pintar la montaña en el momento evanescente en que la absorben las sombras.

Además de libros y humoradas en prosa, don Vicente hizo versos. Desgraciado del que no los ha hecho alguna vez, decía Lamartine.

Los llamó *Ráfagas*, sin reparar en que le iban a coger el título para abanicarse con él: —"Ráfagas y

rafaguillas" —dijo Juan Rafael Allende, en el risueño "Padre Padilla".

Por aquel entonces —van a hacer cincuenta años y pico—, don Vicente escribía en cuanto diario y revista había; después de almorzar se sumergía en la penumbra burocrática y al despuntar su siesta el Director grandote, con bigotazos y un vozarrón capaz de reanimar las cartas rezagadas, esbozaba su primera novelita. Fueron tres, como las tres Marías; sin gran carácter, desvaídas, romanticonas y con algo de Armando Palacio Valdés y de Sandeau: *Emilia Reynold* —Emilita—; *La Dote de una Joven* (paisajes y tipos costinos); *El Ideal de una Esposa*, esposa modelo dedicada en cuerpo y alma al tálamo y al hogar. Eran las damas pudorosas, con sombreros como rosales y faldellines de *moiré*, que habían tirado azucenas, claveles y palomas con cintitas tricolores al paso de Baquedano y sus soldados victoriosos.

Ya no eran el retrato pintado por Monvoisin, ni tampoco el daguerrotipo, sino las fotografías, que todavía se conservan en los viejos álbums de felpa roja: las fotografías del "gabacho" Garreau o del gringo Spencer.

Las novelas de Grez, en una palabra, eran algo posterior, como se ve, al Martín Rivas, al cual, siendo niño don Vicente, debe haber divisado más de una vez en los baratillos, y sus heroínas entraban con paso de polca tocada en piano parado a la época que empezó con la victoria y continuó con el 91 y la revolución hasta llegar al "cielito lindo".

También lo tentó la crítica de arte de que fué el iniciador entre nosotros, y cuando el señor Miers Cox se quejó amargamente de lo escaso del vestido de "La Náyade" y "La Perla del Mercader", don Vicente le preguntó por qué no le ponía calzoncillos a sus toros...

Y vinieron los malos tiempos: la fronda, la división y luego la revolución y los tiros —1891.

Adiós tertulia literaria y política de Nataniel *street*.

Uno de los primeros en ser prendido, fué don Vicente, diputado de oposición, aunque parlamentariamente inofensivo a causa de su molestia a la lengua.

Lo condujeron a un cuartel con nombre de apóstol: San Pablo, en la calle idem, vecina del río, y pasó la noche en medio de un selecto concurso de vagos, pun-gas, maleteros, etc.

—Y a usted, ¿por qué lo han traído, compañero? —le preguntó uno.

—Por ser presidente de la Cámara...

Triunfó la revolución; desapareció o poco menos, el escritor y quedó sólo el charlador. Menos mal. Lo nombraron Director de Estadística, aun cuando todavía no aprendía a restar y no se supo más de nuevos libros.

*

* *

Yo estaba en Colombia cuando don Vicente se fué para siempre, dejando su pluma, su ironía y sus tartamudeos inimitables, que eran la parte acústica de su gracia.

Pasé varias horas haciendo memoria, escarbando en el recuerdo y remozando a don Vicente con su chaquet engüinchado, sus patillas, su hongo, sus novelas del tiempo de los salones con colgaduras, sofás de medallón y tripe de Bruselas y, sin embargo, con algo de seductor.

¡Qué iba a imaginarme que se trataba de mi antecesor estadístico!

LA FLECHA EN EL ARCO

(POR RADIO)

a Ismael Edwards Matte.

Me propongo decir algo acerca del hombre más público de los últimos tiempos chilenos. Y más claro echarle agua: aludo a don Arturo Alessandri Palma, ex "cielito", ex mandatario, ex redentor. . . Como de costumbre, lo trataré con guantes de moda, es decir, de cuero de chanco, los cuales no son tan abultados e inelegantes como los de *ring*.

★

★ ★

Hace apenas unos cuantos meses, el señor Alessandri entregó la banda que, quieras que no, hubo de sacarse de mala gana, mascullando sabe Dios qué finezas de su especialidad gramatical y académica, porque para nadie era un misterio que le habría agradado muchísimo más seguir sacrificándose en forma de prórroga, ya que la Constitución que él mismo cortó y entalló en 1925 veda la reelección.

Se sacó por el pescuezo la insignia tricolor y la depositó sobre la mesa, mientras el honorable señor Cru- chaga Tocornal, presidente del Senado, tomaba la promesa de estilo al elegido del pueblo, Excmo. señor Aguirre Cerda.

Tengo a la vista la fotografía de ese instante memorable, y hay que ver, y lo verá la posteridad, lo que parece el señor Alessandri reducido a simple ciudadano y acompañado, eso sí, de un perro de a 7,000 dracmas, como el de Alcibiades, incurablemente atacado del vicio de llamar la atención, y como la gente miraba más al can que al ateniense, se enojó y lo mandó masacrar, es decir, rabonar...

Antes de ir a sacarse la insignia, que faltó poco para que le quitaran poniendo en práctica procedimientos algo bruscos, el señor Alessandri tuvo que pasar frente al edificio del Seguro Obrero. Lo divisó en ese instante terrible: se hizo que no miraba la "torre de la sangre", y la concurrencia gigantesca que llenaba la plaza o cancha de cemento, estalló en una tempestad de protestas, maldición colectiva al mandatario que se iba, al fin, después de haber aherrojado al país como nunca lo fué durante dictadura alguna: se iba perseguido por las sombras y los gritos ululantes de los sesenta muchachos de la hecatombe.

Despojado del mando, todo el mundo creyó que haría una larga cura de silencio, de reposo definitivo, de contrición durante cuyas horas amargas repasaría su larga actuación, desde la senaturía tarapaqueña, punto de partida de lo que vendría después, hasta el sacrificio de los muchachos del martirologio con que Chile ingresó alevosamente a lo más implacable y vesánico de la América bárbara.

Pero el ex mandatario no se refugió en el silencio, especie de necesario preámbulo a la historia condenatoria por venir. No; no buscó asilo en la meditación y el reposo y columbrando diestramente que vendría una investigación formal acerca de los sucesos con que creyó aterrorizar a sus adversarios, pasó la frontera y dijo a los pocos dolientes que asistían a aquella despedida como entierro en Los Cerrillos, que muy luego lo tendrían de

nuevo por aquí en gloria y majestad. Y para cumplir su palabra ha dado comienzo a la propaganda cablegráfica del regreso, lo que basta para probar que estaban equivocados los que creyeron que daría una tregua al país y a sus mismos nervios, tocados un día por la opereta del "amor fecundo" y estirados, otro, por la tragedia de las matanzas en masa y a plena luz.

Estábamos equivocados: hay temperamentos refractarios a refugiarse en el estudio de los problemas de estos tiempos trágicos en que la organización y los hombres pasan de una época o de una era a otra: el señor Alessandri no pidió asilo moral al silencio a fin de meditar alguna vez en su arreglo de cuentas con la historia... Cuentas muy numerosas y pesadas, como que no se trata de un hombre de Estado a quien deban condonarse sus errores involuntarios, sino, más bien, de un agitador contumaz.

El estadista, título nobilísimo, organiza, resuelve, deja tras de sí hechos y reformas estables, hasta donde pueden serlo las obras sociales, económicas o políticas condenadas fatalmente a pasar por evolución o por revolución, de un período o de un estado a otro. Las mismas leyes sociales de que tanto alardea el ex mandatario, fueron llevadas al Congreso, no por él, sino en la empuñadura del sable militar, y su aprobación forzada fué una revolución.

Insisto, pues, en que se trata de un agitador y no de un hombre de Estado.

Pero eso lo ignoran o no les importa en el extranjero, porque, ¡qué van a saber allá lo que ha ocurrido en un país tan lejano y de tan escasas resonancias exteriores!

El que quiera mixtificar puede contar con esa ignorancia y nada más fácil, en consecuencia, que adulterar los hechos a fin de presentarse en el rol atrayente del

civilizador que fracasa en sus nobles esfuerzos de transformador.

Pues bien, como si nadie recordara aquí el estrago de su reincidencia en el poder, en llegando a París y como quien pasa bajo el Arco de Triunfo —*l'étoile!*— abrió de par en par la puerta a los corresponsales y los repórters y, trayendo festivamente a cuentas el Descubrimiento y la Conquista, declaró que sólo Jerónimo de Alderete, compañero de don Pedro de Valdivia, había gobernado tanto tiempo como él... Y no se ha visto un dislate mayor, porque nadie sabe aquí tal cosa, como que el susodicho Alderete entregó su cuerpo pecador a Dios o al diablo al regresar a Nueva Extremadura y en un islote en pleno arco iris tropical, es decir, cercano a Panamá.

Después de ese cotejo gubernamental con Alderete, cotejo o referencia tan arbitraria y antojadiza que hizo que el señor Barros Arana enarbolará el garrote que lo acompaña por precaución en su estatua, el señor Alessandri siguió a Italia, patria del arte y del *bel canto*, y vió al Duce. Y después, en Alemania, a Hitler.

Pues bien, las gacetillas cablegráficas continuaron dando cuenta de que el connotado colega de Jerónimo de Alderete seguía propalando por todas partes, no sólo que había hecho la paz y la reforma constitucional y social, sino que lo había hecho todo en este país de mal agradecidos en que aún no se ha sabido que nadie piense seriamente en levantarle una estatua ecuestre en el sitio designado *ad-hoc* en la Plaza de la Constitución.

Demás está decir que le complace sobre manera presentarse a sí mismo en rol de pacifista máximo, asegurando que él hizo la paz entre los hombres y los pueblos de estas latitudes.

¡La paz con quién!... ¡Con las repúblicas vecinas o con sus adversarios políticos a los cuales llamaba "los

viejos del Senado" durante su primera Presidencia y simplemente sabandijas durante la segunda?

¡Qué paz, si no la ha tenido con nadie!

Asistido por personas inteligentes y preparadas en 1921 lanzó una ofensiva diplomática encaminada a que la fatigosa cuestión de Tacna y Arica fuera sometida al arbitraje norteamericano. Y, en efecto, lo fué, pero en condiciones tan duras para el ocupante, que más habría valido el arreglo directo o dejar las cosas como estaban.

No es del caso, ni deseo hacerlo, aludir a lo que seguramente decían los informes de Pershing y Lassitter, representantes del Arbitro cuando el malhadado intento plebiscitario.

La paz vino en 1929 y afortunadamente hoy reina la armonía entre Chile y el Perú, países que nunca debieron chocar porque sus intereses, aprovechando el vehículo común del mar, son los más fácilmente articulables de esta parte de la América del Pacífico.

No deseo referirme a las incidencias a que dió motivo la preparación del plebiscito estipulado en el Tratado de Ancón; pero, sí, quiero subrayar de paso que la ofensiva diplomática, o sea el primer antecedente para que el señor Alessandri postulara el Premio Nobel de la Paz, dejó a ambos países a un paso de la guerra y sólo con el Sama de por medio...

Como síntesis y fin de dicha ofensiva, puede decirse que por ir a *outrance* a la paz, faltó poquísimo para ir la guerra.

Es verdad que el señor Alessandri comprendió, como que esto estaba en el ambiente, que había que ir a la solución de la cuestión de Tacna y Arica; pero esa solución en vez de llegar o de acercarse, empeoró en forma tan agresiva las relaciones de los dos países, que todo el mundo veía acercarse un nuevo conflicto con una república respecto de la cual nunca ha existido aquí, ni

aún en medio de la guerra, odio alguno. Todo lo contrario.

El señor Alessandri continuó trabajando por la paz interna y externa en la forma eficiente en que sabe hacerlo, y en cuanto a lo segundo, no se sacó absolutamente nada en limpio de la V Conferencia Panamericana reunida en 1923 en Santiago.

Años después, en 1933, el fervor pacifista del señor Alessandri se desarrolló de una manera tan estruendosa y subitánea, que cogió a un repórter de buena voluntad, y como las mediaciones en el conflicto boliviano-paraguayo no hacían camino mientras no fueran realmente facilitadas por otras cancillerías, prorrumpió en expresiones que hicieron transpirar al señor Cruchaga Tocornal, Canciller a la sazón, el cual se puso a algodonar las expresiones con que el señor Alessandri sometía a dura prueba las cordiales relaciones existentes con el gran país vecino, cuyos intereses no sólo no son antagónicos con los nuestros, sino fácilmente concordantes el día en que se haga un ensayo de cordillera libre a fin de ver lo que indica la realidad.

Lo anterior lleva, pues, a la conclusión de que hay dos clases de pacifistas: los que lo son por convicciones y por temperamento, y los que se creen tales, vanidosamente, tentados por el Premio Nobel que, en definitiva, se colgó bajo su gran cuello parado y de pajarita un ex Canciller vecino.

Sospecho que el señor Alessandri pertenece a la categoría de los tentados, y como nada de eso saben en aquellos países tan crecidos, es sencillísimo presentarse como personaje de vista tan larga y certera, que solucionaría fácilmente los antagonismos y los diferendos que vienen desde que César andaba en las Galias, trajinando con sus legiones. Y es extraño que dadas las buenas relaciones que el señor Alessandri mantiene con sus "grandes y buenos amigos" los mandatarios europeos, sean de-

mocráticos o totalitarios, no se hayan apresurado a nombrarlo árbitro arbitrador. Por lo demás, algo debe haber insinuado en sus *tête à tête* confidenciales con el *Führer* y con el *Duce*.

Como era fácil suponer, el señor Alessandri no se presenta sólo en rol de pacificador, sino, asimismo, de reformador, constitucionalista y promotor de leyes tan avanzadas como la de Seguridad Interior del Estado, calificada de tanque o algo por el estilo por uno de sus Ministros más expeditivos.

Y como tampoco saben nada de eso por allá, es sencillísimo pasar gato por liebre.

Prosiguiendo su jira de autopropaganda, y teniendo la precaución de retirarse de París antes de que arribara el nuevo Ministro Plenipotenciario de Chile, el cual fué uno de los más enérgicamente maltratados en pleno Congreso, y a pesar de haber sido presidente de la Cámara, el señor Alessandri acaba de trasladarse a Norteamérica, apresurándose a visitar al Presidente Roosevelt, el cual concede fácilmente las entrevistas que se le piden, a la inversa del que, en vez de darlas, mandaba apostrofar a los que necesitaban verlo, aunque éstos fueran candidatos a la Presidencia de la República.

Por lo demás, las audiencias no prueban nada, y los Presidentes se ven obligados a concederlas, unas veces porque ignoran ciertos antecedentes, o porque no les corresponde a ellos compulsarlos. En todo caso, no prueban nada dichas audiencias, que las agencias cablegráficas transmiten como curiosidad, corriendo a cargo de los que reciben los cables respectivos guisar la noticia, agregándole todos los condimentos que se quiera, ya que es tan viejo como el humo aquello de que el papel lo aguanta todo.

Prosiguiendo su "jira de autopropaganda", antes de volver al seno de sus amados conciudadanos, el señor Alessandri, según los cables, reiteró —sin acordarse de

que siempre ha incidido su presencia en el Poder con las matanzas— que sólo el amor es fecundo, frase del “Secretario de los Amantes”, terriblemente abrogada durante su gobierno, con más de un parecido con los de la Conquista, aunque no con el de Jerónimo de Alderete, que no llegó a gobernar.

Irritado y amargado con que junto con mandarse mudar de la Moneda el país haya recobrado todas las libertades de que había sido despojado por medio de leyes tan liberales como la de la Seguridad Interior del Estado, ha reiterado su antiguo fervor constitucional. En efecto, no bien llegó al Poder en 1920, empezó a menudear sus cursos de Derecho Constitucional en los cuarteles militares. Por ejemplo, a fines de 1923 pronunció en la Escuela de Caballería, que después remitió a Quillota, tierra de chirimoyas, una improvisación o improvisión oratoria, que según los *Recuerdos de un Soldado*, “importaba incitar a los oficiales a que tomaran posición frente a la situación política que se presentaba”.

No hubo cuartel —que después llamó “establos”— en que no prodigara los susodichos cursos de extensión constitucional. Y no sólo eso: vinieron las elecciones de 1924, intervino como en los mejores tiempos de las votaciones a garrote y, por fin, ya planteada la efervescencia militar, y momentos después que los tenientes y los capitanes hubieron arrojado del Club al Ministro de Guerra, señor Mora Sotomayor, mandó un recado muy urgente con uno de sus edecanes de más confianza: deseaba entrevistarse cuanto antes con un representante de la oficialidad joven...

Los trataba, como se ve, de potencia a potencia, invitándolos a la sede oficial del Gobierno, lo que equivalía a capitular de antemano, confesando la absoluta impotencia del Ejecutivo para dominar la agitación que recién empezaba, y de la cual el Presidente de la República era el único responsable, puesto que había venido atizando

esa agitación hasta que, al fin, prendió. Y ya prendida, seguía echándole viento con soplador oratorio... ¡Ah!, es que al señor Alessandri se le pasaba por la cabeza congestionada la idea de ser el caudillo apoyado por la fuerza; cerrar el Congreso y hacerlo todo de nuevo: Constitución y leyes, todo, en su calidad de taumaturgo sentado en las bayonetas.

A las once de la noche del 4 de septiembre de 1924, y sin decir esta boca es mía a su Ministro del Interior de entonces, Sr. Aguirre Cerda, recibió a los oficiales a que acababa de hacer un llamado de urgencia. Demás está decir que todo está contado y documentado en un libro aparecido en plena prepotencia dictatorial del señor Alessandri, y llamado *"El Golpe de Estado de 1924"*.

Junto con aparecer el Presidente titular ante los oficiales que habían acudido de sable a su llamado, tomó la palabra y soltó torrencialmente el agua el capitán Valenzuela, al cual acompañaban los tenientes Pimstein y Contreras.

El capitán habló en forma de requisitoria, formulada en términos candentes; escuchaba sin protesta alguna el señor Alessandri y, llegado el momento amargo de contestar, manifestó que estaba perfectamente de acuerdo con la filípica capitanesca, y cuando Valenzuela, que hacía de jefe, le pidió irónicamente que indicara lo que debía hacer la oficialidad que estaba esperándolo en el Club, S. E. el Presidente constitucional, en esos momentos indicó sin trepidar y como quien repite de corrido algo largamente pensado, una serie de cosas de tal manera graves e inusitadas, que equivalían a un golpe de Estado, cuyas consecuencias han sido incalculables, como que entre otros dones de gran estadista, el señor Alessandri posee la exclusividad de provocar acontecimientos que no sabe adónde van a dar, y que luego tampoco sabe contener: en efecto, en la noche del 4 de septiembre de 1924, tomó el volante de la revolución militar que

había venido incitando de diversas maneras y que, a su vez, la Derecha tenía preparada para Pascua de Navidad de aquel año tan movido.

El señor Alessandri seguía su línea mental de siempre, y para comprobarlo basta recordar los hechos más sugerentes de su primer período: por ir al plebiscito, por poco nos lleva a la guerra, y por ir violenta y forzosamente a una serie de reformas sociales y constitucionales, llegó hasta el golpe de Estado, porque diga lo que diga el sindicato de tamaño desacato, un Presidente que llama a unos cuantos oficiales subalternos, y les dice que "formen cuanto antes un comité militar", desconoce, echa abajo, pisotea la Constitución que juró respetar y que no respetó entonces ni nunca.

Recuérdense sus palabras, que antes de aparecer en un libro del que habla, ya conocía la conciencia pública:

"Formen cuanto antes un comité militar; hagan una lista de proyectos de carácter constitucional, económicos, sociales, educacionales y militares; preséntenlos al Congreso; fijen un plazo perentorio para su aprobación; si el Congreso no los aprueba en el plazo que ustedes hayan fijado, clausuran de inmediato el Congreso; convocan a una Constituyente y conmigo a la cabeza, hacemos un Chile nuevo"...

He aquí el golpe de Estado consumado por el propio Presidente, y cuando cuatro días después se desvanecía por completo su ilusión impremeditada y aleatoria de ser el caudillo del movimiento militar, a que había señalado una trayectoria precisa, abandonó el Poder entre gallos y medianoche.

El Ejército no se ha sublevado —dijo el general Altamirano años después, y seis u ocho días antes de morir—: el Presidente de la República abandonó su puesto, produciéndose así una situación de hecho.

Pues bien, cuando se dejan atrás cuentas de este calibre, lo único discreto es guardar silencio en vez de andar propalando cosas que hay el deber de rectificar rotundamente, porque son dichas con el designio de volver a trastornar de nuevo al país, arrancándole la plena libertad de que goza, interrumpiendo la solución de los problemas cuya cancelación se exige en unos cuantos meses, como si dichos problemas no fueran viejos de un siglo: se olvida que la "reconstrucción", sui generis acaudillada por el señor Alessandri, y que caducó el 25 de diciembre de 1938, entregó la República maniatada y la Administración Pública bajo el peso de cuestiones enormes, que afectan fundamentalmente a la raza, y cuya solución ha sido dificultada con la caída abrumadora sobre el país y el Gobierno actual, de dos catástrofes casi simultáneas, una interna, la ruina de seis provincias, que hay que levantar de nuevo, y la guerra europea, como ubicación geográfica, universal, como alcance económico y comercial, y que suprimió de golpe el 51% de nuestras exportaciones.

El viejo taumaturgo vendría a solucionar mágicamente todos los problemas que dejó... Que vuelva; pero sepa que aun cuando le hayan mandado decir lo contrario, aún no dejan el luto ni menos su dolor, las madres, los deudos, las novias de los muchachos que el 5 de septiembre pasaron ante sus ventanas, camino de la muerte y con las manos en alto. Y mientras hace sus maletas de regreso en demanda de una tercera dictadura, por lo menos dénos un poco más de tiempo para contar en la continuación de "*El Golpe de Estado de 1924*", por medio de qué procedimientos sacó de la Moneda al Presidente constitucional, señor Montero. ¿Piensa repetir la pirueta con el mandatario que ha restablecido el imperio de la libertad y la ley, y cuya popularidad es cada vez mayor porque es sincero y honrado?

Inténtelo y no tardará en convencerse de que las cosas han cambiado y que ya no bastarían las tonadas del "cielito"... Haga la prueba el eterno conspirador, y mientras la hace y a modo de preparación, siga cogiendo el cable y reiterando sus declaraciones de amor a la Constitución y al pueblo, que abofeteaba en la vía pública cuando éste no vivaba al tirano sombrío del último sexenio.

Prosiga en su autopropaganda, seguro de que allá, y tan intensamente tomados como están por el drama universal de la guerra, ignoran por completo cómo han pasado aquí las cosas. Pero, aquí, en cambio, aún no olvidamos los estados de sitio ni las facultades extraordinarias, ni las conspiraciones de bolsillo o sintéticas, ni los asaltos a combo a las imprentas, ni los autos de fe con las revistas opositoras, ni los vejámenes a lo Melgarejo a los parlamentarios, ni menos la matanza de los sesenta y tantos muchachos que un día de septiembre, con los labios reseco y las pupilas dilatadas, pasaron ante las ventanas del constitucionalista que ahora anda en jira autobiográfica.

Conste que si dependiera del que habla, enviaría por cable a cada sitio a que arriba con su vieja verborrea, algunos trozos selectos del dictamen fiscal que vió la luz pública el 2 de julio de este año, es decir, hace sólo cuatro meses.

Dicen así:

"Conviene tener presente, etc., los siguientes hechos: que una vez producido el estallido del movimiento sedicioso, el propio Presidente de la República se dedicó a impartir órdenes directas con el objeto de producir la dominación de la asonada nacista;

"Que el Presidente de la República en persona se trasladó a la Intendencia, y de acuerdo con los jefes superiores de Carabineros dictó las medidas que estimó convenientes para el objeto perseguido".

"Que el general Arriagada se situó durante el desarrollo de los acontecimientos en la puerta de la Casa Presidencial, a impartir las órdenes a que ya se ha hecho referencia al tratar de la situación de este reo, y que periódicamente y en forma reiterada subió al despacho presidencial a comunicar las novedades y recibir sugerencias."

"Que el señor Alessandri estuvo en contacto directo con el jefe de Carabineros, quien se situó en forma permanente en la puerta de calle, Morandé 80, y subió a cada momento a conversar con el Presidente."

"El hecho, reconocido por el propio, ex Presidente señor Alessandri, de haber sido él quien ordenó e insinuó a Arriagada que hiciera entrar a los rendidos de la Universidad al interior del Seguro Obrero."

"Debe tenerse presente que si este sumario hubiera sido instruido con mayor proximidad a la fecha en que se cometió el delito, la sanción habría recaído sobre la totalidad de los individuos que actuaron en el homicidio. En tal caso habría sido dable determinar cuáles de los reos eran autores de delitos reiterados de homicidio; pero actualmente esto no puede darse por probado ante la hipótesis que surge de la prueba en el sentido de que *puede haber otros responsables a quienes no ha alcanzado esta investigación.*"

¡Y cómo iba a alcanzar la investigación a lo que el juez instructor llama "*otros responsables*", si éstos pu-

sieron cordilleras y océanos de por medio antes de que empezara un sumario en forma sobre las matanzas del 5 de septiembre!

Nada más oportuno, pues, a fin de completar la investigación, que el señor Alessandri regrese cuanto antes, a ponerse a disposición del juez militar, contribuyendo así a esclarecer aún más algunas cosas tremendas, de que no se tiene ni noticias en el extranjero, y que sería muy interesante dar a conocer a renglón seguido de esas cálidas declaraciones de amor a la Constitución y a la vida ajena, reiteradas por el super-hombre que se siente tentado de venir a proseguir la "reconstrucción". Pues, que venga, que venga, siempre que efectivamente acepte la responsabilidad de "boquillazo" que asumió arrogantemente cuando estaban llenas de ametralladoras ambas puertas de la Moneda: la principal y la de Morandé 80, donde el 5 de septiembre de 1938 apostó al general Arriagada, hoy en el panóptico, mientras el distinguido colega de Jerónimo de Alderete menudea con insistencia de designio sus declaraciones de amor a las instituciones y los hombres: taimado y contumaz quisiera volver a seguir favoreciéndonos con los dones y bondades de la "reconstrucción" y del amor fecundo...

Gracias por haber tenido la gentileza de escucharme, y que ante el retorno de que se trata, nadie tenga pesadillas como la del 5 de septiembre, o chavalongos, como el que dió cuenta de Jerónimo de Alderete, colega del señor Alessandri.

INDICE

PRIMERA PARTE

	Pág.
Chocano.....	11
Objeciones a la Apología de Extensión.....	25
Darío o el Hermano Verso.....	42
El pobre anduvo de cárcel en cárcel.....	55
1924....	65

SEGUNDA PARTE

	Pág.
Don José Toribio Medina o historia de una condecoración	73
Mister North o el Rey del Salitre.....	84
México: El águila y la serpiente.....	90
El más chileno de los chilenos.....	98
"Condorito" Errázuriz.....	103
¿Ha habido revoluciones populares en América?.....	109
La muerte de don Juan.....	113
España, hoguera y crisol.....	118
Bulnes.....	122

Primo de Rivera: El marqués guerrero y galante.....	128
Aristófanes: las mujeres toman el mando.....	133
Daniel Riquelme.—"Inocencio Conchali".....	137
Canning, "Lord Callampa" y la Independencia americana.....	142
Unamunizando.—El hombre llama.....	147
San Juan Crisóstomo.....	152
España: el actor trágico de Europa.....	156
Luz de magnesio.....	160
Descansar... ..	164
Unos huesos ilustres que retornan.....	168
El cóndor en rol de gallinazo.....	172
Las plumas del morrión... diplomático.....	175
España y su nuevo escudo de armas.....	180
El Sr. Alessandri y Jerónimo de Alderete.....	185
Vicente Grez.....	188
La flecha en el arco.....	194



<i>Voces de la política, el púlpito y la calle</i> , por Ricardo Boizard	\$ 6.—
<i>Magia financiera</i> , por Jorge de la Cuadra Poisson.....	5.—
<i>Chile desconocido</i> , por Eduardo Frei Montalva.....	6.—
<i>Evolución de los partidos políticos chilenos</i> , por René León Echaiz.....	12.—
<i>Tienen derecho a vivir</i> , por Eduardo Hamilton.....	5.—
<i>Hambre, miseria e ignorancia</i> , por Enrique Zañartu Prieto.....	7.—
<i>Bosquejos históricos de los partidos políticos chilenos</i> , por Alberto Edwards	16.—
<i>La fronda aristocrática en Chile</i> , por Alberto Edwards	15.—
<i>El golpe de estado de 1924</i> , por Emilio Rodríguez Mendoza.....	40.—
<i>La estrella sobre los mástiles</i> , por Emilio Rodríguez Mendoza.....	15.—
<i>De medio siglo</i> , por Alejandro Silva de la Fuente.....	15.—
<i>Entre dos siglos</i> , por Iris.....	20.—
<i>La edad de oro en Chile</i> , por Benjamín Vicuña Mackenna, 2 tomos, c/u.	3.—
<i>Y así vamos...</i> , por Carlos Sáez Morales	25.—
<i>Lastarria, el hombre solo</i> , por Sady Zañartu.....	20.—
<i>Don Diego Portales</i> , por Magdalena Petit.....	25.—
<i>Balmaceda, político romántico</i> , por Luis Enrique Délano.....	15.—
<i>Hombres e ideas de antaño y hogaño</i> , por Ricardo Donoso.....	15.—
<i>José Miguel Carrera</i> , por Augusto Iglesias	25.—
<i>Pérez Rosales</i> , por Emilio Rodríguez Mendoza.....	10.—

Si no encuentra estos libros en su librería, pídalos a

EDITORIAL ERCILLA. S. A.

Agustinas 1639

Casilla 2787

SANTIAGO DE CHILE

La Flecha en el Arco, por Emilio Rodríguez Mendoza.—Col. Contemporáneos. **\$ 12.—**